

PUCK

COLEGIALA

Lisbeth Werner



El ingeniero viudo Joergen Winther ha sido destinado a Valparaíso (Chile), y dado que va a estar demasiado ocupado para cuidar y educar debidamente a su hija, ha decidido enviarla a un internado mixto: el Internado Egeborg, dirigido por el entrañable matrimonio Frank.



Lisbeth Werner

Puck colegiala

Puck 01

ePub r1.0

Banshee 14.08.13

Título original: *Puck på internatskola*

Lisbeth Werner, 1950

Traducción: Josefina Dalmau Casademont

Editor digital: Banshee

ePub base r1.0





- I -

Todo empezó en un día lluvioso en el gran estudio de dibujo instalado en el quinto piso del edificio perteneciente a la «Sociedad de Ingenieros Danaplan». La lluvia golpeaba los cristales de la claraboya cenital, el cielo estaba gris y sombrío.

El ingeniero Joergen Winther se hallaba absorbido en complicadísimos cálculos, cuando sonó bruscamente el teléfono colocado junto a su mesa de dibujo. Dejó el lápiz, dio media vuelta en su sillón giratorio y tomó el aparato.

—¡Aquí, Winther!

—Winther, soy Bang. Haga el favor de bajar a mi despacho un momento.

Unos minutos más tarde, Winther se hallaba sentado frente a la monumental mesa-escritorio, desde la cual el ingeniero jefe Bang dirigía la empresa.



—He de hablarle de un importante asunto —dijo este último—. ¡Representará un buen ascenso en su carrera! En realidad, debería felicitarle...

Winther no contestó. No acababa de ver claro a dónde quería ir a parar su interlocutor. Bang cortó la punta de un cigarro, que luego encendió sin darse prisa. Finalmente, prosiguió:

—Usted conoce a fondo el proyecto del puerto de Valparaíso, puesto que ha sido su principal inspirador. Y le consta que se trata de un negocio de gran envergadura para «Danaplan». Es una empresa importante y complicada, cuyo éxito o fracaso depende de quién dirija los trabajos...

Winther, entonces, expresó su opinión.

—Sí —respondió—, sé todo eso. Pero ya tenemos allí al ingeniero Henriksen y no creo que el asunto pueda estar en mejores manos.

Bang asintió con un gesto.

—Absolutamente de acuerdo —aprobó—. Henriksen es un hombre notable. Pero acabamos de recibir un telegrama de Valparaíso notificándonos que ha sufrido un ataque de reumatismo, lo cual le obligará a guardar cama durante varios meses...

Joergen Winther dio una vivaz ojeada a su jefe.

—¡Supongo que no habrá pensado enviarme a Chile para sustituirle! —exclamó.

—Sí, precisamente eso es lo que he pensado —respondió Bang—. Es necesario que vaya usted a ocupar el puesto. Winther se levantó. Estaba muy serio.

—Es imposible —declaró—. No puedo partir...

Sacudió la cabeza repetidamente y añadió:

—Es absolutamente imposible.

Hubo un corto silencio. Bang contemplaba su cigarro con aire reflexivo. Winther se pasaba una mano por su cabello castaño. Al cabo, el ingeniero jefe dijo:

—Me temo que la Sociedad no puede tener en consideración cuestiones personales, Winther. Está usted obligado a asumir ese cargo.

—Sí, pero... —protestó Joergen Winther— ¿no es posible encontrar a alguien más para ese trabajo? Recuerde que soy viudo, que mi mujer murió en un accidente de automóvil y que tengo una hijita... Yo...

—No ignoro nada de todo esto —respondió Bang en tono grave—, pero el comité de dirección ha decidido enviarle a usted a Valparaíso. Por otra parte, y como ya le he dicho, esto constituirá en su carrera un considerable progreso por el cual debería congratularse. Comprendo que le resulte muy duro separarse de la niña, aunque sólo se trata de un corto tiempo.

—No dispongo de parientes para confiársela durante mi ausencia —comentó Joergen Winther con acento preocupado.

—Su mujer ¿tampoco tenía familia?

—Sólo una hermana que vive en Jutland. Está casada con un granjero y no hay ningún colegio conveniente en la región. Tengo el deber de procurar que Bente reciba una buena educación. Pronto éste será el único valor que podrá dejarse en herencia a los hijos. Y si mi hija se viera bruscamente privada de un buen colegio, su porvenir correría el riesgo de sufrir las consecuencias. En resumen, que no estoy muy entusiasmado por ese proyecto, a pesar de lo mucho que me atrae, claro está, desde el punto de vista profesional. ¿Debo dar una respuesta inmediata?

—No —dijo Bang—, no es preciso. Reflexione durante algunos días y ya volveremos a hablar de ello más adelante.

Joergen Winther saludó al superior y salió del gran despacho.

Completamente absorto en sus pensamientos, atravesó el vestíbulo y se encaminó hacia el ascensor.

—¡Bravo, Bente!

—¡Eres formidable!

—¡Donde pones el ojo pones el balón!

El rostro de Bente resplandecía de satisfacción, mientras sus compañeras la rodeaban llenándola de alabanzas. Finalizaba un interesante encuentro de balonmano, y ya la clase «a» había obtenido una muy merecida victoria sobre la clase «b». Bente había sido el alma del brillante juego de la clase «a», cosa que, por demás, no asombraba a nadie. Era de todos bien sabido lo estupenda que era en deportes aquella chiquilla de ojazos almendrados y cabellos castaños. Bente daba la impresión de ser una jovencita frágil, pero tenía fuerzas y resistencia, y sus movimientos eran rápidos y precisos. Ninguna otra alumna de su clase podía competir con ella en aquel terreno.

Bente estaba muy mimada por su padre, que sólo la tenía a ella en el mundo. Cuando regresaba de la escuela, encontraba siempre una tacita de chocolate, deliciosa, y un platito lleno de melindros untados de mantequilla, preparados por el ama; a las cinco de la tarde, el ingeniero regresaba de su trabajo y estrechaba a su hijita entre sus brazos. Permanecían tiernamente abrazados, en un enorme sillón, bajo la luz de la lámpara que servía para sus lecturas. Allí, se contaban, el uno a la otra, los incidentes del día, y, después de la cena, permanecían un buen rato juntos o bien daban un paseo hasta la hora en que Bente debía acostarse...

Aquel día, Bente bebió una taza de chocolate y luego hizo los deberes, como tenía por costumbre. Y, en el momento preciso, según su costumbre, el ingeniero Winther cruzó la puerta. Pero algo anormal sucedía y la muchachita se dio cuenta inmediatamente. Su padre, cuando la izó entre sus brazos para darle en la mejilla el beso de cada día, tenía un aspecto más grave y cansado que otras veces.

—¡Hemos ganado el partido, papá! —exclamó la chiquilla, muy orgullosa.

—¡Muy bien, perfecto! —exclamó el padre. La voz no tenía el

timbre entusiasta que ella esperaba, y por eso se sintió un tanto decepcionada.

—Hoy he realizado un buen juego. Todas me lo han dicho —añadió Bente, con una mirada de reojo hacia su padre, el cual se había sentado en el sillón. No obstante, sonreía de modo distraído, como si no hubiera entendido del todo lo que su hijita le contaba.

—¿Te preocupa alguna cosa, papá? —preguntó.

Winther le lanzó una mirada sorprendida. Después sonrió e inclinó la cabeza.

—No, no me preocupa nada —sonrió.

Se levantó y se acercó a la biblioteca. Algunos segundos después, con un gran atlas entre las manos, regresó al sillón.

—Ven a ver esto, Bente —dijo, abriendo el atlas que sostenía en sus rodillas.

De pie, junto a él, la chiquilla se apoyó en el hombro paterno, mientras el hombre hojeaba el grueso atlas.

—¿Has oído hablar de Valparaíso, hijita? —preguntó él.

—No. ¿Qué es eso de Valpa... qué?

—Valparaíso —explicó Winther— es el puerto más importante de Chile. Está situado al sur del Ecuador, a unos 32 grados de latitud, poco más o menos.

—Déjame ver —exclamó Bente, mirando atentamente el enorme mapa—. ¿Dónde está?

—Ahí —dijo su padre, indicando exactamente el lugar.

—¡Uf! —suspiró Bente—. ¡Esto está lejísimo!

Joergen Winther miró a su hija con aire serio.

—Sí, está muy lejos —acordó.

Luego, cerró el libro y se levantó para volver a ponerlo en su lugar en la biblioteca. Bente le seguía con la mirada, un tanto asombrada.

—¿Por qué me has hablado de Valpa...?

—Valparaíso.

Winther se sentó de nuevo en su sillón. Tomando a Bente por un brazo, la hizo sentar en sus rodillas.

—Porque yo voy a salir para Valparaíso —dijo—. Partiré pronto y permaneceré ausente algún tiempo...

—¿Cuánto tiempo? —preguntó vivamente Bente.

—Un año —respondió Winther—. Un año o tal vez más...

El rostro de Bente, que hasta entonces había permanecido gravemente interrogador, se iluminó con una gran sonrisa.

—¡Qué suerte! —dijo—. ¿Viajaremos en avión o en barco?

Winther no se inmutó. Permaneció con la mirada fija ante sí.

—El inconveniente está, Bente, en que tú no puedes acompañarme —dijo lentamente—. Es imposible. ¡Absolutamente imposible!

Bente apoyó la cabeza de nuevo en el hombro paterno, mientras rodeaba su cuello con un brazo. La idea de semejante separación le pareció tan desesperante que no pudo retener las lágrimas. Lloraba silenciosamente, quietecita, dando libre curso a su pesar, mientras su padre le acariciaba el cabello.

—Escúchame —le dijo él, tratando de dar a su voz el tono más alegre y ligero posible—. Escúchame, hijita... No será tan terrible como parece. Un año pasa de prisa. Me he estado preguntando si no sería conveniente buscar un buen pensionado, donde tú pudieras permanecer durante mi ausencia. La señorita Larsen es un ama estupenda, pero ya no es joven y además no tiene muy buena salud. Además, creo que no aceptaría la responsabilidad de cuidar de ti el día entero, sin mi presencia. Por consiguiente...

Pero Bente no le escuchaba. La muchachita estaba llorando como si su corazón fuera a romperse en mil pedazos, al ver cómo, súbitamente, su pequeño mundo se hundía a sus pies. Su padre iba a marcharse y ella se vería obligada a separarse de sus compañeras, a dejar su hogar, su escuela, todo...

—¿Y qué le ocurrirá a «Plet»? —acabó por balbucir penosamente.

El perrillo negro y blanco, de largas orejas peludas, se hallaba acostado en su cestita; al oír pronunciar su nombre, agitó la cola.



—¡«Plet»! Bien... No he pensado en él todavía —admitió Joergen Winther—. Pero me pregunto si Anders y Henny aceptarían cuidarse de él. Anders es veterinario...

—Así que yo... yo... estaré completamente sola... —sollozó Bente—. ¡Ni siquiera podré tener a «Plet» conmigo...!

—En efecto, Bente. No puedes llevarte un perro a un pensionado —dijo su padre—. «Debes» tratar de comprender y tratar de comportarte como una jovencita juiciosa, Bente. Yo he de partir, puesto que mi trabajo lo exige. No puedo rehusar. Tomemos ambos esto del mejor modo posible.

Al darse cuenta del tono triste y acongojado de su padre, Bente comprendió que ella debía reaccionar. Secó valerosamente sus lágrimas e hizo un esfuerzo por sonreír.

—¿A qué pensionado vas a enviarme? —preguntó.

Winther sacó de un bolsillo de su americana la pipa y empezó a llenarla de tabaco.

—A fe que no lo sé —respondió—. Pero he oído hablar mucho y bien del pensionado de Egeborg...

El pensionado de Egeborg se hallaba situado en un cabo que, por el sur, penetraba en el lago Ege. El panorama de que disfrutaba aquel enorme edificio era magnífico. Al oeste, más allá del lago, se veía una verde selva llamada «Bosque del Oeste», que bordeaba un extenso pantano. Al norte, el lago se extendía hacia la isla del «Caballero Volmer» y hacia una estrecha lengua de tierra que conducía a las ruinas románticas de una fortaleza. Al este, la vista se perdía en campos ondulantes...

Bente y su padre permanecían de pie ante el colegio, en compañía del director, señor Frank, a quien habían ido a visitar, y admiraban aquel grandioso paisaje.

—Su escuela —dijo Winther, volviéndose hacia el director— no podía estar situada en un lugar mejor. ¡Este paisaje es maravilloso! La vista que se alcanza desde aquí es de una muy rara belleza.

El señor Frank aprobó con una inclinación de cabeza y una tranquila sonrisa. Era un hombre joven, de oscuros cabellos, rasgos regulares, limpiamente modelados, y ojos castaños bajo cejas casi negras. Vestía pantalón de franela gris claro y una camisa deportiva. Bente, quien al principio lo había considerado con cierta desconfianza, tuvo que admitir pronto que parecía simpático, y que el hecho de llevar un atuendo tan sencillo le confería un aire muy acogedor. ¡Ella había imaginado que el director de una escuela sería un anciano señor malhumorado, vestido de negro de pies a cabeza, llevando una camisa de cuello almidonado, y un enorme bigote!

—La vida aquí es tranquila y agradable —comentó el señor Frank, siguiendo con la mirada el vuelo de unos patos salvajes por encima de sus cabezas—. ¿Bente está acostumbrada a vivir en plena naturaleza? —preguntó, como incidentalmente.

—No —contestó el señor Winther—, en absoluto. No, pertenece a los «scouts» y habitamos un tercer piso en un edificio de apartamentos de la capital...

—Me refería a las vacaciones —explicó el director.

Winther inclinó la cabeza:

—Por lo general, pasamos el verano en Hornback, que es, como sabrá, una playa de moda. Nos alojamos en el hotel. Así puedo dar vacaciones al ama de casa.

La puerta de la terraza donde se hallaban se abrió y vieron aparecer a una mujer joven y rubia, muy sonriente, que tendió la mano al señor Winther y a Bente.

—Mi esposa —presentó el director.

La señora Frank dirigió una amable sonrisa a Bente.

—Debo dar una vuelta por la huerta. ¿Quieres venir conmigo, mientras mi marido y tu padre conversan? —propuso a Bente amablemente.

—Sí, gracias —respondió cortésmente Bente Con mucho gusto.



Había en aquel joven matrimonio cierto encanto que la hizo sentirse cómoda instantáneamente. Su naturalidad y su buen humor ejercían en ella un efecto contagioso.

Bente recorrió los alrededores de la casa, guiada por la señora Frank y llevando una cesta colgada del brazo.

—Debemos recoger unas cuantas hortalizas —explicó la señora—. ¡No puedes imaginarte lo que pueden llegar a comer tantísimos jovencitos! Una vez acabadas de preparar las hortalizas que habíamos recogido esta mañana, me he dado cuenta de que no tendríamos suficientes. ¿Te gustan las judías?

—Sí dijo Bente, que no tuvo valor suficiente para confesar que «las detestaba».

—Ya veo que no —contestó riendo la señora Frank—. ¡Pero esto no será obstáculo para que me ayudes a recogerlas!

Bente la miró con admiración y de pronto se encontró pensando en que la esposa del director era estupenda. ¡Y su corazón se alborozó!

Cuando, un poco después, Bente volvió a la terraza, una vez hubo ayudado a la señora Frank a transportar el pesado cesto a las cocinas, encontró a su padre instalado en un sillón del jardín, en

animada conversación con el director.

—¡Bente, Bente! —exclamó al verla—. ¡Ya está todo arreglado! Estás inscrita en el pensionado de Egeborg y dentro de unos cuantos días volveremos con todas tus cosas.

Bente no sabía muy bien qué decir. Se sentía muy tranquilizada después de haber estado conversando con la señora Frank, pero las palabras de su padre le produjeron el efecto de una sentencia. ¡Le recordaron repentinamente los grandes cambios que iban a producirse en su vida!

—Serás feliz entre nosotros —dijo el director, levantándose—. ¡Nos sentimos muy contentos de recibirte aquí! Hasta hace poco el colegio estaba completo, pero una de las jovencitas ha tenido que marcharse a Estados Unidos. ¿Te gustaría ver tu habitación?

Pasaron por un gran comedor lleno de luz, luego atravesaron el vestíbulo y empezaron a subir por la ancha escalera de madera que conducía a los dormitorios del primer piso. El director llamó a una de las puertas, la número 7, y una voz respondió: «¡Pase!».

La habitación era clara y alegre, con cortinas floreadas en la ventana. Había dos literas de dos pisos cada una, dos armarios dobles y cuatro pupitres. En dos de los pupitres, se sentaban sendas muchachitas que, al ver al director, se pusieron de pie.

Una de ellas tenía el pelo rojizo y muchas pecas en las mejillas. Ésas fueron las primeras cosas que Bente advirtió. Llevaba un pantalón tejano y un suéter a rayas. Un rayo de sol, atravesando la ventana, caía sobre su pelo, que brillaba como si fuera de cobre. Su rostro, delgado, expresaba curiosidad.

La otra muchachita, vestida con un trajecito rojo vivo, era más alta y parecía menos delgada, más lenta. Sus cabellos eran rubios ceniza y sus ojos, por instantes fugaces, adquirirían una expresión interrogadora y grave. Daba la impresión de ser una personita tranquila y ordenada.

—Ésta es vuestra nueva compañera de habitación —dijo el señor Frank—. Se llama Bente Winther.

Empujó suavemente a Bente hacia las otras dos niñas, la mayor y más seria de las cuales le tendió la mano.

—Yo me llamo Inger —dijo.

—Y yo me llamo Karen —anunció la pelirroja.

—¿Dónde está Lise? —preguntó el director.

—Ha ido a Oesterby a comprar sellos —respondió Karen.

—Pues bien, Bente, ya conocerás a Lise cuando vuelvas, dentro de unos días —concluyó el director.

Bente echó una ojeada a su alrededor. Ciertamente, aquella pieza producía una agradable impresión. Pero la chiquilla había tenido siempre una habitación para ella sola y no la entusiasmaba demasiado la idea de tener que compartirla ahora con otras tres niñas. Además no había dormido nunca en literas.

Las paredes estaban tapizadas de imágenes multicolores que las colegialas habían recortado de periódicos y revistas ilustradas, y en el alféizar de la ventana había una pequeña pecera con dos pececitos colorados.

—Cada alumna dispone de un armario y un pupitre —explicó el director, señalando con un dedo los que pertenecerían a Bente—. Y en cada corredor disponemos de un profesor que procura que todo vaya como es debido. Yo no quiero que el colegio sea una maquinaza inhumana. Es por esto que hemos separado así a las alumnas y a los alumnos. Tal disposición tiene la ventaja de que cada cual puede recurrir al profesor de su corredor, cuando se halla ante una dificultad que no puede resolver personalmente. Por otra parte, estos pequeños grupos así separados gozan de una intimidad que de otro modo no tendrían.

Bente no estaba demasiado atenta a las explicaciones del director, porque se hallaba muy ocupada estudiando a sus dos nuevas compañeras, quienes, por su parte, la observaban también curiosamente con aire de pensar «¿Qué clase de bicho eres tú?».

Pero, a medida que el gran día se aproximaba, Bente estuvo tan ocupada preparando sus maletas, arreglando los cajones del apartamento, que su padre había subarrendado por dieciocho meses, en organizar la partida de «Plet» a Sundkoebing, donde vivían el veterinario Anders Moeller y su esposa, que no tuvo tiempo de pensar en el futuro. Y cuando, más adelante, la muchachita recordó aquella semana, tuvo la sensación de que había transcurrido muy de prisa, demasiado: el último día en la que

hasta entonces había sido su escuela..., la separación de las amigas..., el equipaje que fue preciso bajar desde el tercer piso y colocarlo en el coche..., el viaje por la autopista hasta el nuevo colegio..., la mirada grave de su padre en el momento en que la levantó para besarla y decirle adiós..., el automóvil desapareciendo detrás de los árboles cercanos a unas montañas...

Luego, Bente se halló sola en la habitación que, en adelante, sería su hogar. Su abrigo estaba tirado sobre la cama. La señora Frank le había hecho una corta visita para preguntarle si necesitaba algo, y le había sonreído con sus brillantes ojos azules al indicarle:

—Tus compañeras vendrán pronto. Las horas de clase están por terminar hoy. Puedes ir deshaciendo tus maletas entretanto...

Una vez se hubo cerrado la puerta detrás de la amable esposa del director, Bente se sintió sola como jamás se había sentido. Sola ante el vasto mundo. ¡A su entorno únicamente había personas extrañas!

Suavemente, se sentó al borde de su cama y volvió una triste mirada hacia la ventana. Pero, de súbito, las lágrimas acudieron a sus ojos y resbalaron por sus mejillas. Entonces, ocultó la carita entre las manos y lloró abundantemente.

No tenía idea alguna del tiempo transcurrido, cuando la puerta se abrió bruscamente. Alzando con viveza la cabeza, se halló ante la mirada burlona de Karen y le oyó decir:

¿Qué? ¿Estás llorando?



El tono había sido tan desdeñoso que Bente se sintió enrojecer de vergüenza, pero al mismo tiempo experimentó un fuerte enojo. No sabía qué decir. Karen volvió a cerrar de un portazo y se acercó a la ventana. Estuvo mirando afuera un momento, mientras tarareaba unos compases cualesquiera. Después giró hacia Bente y dijo:

—Sería mejor que apartaras esas dos maletas de cartón de en medio. ¡También nosotras necesitamos sitio!, ¿sabes?

Bente se levantó y tomó las maletas; las empujó hasta su cama, y trabajosamente las levantó para abrirlas y comenzar a ordenar sus cosas. En aquel instante, se escucharon pasos en el corredor, se abrió nuevamente la puerta y entró Inger, seguida de una chiquilla a la cual Bente no conocía aún, pero que parecía tan alegre y despreocupada, que apenas pudo contener una sonrisa al mirarla. Era menudita, con grandes ojos azules y cabellos tan rubios que daban la impresión de ser blancos. ¡Mechones ensortijados de color platino encuadraban un rostro más que travieso!

—Buenos días —dijo Inger, con amabilidad, tendiendo una mano a Bente. Y añadió—: Sé bien venida.

—¡Hola! —dijo su compañera, pero en lugar de tenderle la mano, le hizo una especie de saludo militar con el dedo índice.

—Tú eres Bente Winther, ¿no?

—Sí, eso es —dijo Bente.

—Entonces escucha algo muy gracioso. Yo me llamo Lise Sommer. Como ves, en nuestra lengua danesa, tu nombre significa invierno y el mío verano, por lo tanto entre las dos hacemos un año casi entero.

Bente no pudo dejar de sonreír. Aquella rubita era irresistible.

—¿Traes algo divertido en tus maletas? —preguntó Lise, instalándose al borde de la cama—. Si es que sí, tienes que mostrármelo en seguida.

—Pues..., no sé. ¡Son mis vestidos y algunos objetos útiles! Pero tengo una tableta de chocolate, si queréis probarla...

—¡«Si queremos», dices! —gritó Lise—. ¡Eh, chicas! ¿Hemos rehusado jamás un poco de chocolate?

Inger declaró riendo que ella estaría comiendo golosinas a todas horas, pero Karen, que se había sentado junto a la ventana, no respondió; permaneció taciturna, balanceando las piernas...

Bente sacó la tableta de chocolate y lo desenvolvió. Con gran precisión rompió una cuarta parte y la dio a Inger, quien le dijo: «gracias». Lise tomó a continuación su porción, con un gritito de alegría. Entonces, Bente se volvió hacia Karen y le preguntó:

¿Quieres?

—Naturalmente —respondió Karen, haciéndole un gesto para que se acercara—. ¡Tráemelo!

Bente sintió de nuevo que el enojo corría por sus venas.

—Si quieres, ven a buscarlo —respondió con toda la dignidad de que era capaz, en tanto que, calmada y tranquila empezaba a mordisquear su porción.

—¡Especie de boba! —musitó Karen entre dientes—. ¡Dices esto porque eres demasiado avara para darme un trozo!

—¡Qué tontería...! —exclamó Bente—. Si quieres, no tienes más que venir por ella.

Hubo unos instantes de tensión, como si la electricidad flotara en el cuarto. Ambas chiquillas se sostenían la mirada. Inger y Lise las contemplaban sin querer intervenir.

Entonces, Karen se levantó de un salto de su asiento junto a la ventana, se precipitó sobre Bente y la abofeteó sonoramente. Antes de que Bente hubiera tenido tiempo de reaccionar, la puerta se

había cerrado tras la explosiva pelirroja.

—¡No te disgustes por esto! —comentó Lise, con la boca llena de chocolate—. Karen es así...

Pero Bente, los ojos llenos de lágrimas de cólera, contemplaba fijamente la puerta y apretaba los puños.

- II -

Lise dormía en la litera superior a la de Bente. Karen dormía en la litera superior de la otra cama de dos pisos, e Inger abajo.

Aquella noche, Bente tardó mucho en dormirse. Todo le parecía tan nuevo y extraño... Además había ese primer tropiezo con Karen, que la asustaba. Jamás le había ocurrido nada semejante. Ella estaba acostumbrada, hasta entonces, a ser quien dominaba en su clase, y nadie le había demostrado nunca el menor signo de enemistad. Por lo tanto, ahora se sentía completamente aturdida por la actitud de Karen. No podía comprender, en absoluto, por qué esa chiquilla había querido ser, desde un comienzo, tan poco amistosa.

El resto del día había pasado bien. Después de la cena, tiempo en el que Bente había tenido que soportar muchas miradas de chicos y chicas fijos en ella, Lise la había acompañado a pasear por el parque, un parque enorme que rodeaba la pequeña península, y aquel paseo la había encantado.



Había allí enormes extensiones de césped verdísimo y estaba permitido caminar por él, con excepción de la parcela que se hallaba frente a la casa del director. Había rosas y múltiple variedad de flores con todos los colores del arco iris, y había también una colina, coronada de altas hierbas erguidas y de pequeñas covachas construidas por los alumnos de ambos sexos y que tenía un aspecto «sensacional».

—Es «nuestra» ciudad —explicó Lise—. Tenemos nuestros policías, nuestras leyes, nuestros jueces, etcétera... Y si los profesores vienen por aquí han de mostrarnos su pasaporte.

—¿Eso quiere decir que no pueden presentarse sin pedir permiso?

—¡Desde luego que pueden! Pero convenimos con ellos que deberían mostrar su pasaporte, con su foto, su nombre y su firma expedido por el Consejo de Asociación de Alumnos. ¡Fue una idea del propio director, no creas! ¿Verdad que es un hombre estupendo?

—Sí, lo es.

—¡Es un gran tipo! Pero casi todos los profesores son así en este colegio. Lo pasamos muy bien.

—¿Por qué estás interna tú?

—Porque mi padre es capitán de marina mercante y viaja constantemente a América del Sur. Su barco se llama «Margrethe III» y es maravilloso, te lo aseguro. Yo pude visitarlo en una ocasión en que estuvo en Dinamarca, para una reparación.

Las dos muchachitas descendieron por las grandes extensiones de césped hasta la orilla del lago, donde se veía un pontón y dos barcas de remos meciéndose, suavemente, sobre las aguas. En el parque se alzaban grandes árboles majestuosos; en la parte oeste del colegio crecían particularmente frondosos y apiñados. Lise explicó que, siguiendo en aquella dirección, se llegaba a un bosque.

—Hay un sendero que pasa por delante de la casa del guardabosques y bordea el lago. Pero es mucho más divertido caminar por medio de los árboles, sin seguir sendero alguno.

—¿Está permitido ir al bosque? —preguntó Bente.

—Sí, a condición de avisar al profesor. Pero, de todos modos, no debemos ir demasiado lejos.

Súbitamente, Lise se detuvo y miró a su compañera.

—No te preocupes por la bofetada que te ha dado Karen, Bente...

Bente no respondió. ¡Precisamente estaba muy, pero que muy enojada! Aquel primer choque con una de sus compañeras de habitación la tenía atormentada.

—Karen es una chica muy rara —prosiguió Lise—. Tiene ideas muy suyas y nada se puede contra ello. Quiero que sepas que Inger y yo estamos muy contentas con tu llegada..., a pesar de que no te hayamos defendido frente a Karen, como sin duda hubieras deseado.

—No tenías ninguna obligación de defenderme —contestó Bente, un poco impaciente—. ¡Sé defenderme sola!

—Mejor para ti —repuso Lise, que prosiguió su marcha, sin volver a mencionar para nada aquel asunto en todo el resto del paseo.

A las ocho y media sonó el timbre que indicaba la hora de ir a acostarse. Los muchachos desaparecieron en el ala norte del edificio donde se hallaban sus dormitorios, y las muchachas —con un poco menos de ruido..., pero sólo un poco menos— se dirigieron a sus cuartos. Los «pequeños» debían estar acostados a las ocho menos

cuarto, mientras que los «mayores» (los alumnos de más de once años) tenían derecho a tres cuartos de hora más.

A las nueve en punto, una de las profesoras que hacía su ronda diciendo «buenas noches» apagó las luces. Era la señorita Holm y tenía el cargo de «capitana de corredor» de la sección donde Bente dormía. La señorita Holm era una damita más bien gruesa, de claros ojos azules y un apretón de manos vigoroso y cordial. Lise previno a Bente que era un poco «hueso», pero «no del todo, en el fondo, cuando se la conocía bien», lo cual resultaba esperanzador.

Y he aquí, pues, que nuestra heroína se halla ya en su cama, pensando en aquel extraño día que acababa de transcurrir y que había constituido el comienzo de un cambio de vida tan total. En su casa, en Copenhague, Bente había escuchado, de noche, el ruido de los tranvías y el rugido de los motores de los coches. En el colegio, en cambio, reinaba la paz. De vez en cuando, se oía el trino de algún pajarillo nocturno, desde las ramas de un árbol. Ella no sabía muy bien qué clase de pájaro sería, pero su canto le resultaba agradable. No estando habituada a tanto silencio y además con la mente tan llena de pensamientos, aquella noche Bente tardó mucho, mucho, en dormirse.

La jornada comenzaba a las siete menos cuarto en el pensionado de Egeborg y lo hacía de la siguiente manera: las «capitanas de corredor» circulaban gritando «buenos días» con voz tan fresca y despreocupada que se hubiera dicho que ignoraban lo que era tener sueño. Bente se despertó, todavía un tanto «atontada» al oír la llamada severa de la señorita Holm. Se sentó en su cama, sin acordarse de que había otra cama por encima de su cabeza y se dio un golpe contra el colchón de Lise.

—¡Ay! —exclamó, llevándose una mano hacia el lugar lastimado.

Después vio el rostro sonriente de Lise y escuchó un tranquilo «buenos días» de Inger. Karen, por su parte, bajó de su cama y pasó ante Bente sin decirle una palabra.

Una buena media hora después, habiendo hecho las jovencitas su aseo personal y sus respectivas camas, bajaron al comedor a

desayunar. Bente se sentaba entre Inger y Lise, y la señorita Holm presidía la mesa. El desayuno consistía en «porridge», pan blanco, bizcocho y té. Bente comió con excelente apetito. A continuación cantaron un cántico y, a las ocho en punto, empezaron las clases.

Para Bente todo era nuevo: nuevos profesores, cuyos nombres era preciso recordar, y nuevos compañeros que se acercaban a mirarla y a hacerle preguntas. Hubo ratos de recreo, bajo los verdes árboles y sobre los verdes céspedes, en lugar de patio asfaltado al que Bente estaba acostumbrada. Después de un largo rato de recreo, tuvo lugar la comida del mediodía. Todo resultaba nuevo e interesante; el tiempo transcurrió tan rápidamente que la muchachita no podía comprender adónde habían ido a parar las horas.

Bente tuvo que admitir que aquel primer contacto con la vida del pensionado había sido mucho más dichoso de lo que había imaginado. Sus compañeros y compañeras tenían un aspecto sumamente alegre; los profesores parecían amables y complacientes. Pero, de todos modos, todo era tan nuevo, tan diferente... Y además sufría con la idea de tener allí a una enemiga, la cual, tal vez, perturbara y entristeciera su existencia en Egeborg.

A las dos, acabadas ya las clases, les dieron permiso para salir hasta las cuatro y media, hora de estudio. Bente buscó a Lise, para proponerle un paseo por el bosque. Pero, como fuera que no consiguió encontrarla, decidió ir sola, aunque sin alejarse mucho, ya que tenía grandes deseos de conocer un poco los alrededores. Pidió, pues, el permiso necesario a la señorita Holm.

—Sí, puedes ir, pero debes estar de regreso a la hora señalada. ¡Y procura no perderte! —dijo la profesora.

Bente atravesó la enorme extensión de césped y penetró bajo los árboles, a través de cuyo ramaje se filtraban suaves y tibios rayos de sol. El tiempo era delicioso. Una especie de valla de piedra separaba el parque del bosque. Bente la cruzó y alcanzó el sendero que bordeaba el lago. Pasó por delante de la blanca y baja casita del guardabosques, que tenía un agradable aspecto con su tejado de pizarra oscura y sus postigos verdes.

Luego la muchachita, abandonando el camino trazado, empezó a errar por medio de los árboles y de los arbustos. Se sentía del todo

feliz. El bosque no formaba parte de las cosas que ella había visto hasta entonces. Bente conocía sobre todo el jardín de aclimatación y los bosques vecinos a la ciudad, donde solía dar paseítos sin grandes emociones. Pero el Bosque del Oeste no era en modo alguno un parque bien cuidado, ¡era una auténtica selva! Grande, salvaje, fascinante. Bente se detuvo y paseó a su entorno una mirada sonriente, sintiéndose maravillada por el canto de los pájaros y el tibio calorcillo del sol. Se sentó en un tronco y disfrutó así de la soledad y del silencio, admirando las variedades de verde que la rodeaba por doquier.

Una ardilla corrió de rama en rama y desapareció al cabo en la copa de un árbol, por encima de la cabeza de Bente. Un mirlo agitó el follaje y emprendió el vuelo más lejos. Súbitamente, la chiquilla apercibió un pequeño corzo, que, con gracia prudente, levantó su linda cabecita e irguió sus grandes orejas ovals. Aproximándose a grandes zancadas, pudo ver también a la corza madre, cuyo color castaño se confundía con el decorado. Ambos animales pacían tranquilamente —manteniéndose, sin embargo, ojo avizor— en un claro muy cercano al lugar en que se hallaba Bente.



Después de haberlos estado contemplando sin moverse, intentó acercarse un poco más, pero los animalitos la vieron y, de un salto

ágil y elegante, desaparecieron entre el follaje. Bente, no obstante, siguió sus huellas con precaución y pudo volver a verlos, esta vez a prudente distancia. Allí, en pie entre jóvenes arbustos, experimentó de pronto la sensación maravillosa de ser libre y feliz, de un modo desconocido hasta entonces. Sus preocupaciones habían sido acalladas por una alegría liberadora, únicamente debida al hecho de que, por primera vez en su vida, se encontraba en el seno de la naturaleza.

Nunca había sentido Bente un sentimiento como aquél. Su padre no era muy amante de la verdadera vida campestre, y la vida en Copenhague no le daba la ocasión de aprender de la naturaleza más que lo que se decía en los libros de botánica y zoología.

La corza y su cría se adentraron más profundamente en el bosque, y Bente les siguió. Olvidó completamente la hora, así como el fijarse en los lugares por donde pasaba, y repentinamente se encontró en un pequeño claro sin saber qué dirección tomar para volver al colegio.

Bente se había sentido tan hechizada por el bosque que no había pensado ni por un momento en sus deberes escolares. Cuando se dio cuenta de que corría el peligro de perderse la hora de estudio, sintió encogerse el corazón. No había tomado su reloj y era incapaz de volver a encontrar el camino de regreso. La chiquilla trató de hallar el lago; pero, después de haber estado caminando un buen rato, se dio cuenta de que no había hecho más que dar vueltas en torno al mismo lugar.

Entonces el pánico se apoderó de su ánimo. No era ni la soledad ni el bosque lo que la impresionaban. Era el pensamiento de la consternación general que reinaría en el colegio, en cuanto se dieran cuenta de su ausencia. Bente se decía que ya había causado suficiente sensación y que hubiera preferido pasar inadvertida en adelante.

Pero ella no conocía suficientemente la naturaleza para orientarse. Intentó al azar encontrar el camino, pero cada vez parecía adentrarse más y más en la espesura del bosque.

Finalmente se sentó en la hierba para descansar. Estaba agitada y cansada; sin embargo, incluso en aquellos instantes en que se veía sola en medio de desconocidos lugares, no podía ahogar la dicha

que experimentaba por aquel contacto íntimo con la naturaleza. Se reclinó de espaldas y miró el cielo azul, donde se paseaban parsimoniosamente nubecillas blancas. El colorido de las nubes le indicó que la tarde tocaba a su fin y que el sol estaba acercándose al horizonte. No obstante, no sentía ninguna inquietud ante la idea de tener que pasar el anochecer —¡y tal vez toda la noche!— en el bosque. La naturaleza y Bente se habían convertido ya en un par de buenas amigas.

Se levantó y se puso de nuevo en camino, tomando una dirección diferente. Pero en aquellos momentos oyó lejanas voces que gritaban algo. Se detuvo y prestó oído. Entonces escuchó su nombre. Contestó cuan fuerte pudo y, guiada por las voces, pronto se encontró en el senderillo que bordeaba el lago.

Desde lejos, un hombre corría a su encuentro y, cuando estuvo lo bastante cerca para distinguirlo bien, Bente reconoció al profesor de gimnasia, señor Larsen, seguido por algunas de sus compañeras de clase, Lise en cabeza.

—¡Vaya por Dios! ¿Estás aquí, diablillo de los bosques? —gritó el señor Larsen al verla. Avanzaba hacia ella a grandes pasos—. En el nombre del cielo y de la tierra, ¿dónde has ido? —amonestó—. ¿No sabías que era hora de estudiar?

—Sí —balbuceó Bente, un tanto ansiosa.

—La hora de estudio era a las cuatro y media y pronto van a ser las seis —añadió el profesor, intentando adoptar un aspecto severo.

—Me he perdido en el bosque —respondió Bente.

—Sí, lo supongo —dijo el señor Larsen, dándole un golpecito amistoso en el cabello—. Estábamos preocupados por ti. ¿Has pasado miedo?

—¡No! —exclamó ella con sinceridad—. ¡Ha sido maravilloso!

—¡Si ya lo he dicho! ¡Eres un diablillo de los bosques! Pero ahora debemos regresar. No podemos perder ni un minuto más.

Bente le siguió, un tanto ruborizada. Lise se había puesto a su lado y le tomaba cariñosamente una mano.

—¡Diablillo de los bosques! —comentó—. Ahora ya sé cómo te llamarás en adelante: ¡te llamarás Puck!

En Egeborg era costumbre poner apodos a todo el mundo. Pero no bastaba con inventar uno. Había que someterlo al Consejo de Alumnos y ser aceptados por unanimidad. A continuación tenía lugar en el parque una ceremonia de imposición de nombre, a partir de la cual ya se estaba en el derecho de usar el apodo.

—Es una cosa muy solemne —dijo Inger, una vez acostadas, empezaron a charlar en la oscuridad.

—Yo diría más bien que resulta cómica —repuso Lise—. Pero espera un poco y ya verás por ti misma cómo sucede. No tenemos más que dos ceremonias de imposición de nombre por año y tú has llegado justo a tiempo para la del sábado próximo.

—Y ¿por qué vosotras tres no tenéis apodos? —preguntó Bente, que no sabía todavía si mostrarse contenta o molesta por el suyo.

—¡Hay uno preparado para mí! —exclamó Lise con cierta dignidad—. ¡Me llamaré «Navío»!

—¿Por qué?

—Porque mi padre es capitán de marina. Salió una voz de la litera de Karen:

—Si yo estuviera en tu lugar, no me sentiría demasiado orgullosa de recibir el apodo de Puck. Como debes de saber, Puck es un diablillo malicioso.

—No recuerdo haber dicho que estuviera orgullosa de él —repuso vivamente Bente—. Fue Lise quien lo sugirió...

—Sí, ya sé —dijo Karen, burlonamente—. Fue después de que la niñita se hubo perdido en el bosque como una bobalicona...

—¡Cállate, Karen! —rogó Lise.

Pero Karen no le hizo el menor caso.

—Deberías apodarte cabeza de chorlito, te sentaría mucho mejor. Aunque, evidentemente..., puesto que Puck era un espíritu malicioso, tal vez también te vaya bien ese nombre.

—¡Tú sí estás llena de malicia! —exclamó Bente, furiosa—. Yo no te he hecho ningún mal, y tú no cesas de atosigarme y comportarte conmigo de una manera repugnante. Entonces intervino la tranquila voz de Inger.

—En cierto sentido, Karen tiene razón —dijo con calma—. Es cierto que, en tiempos antiguos, los ingleses creían que Puck era un espíritu maléfico de los bosques. Pero, cuando Shakespeare escribió

el «El sueño de una noche de verano», lo transformó en un encantador muchachito que se divierte importunando a todo el mundo, y hoy en día nadie diría que Puck no es un nombre divertido y espiritual.

De esta manera, la serena Inger consiguió aplacar los ánimos. La disputa había concluido.

El presidente del Consejo de Alumnos era un muchacho llamado Svend, rubio, de ojos azules, de gestos pausados, quien, por su buen humor, se hacía querer de todos en el colegio; ejercía sus funciones de presidente con ejemplar dignidad.

El sábado siguiente, día de la imposición de nombres, lucía un sol radiante y hacía un agradable calorcillo en el parque donde la «divertida ceremonia» tendría lugar. Instalaron bancos para los invitados de categoría y colocaron un cajón para que sirviera de plataforma al orador. Habían preparado la manguera y unos cubos. Todo aquello le estaba resultando un misterio a Bente, la cual no había conseguido arrancar una sola explicación sobre la ceremonia a ninguna de sus compañeras.

Los profesores tomaron asiento en los bancos de invitados y los alumnos sobre la hierba. Los chicos y las chicas que debían ser «bautizados» ocupaban un banco colocado frente a la tribuna del orador. Svend paseó una mirada crítica a su entorno. Después subió al estrado, que crujió bajo su peso. Tosió repetidas veces, sacó un trozo de papel de su bolsillo y comenzó:

¡Señoras, señores! Nos hemos reunido hoy aquí para distribuir a algunos de nuestros compañeros apodos a la vez originales y apropiados. Con esto, estamos siguiendo una tradición muy antigua en este colegio, y consideramos los apodos como un testimonio de la buena camaradería que reina entre nosotros. He aquí los honorables ciudadanos que van a ser sometidos a la ceremonia de la imposición de nombres: Hugo Carsten recibirá el nombre de Alboroto a causa de su conducta silenciosa por los corredores, los dormitorios y las clases; ¡un nombrecillo que se ha ganado a pulso! Lise Sommer se llamará desde ahora Navío, porque el autor de sus días, el magnífico capitán Sommer, ha influido en su hija hasta tal

punto que ella puede muy bien ser confundida con un marinero de primera clase. Nuestro interesante amigo y hermano de armas Henrik Smith llevará desde ahora el honorífico nombre de Cavador, a fin de que su potencia de trabajo nos sirva de ejemplo a todos, aunque, a fuer de sincero, debo añadir que su labor es más eficaz en el campo de fútbol que en las clases. He aquí, además, a Aage Joergensen, a quien llamaremos desde ahora Uva Seca, porque sus ojos semejan dos granos de uvas de Corinto. Y, por fin, nuestra compañera Bente Winther tendrá derecho a llevar el nombre de Puck, a causa de su inquietante excursión a los bosques del otro día. ¿Puedo solicitar la adhesión de la asamblea para estas decisiones del Consejo de Alumnos?

La asamblea aplaudió enérgicamente y Svend rogó a las cinco víctimas que se levantaran y saludaran, lo que hizo redoblar el entusiasmo de los aplausos.

Entonces Svend se volvió hacia los invitados.

—Si alguien entre ustedes tiene alguna objeción que hacer a los nombres propuestos —dijo—, tiene la palabra.

El director Frank se levantó y se inclinó respetuosamente ante Svend.

—Muy Honorable Señor Presidente —dijo en nombre de los invitados—, me place responder que encontramos su elección muy acertada. El Consejo de Alumnos, una vez más, ha dado prueba de una competencia que a todos nos maravilla.

Y entonces empezó la ceremonia propiamente dicha. Una tras otra, las víctimas avanzaron hacia la tribuna y Svend llenó una taza de agua, tomándola de los cubos. El primero en recibir su nombre fue Hugo. Como cosa excepcional, permaneció silencioso. Svend levantó solemnemente la taza por encima de la cabeza del neófito y dijo con tono ceremonioso:

—Hugo Carsten, a partir de hoy te llamarás Alboroto.



Habiendo hablado así, vertió el agua sobre la cabeza del desdichado Alboroto, mientras la concurrencia aplaudía y gritaba bravos. Después le tocó el turno a Lise, quien recibió su nuevo nombre con todos los honores que le eran debidos, mientras el agua se deslizaba por su sonriente rostro. Henrik aceptó también el bautismo con la frente alta, pero Aage, a quien la situación no le satisfacía demasiado, quiso esquivar el duchazo. Obligado a inclinarse hacia adelante, para alcanzarle, Svend cayó de la caja que le servía de estrado, entre grandes gesticulaciones y saltitos para recuperar el equilibrio. Acabó por volver a la tribuna, pero se vio obligado a llenar de nuevo el tazón, ya que el agua se había derramado por el césped, sin tocar a Aage.

Svend comenzó de nuevo sus ritos, pero esta vez Uva Seca dio un paso hacia la derecha e inclinó la cabeza. El agua, pasándole de lado, alcanzó a otro chico, quien, pillado por sorpresa, emitió un chillido y cayó al suelo. Allí se quedó, riendo a carcajadas, en tanto que Svend, con un silbido de impaciencia, rellenó el tazón por

tercera vez, gritando:

—A partir de ahora te llamarás Uva Seca y ¡te ruego que te estés unos instantes quieto, idiota!

Y como quiera que, enojado, trató de echar el agua a las narices de Aage y éste, para esquivarla, bajó la cabeza, el líquido fue a dar a la cara de la señorita Holm, salpicando al mismo tiempo a muchos otros invitados. Un murmullo de risas subió de los grupos de muchachas y muchachos hasta convertirse en un verdadero griterío, cuando la señorita Holm gritó:

—¡Protesto! Yo no quiero llamarme Uva Seca.

Svend, que se había quedado un tanto inquieto, preguntándose cómo acabaría todo aquello, recuperó el dominio, vertió una taza de agua por la cabeza de Aage, el cual, apenado de que una de las profesoras hubiese resultado mojada por su culpa, se olvidó de esquivar el chaparrón.

—¡Y ahora lárgate, Uva Seca! —dijo Svend—. Debemos bautizar a Bente.

La asamblea recuperó la calma. La señorita Holm se secó el rostro con un pañuelo y se irguió en su asiento. Bente fue bautizada según todas las reglas del arte.

—¿Ya está? —preguntó, sacudiendo su mojada cabecita.

—¡Por el contrario —contestó Svend—, esto no ha hecho más que empezar!

En efecto, en aquel instante, todos los espectadores se levantaron, sosteniendo cada uno en las manos un jarroncito o un vaso y se precipitaron hacia los cubos de agua. ¡Aquello fue el preludio de una auténtica batalla de agua, en la cual todos luchaban contra todos! Puck, súbitamente, se vio transformada de protagonista en espectadora, pero al cabo de cierto rato también se mezcló en la batalla. Y como que no disponía de ningún cacharro para coger agua, se sirvió de sus manos a modo de copa. Tan pronto atacaba como se defendía, mientras la batalla tenía lugar acá y allá, en todas partes, sobre el césped.

Bruscamente, en el momento en que se precipitaba hacia adelante para tirar agua a la cabeza de Alboroto, alguien le hizo la zancadilla y cayó cuanto larga era sobre la hierba mojada. Un instante después, el chorro helado de la manguera de riego fue

dirigido contra ella, y, cuando pudo levantarse, se dio cuenta de que era Karen quien la sostenía y quien la apuntaba intencionadamente.

—¡Bebé! —le gritó—. ¿Te ocultas?

Puck no permitió que la otra dominara por mucho más tiempo la situación. Se lanzó contra ella, para tratar de desarmarla, pero Karen, riendo con todas sus fuerzas, le envió el chorro en plena cara, forzándola así a retroceder. Puck se refugió detrás de unos arbustos y, puesto que varios alumnos cruzaban el césped por allí en aquellos momentos, aprovechó la confusión para acercarse furtivamente a Karen y arrancarle la manguera de las manos. Pero, antes de que hubiera tenido tiempo de enfocar en chorro de agua contra la cabeza de la muchachita pelirroja, ésta se puso a chillar y a cojear por la hierba, para finalizar tumbándose en el suelo, gimiendo y tocándose un tobillo.

—¡Me ha dado un puntapié! —gritó—. ¡Puck me ha dado un puntapié en la tibia!

Horrorizada, Puck continuaba sosteniendo la manguera. Vio al profesor de Historia Natural, señor Krogh, levantarse de su asiento y acercarse a la chiquilla que lloraba. En el mismo instante, alguien, corriendo por detrás de Puck, tropezó con el tubo, cuyo orificio de salida no se hallaba prudentemente apuntando el suelo. Entonces la manguera pareció enderezarse sola y el chorro de agua salió disparado en dirección del señor Krogh, que seguía inclinado hacia la sollozante Karen. Inundado de pies a cabeza, el profesor se precipitó furiosamente contra Puck, y, sin que ésta, asustada, acertara a balbucir una sola palabra de explicación, le arrancó la manguera de las manos y la echó al suelo.



—¡Ya oirás hablar de mí, jovencita! —le dijo apresuradamente el profesor.

—Pero, señor, yo no...

El señor Krogh la interrumpió.

—No te servirá de nada tratar de eludir tu responsabilidad con una mentira —dijo colérico—. Primero le das un puntapié a tu compañera y luego me duchas a mí. ¡Ya volveremos a hablar más tarde de todo esto!

Él se dirigió hacia la casa de profesores, emplazada a un extremo del edificio y Puck permaneció inmóvil un rato, siguiéndole con la vista. Después volvió la cabeza y encontró la mirada triunfante de Karen.

- III -

Algunos alumnos se habían detenido para averiguar qué estaba pasando, pero la mayoría proseguía enzarzada en la batalla de agua sobre el verde césped. Únicamente los ojos burlones de Karen atraían su atención, y Puck se sentía a la vez triste y furiosa. Tenía la impresión de hallarse sola ante un problema que parecía casi insoluble. Nadie se había presentado para defenderla. Los profesores la miraban con aire perplejo. ¿Cómo hubieran podido saber que ella era completamente inocente? No había dado ningún puntapié a Karen ni había dirigido intencionadamente el chorro de agua contra el señor Krogh. El accidente había sido debido a la trapacería malévola de Karen y a una casualidad desdichada.

Puck atravesó el césped en dirección a la escuela, experimentando un solo deseo: huir lejos de aquellas gentes, lejos de los ojos atentos de los profesores, de la mirada burlona de Karen, de los gritos y llamadas de sus compañeros.

La sangre latía en sus pulsos y ella luchaba contra las lágrimas. Jamás se había sentido tan abandonada... Pero aquel sentimiento de soledad le inspiraba también un valor capaz de afrontarlo todo. A pesar de que había sido tratada de manera inicua, estaba decidida a no ceder. Resolvería el asunto sin ayuda de nadie y demostraría a todos que se habían equivocado con ella.

Puck no poseía un carácter temeroso, y su coraje ahora le ayudaría, sosteniéndola en aquella difícil situación.

Cruzó el comedor y llegó al vestíbulo, con la intención de ir a su cuarto. No había nadie en ninguna parte. Todo el mundo se hallaba afuera, para asistir a la batalla del agua. Puck subió unos cuantos

escalones. Después se detuvo. Tenía la sensación de que alguien se movía abajo, en el despacho del director. ¿Quién podía ser? ¡Pero no! Sin duda había sido una ilusión. Subió aún varios escalones más. Después volvió a detenerse, se giró y miró hacia la puerta del despacho. Y tuvo un sobresalto...

La puerta estaba cerrada y, no obstante, la manecilla giraba lentamente...

Se hubiera dicho que, desde el interior, alguien la había empuñado, levantando la aldaba, y ahora muy suavemente la hacía girar hasta dejarla caer.

Puck se inmovilizó en la escalera.

Su mente trabajaba febrilmente.

En el despacho había alguien..., alguien que había tratado de salir en aquel momento, pero que había renunciado a ello, sin duda porque Puck se encontraba en la escalera. De lo contrario, ¿por qué habría vuelto a cerrar la puerta con tantas precauciones, tratando de evitar que hiciera ningún ruido?

Con seguridad, la persona que se hallaba en el despacho no tenía la conciencia muy tranquila.

Bente permaneció quieta, reflexionando intensamente en lo que debía hacer.

Por fin tomó una decisión. Dio media vuelta, descendió rápidamente, cruzó el vestíbulo y abrió con viveza la puerta del despacho.



La pieza estaba vacía.

Un gran rayo de sol penetraba por la ventana abierta. Llegaban del jardín gritos y risas de sus compañeros, pero ella no conseguía ver a ninguno, ya que la batalla de agua tenía lugar al otro lado del jardín.

Puck paseó su mirada por la agradable y espaciosa habitación. Había allí numerosas estanterías con libros, una gran mesa, enormes butacones y, en las paredes, cuadros bellísimos. Era verdaderamente encantadora.

Pero cuando, después de haber cruzado el umbral, Puck miró a su entorno, se sintió incómoda, ya que estaba segura de que un instante antes allí dentro había alguien.

La manecilla de la puerta no había podido girar sola. Alguien había puesto la mano encima para tratar de salir. Mas ¿dónde estaba ahora el misterioso visitante?

Ninguna otra puerta daba al despacho. Y era inverosímil suponer que la persona se hubiese ocultado detrás de algún mueble... ¡Y sin embargo...!

La muchachita acabó por decirse que, tal vez, todo aquello era sólo fruto de su imaginación, debido a lo muy enervada que se sentía por la escena del parque.

Sin duda habían sido los reflejos del sol en la manecilla de cobre lo que le había dado la ilusión óptica de que se estaba moviendo. ¡Tenía visiones en pleno día!

Para mayor seguridad, se agachó y echó una ojeada por debajo de la gran mesa escritorio de encima. Estaba vacío, así como el resto de la pieza.

Puck se levantó y salió al vestíbulo. Cerró cuidadosamente la puerta del despacho y se volvió para dirigirse a la escalera.

En el mismo instante, oyó unos pasos ligeros y vio brillar, bajo un rayo de sol, el cabello de Karen. La jovencita pelirroja bajaba los peldaños, airosa como la brisa. Al atravesar el vestíbulo, echó a Puck una mirada fríamente interrogadora.

Ésta le obstaculizó el camino.

—¡Un momento, Karen!

Karen se detuvo.

—¿Qué quieres?

—Lo sabes perfectamente —respondió Puck—. ¿Por qué has dicho que yo te había dado un puntapié en la pierna?

—Porque lo hiciste —afirmó la otra, con mirada, empero, huidiza.

—No, no lo hice y tú lo sabes muy bien —repuso Puck—. Lo has inventado para crearme problemas.

Karen quiso irse, pero Puck dio un paso hacia un lado y la detuvo de nuevo.

—Quiero que vayas a contarle al señor Krogh que no te di ningún puntapié —ordenó con firmeza.

—No lo haré —declaró Karen.

Puck la miró al fondo de los ojos. La otra daba la impresión de sentirse molesta; sus ojos vagabundeaban a lo lejos, tratando de esquivar la mirada de Puck. Sostenía en una mano una red que contenía tres pelotas verdes y no cesaba de balancearla.

—Está muy feo, de tu parte, el mentir así —dijo Puck—. Nada puede justificar una conducta semejante y yo «quiero» que confieses que no es cierto.

—¡Sí, «es cierto»! —dijo Karen—. Me diste un puntapié porque tenías miedo de que yo te regara con la manguera.

La idea de que quizás ella le diera un puntapié a Karen sin darse

cuenta cruzó entonces por la mente de Puck. Estaba convencida de no haberlo hecho, pero, en el ardor de la lucha, a veces suceden cosas semejantes. Karen se dio cuenta inmediatamente de la vacilación de su compañera.

—¡Tú eres quien debería procurar no mentir! —exclamó con una sonrisa triunfante.

Puck ardía en deseos de abofetearla. Sin embargo, consiguió dominarse, aunque allí, ante su enemiga, con los puños fuertemente apretados, se sentía del todo desamparada. ¿Qué argumento puede emplearse con una persona que miente? No es posible arrancar la verdad a la fuerza.

Hubo un pequeño silencio cargado de tensión. Después, Karen dijo con voz taladrante:

—Y, además, ¿qué estabas haciendo en el despacho del director?

Puck se turbó. ¿Qué sería conveniente responder? Su explicación parecería larga, complicada y poco verosímil.

—No es asunto tuyo —prefirió decir.

El rostro de Karen brilló de maligna alegría. Se daba perfectamente cuenta ahora de que ella era de nuevo quien dominaba la situación.

—Sería mejor para ti no meter las narices en lugares prohibidos —dijo, amenazadora—. Si yo le contara al director que te he visto la situación no sería demasiado agradable para ti.

—¡Pero si no he hecho nada malo! —protestó Puck, muy entristecida.

—¡Nada malo! —La voz de Karen expresaba aún desprecio, pero ahora hablaba en voz más baja—. Te resultaría muy difícil convencer al director, supongo...

Puck no tenía nada que responder a eso. Karen se le acercó cuanto pudo; su voz era ya sólo un murmullo:

—Ten cuidado: si yo contara que te he visto, tal vez fueras expulsada del colegio.

Puck se quedó con la boca abierta. A su espalda, oyó a Karen abrir y cerrar la puerta, y luego el ruido de sus pasos por la arena. Entonces subió lentamente la escalera, entró en su cuarto y se sentó en su litera, perdida en el vacío su triste mirada.

La puerta de la habitación se abrió y entró Lise. Cuando, tomando una silla, fue a sentarse frente a Puck, por una vez, parecía estar seria.

—¡Hola, Puck!

Puck contempló aquel pequeño rostro grave y no pudo dejar de sonreír ligeramente.



—Hola, Navío.

Hubo unos instantes de silencio.

—¡Te has metido en un buen lío! —exclamó Navío, sinceramente preocupada—. ¿Por qué demonios tenías que enfrentarte con Karen?

—¿Qué debía hacer, pues?

—Permanecer lejos de ella. ¡Está loca!

—¿Por qué dices eso? Navío se encogió de hombros.

Karen es lo que las personas mayores llaman «una niña con complejos» —explicó—. Su padre y su madre, en todo lo que alcanza su memoria, han vivido siempre disputando. Al menos, eso

es lo que ella dice. Ahora viven separados y es por esta razón que ella está en Egeborg. En el fondo, me da lástima. Es una chica extraña. Se diría que se siente incómoda entre los demás, que prefiere ir por su lado... Ha acabado por hacer cierta amistad con Inger y conmigo; es decir, por darse cuenta, al menos, de que existimos. Tú eres nueva y la enerva el que de nuevo seamos cuatro en la habitación. Me parece que es por esta razón que ella te ataca constantemente.

—Sin embargo, no es culpa mía el que haya tenido que venir a este pensionado —dijo Puck.

—Desde luego, pero a Karen le has caído mal y deberá pasar algún tiempo antes de que decida tolerarte. Hasta entonces, te aconsejo que te apartes de ella, que la dejes tranquila...

Puck levantó la cabeza.

—No veo por qué motivo esté yo obligada a encajar sus resentimientos —dijo—. Karen miente y yo pago las culpas. Navío se levantó.

—Si Karen fuera una boba corriente, le arreglaríamos fácilmente las cuentas. Pero me da pena, ya te lo he dicho. Ella no es feliz. En el fondo, debe de estar muy poco contenta de sí misma. Es por eso que resulta difícil mostrarse dura con sus cosas. ¿No crees?

—Sí, naturalmente... —dijo Puck con amargura—. Quieres decir que debo tener con ella miramientos...

—No, no es eso lo que he querido decir —respondió Navío.

—En todo caso, es lo que yo he entendido de tus explicaciones. Pero no te preocupes por mí. Saldré sola de este apuro y no permitiré que Karen salga triunfante burlándose de mí. Podéis estar todos seguros de esto.

Saltó de la cama y se encaminó hacia la puerta. Navío la siguió, con aire inquieto.

—¿Qué te propones, Puck? —preguntó.

—No lo sé todavía pero lo sabré pronto —contestó la otra, saliendo.

Puck experimentaba el irresistible deseo de estar sola, sentía nostalgia del bosque, que le aportaría la paz y la soledad que necesitaba.

Habiendo traspuesto la puerta de entrada, atravesó corriendo el

césped y desapareció entre los árboles. Poco después, saltó por encima de la valla que separaba el parque del bosque del oeste. Llegó al senderillo que conducía al lago y, durante un instante, estuvo contemplando las aguas brillantes en las que se reflejaban el bosque y la isla del Caballero Volmer, con sus encinas cubriendo las cimas en forma de cúpula. Permanecía allí quieta cuando, bruscamente, escuchó un ruido como de cristales rotos. A continuación, se produjo el rumor de unos pasos rápidos, alejándose en la espesura. Puck retrocedió y se encontró delante de la casa del guardabosques, situada al borde del camino. Uno de sus grandes cristales estaba resquebrajado de arriba abajo; pero, de momento, Puck no pudo comprender cómo se había producido el accidente.

No obstante, no tardó en tener la explicación.

La puerta de la casa se abrió y el guardabosques salió como una tromba. Al ver a Puck, dirigió sus pasos hacia ella y la asió bruscamente por un hombro.

—¿En qué estás pensando, niña? —gritó, sacudiéndola—. ¿No te das cuenta de lo que has hecho?

Por segunda vez en un mismo día, Puck quiso hacer constar que la estaban acusando injustamente.

Pero el guardabosques, furioso, no parecía dispuesto a dejar que se explicara.

—¡Mientes! —gritó—. ¡He visto con mis propios ojos que estabas jugando a pelota! Toma, aquí está la pelota...

Y tendió su mano colocándola bajo la nariz de Puck, quien pudo ver que sostenía una pelotita verde brillante. Aquella pelota había roto el cristal.

—No intentes negarlo —rugió el guardabosques.

Puck no sabía cómo hacer para convencerle de su inocencia.

—No he sido yo quien ha tirado la pelota —intentó decir con la mayor dignidad posible—. Estaba paseando y, al oír ruido de cristales, he dado la vuelta para averiguar qué ocurría. No he jugado a pelota en todo el día.

El guardabosques soltó el hombro de Puck y la miró con desconfianza.

—Voy a decírselo al señor Frank —dijo, en tono amenazador—. Las alumnas de Egeborg me causan tantas molestias que ya empiezo

a estar cansado. Si alguien no me cambia el cristal por uno nuevo, se lo diré al director y tanto peor para ti.

Infinitos pensamientos cruzaron por la cabecita de Puck. Una cosa estaba clara para ella: era absolutamente preciso mantener al director ignorante de aquel incidente. ¡No importaba a costa de qué, el director no debía saber nada del cristal roto! Comprendía bien que se encontraba en una postura más bien desdichada después de los incidentes del día. La pobre chiquilla tenía aún pendiente el asunto del señor Krogh, y llevaba demasiado poco tiempo en Egeborg para que conocieran su modo de ser. Todos se sentirían dispuestos a creer cualquier acusación de que fuera objeto.

El guardabosques le tendió nuevamente la pelota.

—Si no eres tú quien la ha lanzado, podrás decirme sin duda quién ha sido —observó.

Y esta vez su voz tenía un tono un poquito más amable que antes.

Puck miró la pelota verde y, bruscamente, se dio cuenta de que pertenecía a Karen. Ella misma había visto a ésta salir balanceando una red que contenía tres pelotas verdes. Todo parecía indicar que había sido Karen quien, tal vez sin querer, había roto el cristal.

—¿Sabes a quién pertenece esta pelota? —insistió el hombre.



Puck miró largamente el objeto en cuestión. Después levantó el rostro hacia el guardabosques.

—«No» —respondió en firme tono.

¡«No podía» denunciar a Karen! Ni siquiera en el caso de que su silencio le acarreará dificultades. Además sólo tenía «la sospecha» de que hubiera sido Karen, y no hubiera sido correcto comunicársela al guardabosques.

Éste la escrutaba con la mirada, brillantes los ojos de desconfianza.

—¡Hum! —exclamó por fin—. Si no lo sabes, no hay más que hablar. Y, por otra parte, ¿quién eres tú?

—Me llamo Bente Winther.

—No recuerdo haberte visto anteriormente.

—Acabo de llegar.

—¡Hum! Y... ¿estás segura de no saber a quién pertenece esta pelota?

Puck desvió la mirada.

—Sí —murmuró.

El hombre se mordió el labio. Era evidente que no la creía.

—No me queda más recurso que decírtelo a ti —dijo finalmente—. Tú o uno de tus compañeros habéis roto mi cristal, y quiero ser indemnizado... Cuesta trescientas cincuenta pesetas. Si tú no me traes ese dinero antes de diez días, iré a decírselo al director. Te doy una oportunidad para arreglar este asunto sin que el colegio se vea mezclado en ello para nada. ¿Me has comprendido?

Puck hizo un gesto afirmativo.

—Bien —concluyó el guardabosques, girando sobre sus talones.

Un momento después, la puerta de la casa se cerró tras él. Puck permaneció en medio del camino con una curiosa impresión de vacío en la cabeza. ¿Hubiera debido denunciar a Karen, después de todo? ¿Tratar de salir ella airosa, dejando que la otra se las arreglara con sus responsabilidades? ¿Qué habría hecho Karen en su lugar?

Puck sacudió la cabeza. No conseguía ver claro en aquel embrollo. A pesar de todo, resultaba reconfortante saber que se había comportado debidamente. No se debe acusar jamás a nadie, aun cuando se trate de un enemigo.

Despacito, fue adentrándose, por entre los árboles, en aquel delicioso bosque que tan hospitalario se mostraba con ella.

De regreso a la escuela, Puck subió a su habitación. Allí encontró a Inger, que se ocupaba en clasificar fotografías de películas, pegándolas en un álbum. Inger le hizo un guiño amistoso. Puck se sentó en su litera y dejó escapar un suspiro capaz de conmover una roca.

—¿Puedes guardar un secreto? —preguntó.

—Desde luego —respondió Inger, que siguió enfrascada en su divertida tarea.

—Necesito trescientas cincuenta pesetas y sólo tengo doscientas. ¿Cuánto tienes tú?

—Quince pesetas con treinta céntimos. Pero ¿para qué necesitas tantas pesetas?

Puck contó en pocas palabras lo que acababa de pasar. Inger cerró el álbum y se reclinó en su silla.

—¿Y dices que la pelota era verde?

Puck inclinó la cabeza.

—Sí, la pelota era verde, pero te ruego que lo olvides.

—¿Por qué?

—Porque no quiero causarle problemas a... a alguien. No quiero empezar mi estancia en el colegio denunciando a los demás.

—Los demás... —repitió Inger—. ¿Piensas en alguien en particular?

—Olvídalo, te digo. Es mejor preocuparnos de cómo conseguiremos ciento cincuenta pesetas en diez días.

—No podremos —respondió Inger—. ¿Cómo conseguirlo?

—¿No podríamos organizar una lotería? ¿Hacer un periódico? ¿Algo que se venda?

Puck se sentó en su cama y se rodeó las rodillas con los brazos. Estuvo reflexionando largo tiempo, pero todavía no había conseguido dar con ninguna idea buena cuando Navío entró como un vendaval.

—¡Vaya! ¡Cuánta actividad! ¿No tenéis algo útil en que ocuparos?

—Explícaselo —dijo Inger.

Y Puck dio a Navío unas cuantas explicaciones que le hicieron aguzar los oídos.

—¡Aaaah! —gritó Lise cuando el relato estuvo terminado—. Si era una pelota verde sólo ha podido ser...

—¡Chist! —dijo Puck, cortándole la palabra—. Quienquiera que sea el autor del accidente, debemos ser solidarias en este asunto y tratar de hallar las trescientas cincuenta paletas. Yo tengo doscientas e Inger tiene quince.

—¡Con treinta! —completó Inger, con una risilla ahogada—. No faltan, pues, ciento treinta y cuatro pesetas con setenta céntimos. ¿Cómo las conseguiremos?

—Yo debo de tener unos cincuenta céntimos tan sólo. Y no pienses sacarle nada a Karen.

—No. ¡Desde luego que no! —dijo Puck amargamente—. Y, sin embargo, necesitamos el dinero.

—¿Cómo conseguirlo?

—Tiene que ser sin llamar la atención de nadie...

—Sí, es cierto. ¡Más difícil todavía!

Hubo un prolongado silencio. Sonó la hora de la comida y las muchachitas se apresuraron a lavarse las manos y peinarse.

Descendían la escalera cuando Inger dijo:

—Creo que he dado con la solución. Demos una representación teatral, en el césped, al aire libre, cobrando dos pesetas por localidad. Con tal de que consigamos setenta y ocho espectadores, será suficiente. ¡Pero debemos ofrecerles una buena representación!

—Esta idea me parece formidable —dijo Puck, reconfortada a la sola idea de hallar el medio de salirse del apuro—. Pero ¿qué representaremos?

—Ya hablaremos de eso más tarde.

—No. Vayamos juntas al jardín después de comer para hablar de ello —propuso Navío—. Prepararemos una comedia. ¡Preferentemente una obra en la que se hable de barcos, si me hacéis el favor!

- IV -

Una reunión secreta estaba desarrollándose en una de las covachas. Navío tomó la palabra. Sentada en un rincón, Puck escuchaba sólo a medias. Sus pensamientos continuaban rondando alrededor de los desagradables acontecimientos del día, y, cuanto más reflexionaba sobre ellos, menos ganas tenía de representar una función teatral, en tanto tuviera suspendido sobre su cabeza el enojo del señor Krogh.



—En primer lugar, debemos prometernos mutuamente guardar silencio con respecto al objeto real de esta función —oyó decir a Navío, con voz solemne—. Os he convocado sabiendo que puedo

fiarme de vosotros.

Puck paseó la mirada por los rostros de los reunidos. Además de Inger, Navío y ella misma, había allí el gordo Svend y un muchacho que se llamaba Flemming.

—Cuéntanos de qué se trata —dijo Svend—. Prometemos, desde luego, mantener cerrada la boca.

—Bien, os tomamos la palabra —dijo Navío—. El problema es que necesitamos trescientas cincuenta pesetas para antes de diez días, y sólo tenemos doscientas quince. Por lo tanto, hemos decidido procurarnos las ciento treinta y cinco pesetas restantes organizando una velada teatral.

—¡Ah! Ja, ja, ja...

—No hay de qué reírse..., al menos por el momento —dijo Navío—, aunque sí lo habrá cuando la representación tenga lugar.

—Y ¿de qué servirá el dinero? —preguntó Svend.

—Para pagar un cristal roto.

—¡Vaya! ¿Dónde?

—En casa del guardabosques Bang.

—¡Vaya! ¿Otra vez? ¿Quién lo ha roto? Una de vosotras, supongo...

Y miró a Puck.

—Espero que no hayas sido tú —exclamó—. ¡En tal caso, yo diría que una desgracia no llega sola casi nunca!

—No —dijo Puck—, no he sido yo.

—¿Quién entonces?

—No lo sabemos con certeza —dijo vivamente Puck. Después añadió—: Por otra parte, poco importa. Lo que importa es que, si no le indemnizamos, el guardabosques irá a quejarse al director y tendremos problemas.

Svend reflexionó.

—Sin duda tienes razón —dijo—. Pero yo pienso que lo mejor sería tratar de hallar a la culpable. Si es imposible, tanto peor... Solamente que yo no veo cómo podremos guardar el secreto y al mismo tiempo reclutar público para la función. El director y los profesores averiguarán sin escapatoria posible que tratamos de reunir dinero.

—¿No podríamos decir que es para nuestro fondo de reserva?

—¡Bien...! Creo que sí... Aunque... —murmuró Navío rascándose la cabeza.

—Una reserva para casos de apuros —sugirió Inger—. El director tiene tanto sentido del humor que dará su permiso sin hacer demasiadas preguntas.

—Veamos en primer lugar si podemos organizar esta representación, y por lo demás confiemos en nuestra buena estrella —dijo Svend—. ¿Qué representaremos?

—Algo que trate de barcos —dijo Navío.

—No es tan fácil como supones y, además, recuerda que la función se dará al aire libre.

—¿Y si escribiéramos la obra nosotros mismos? —propuso Flemming—. Un tema que trate de malhechores, gánsters o vaqueros del Oeste americano...

—No disponemos de tiempo.

Reflexionaron en silencio. Puck dijo, al cabo:

—¿Qué os parece «Había una vez», de Drachmann? Es una pieza muy buena y podríamos acortar un poco los papeles para aprenderla más rápidamente.

La proposición fue aceptada inmediatamente y los conjurados se dedicaron a distribuirse los papeles. Que a Svend le correspondía representar el papel de Kaspar Kapot era indudable. Navío quería ser la nodriza y Flemming el príncipe. Discutieron largo rato para averiguar si Puck o Inger serían la princesa; pero, habiendo declarado Puck que ella prefería ser el viejo rey, la elección recayó naturalmente sobre Inger.

Svend declaró que él sería el director de producción y que además se encargaría de ir a hablar con el director. Le diría, simplemente, que un grupo de alumnos tenía deseos de representar una comedia y que le pedían permiso. A continuación, va se vería cómo se irían desarrollando los acontecimientos. Puck tenía el corazón más alegre cuando, gateando, salió de la pequeña cueva. Había estado rodeada por buenos compañeros y se había sentido integrada en el grupo. No estar ya tan sola como lo había estado aquella tarde la tranquilizaba.

Mientras Navío e Inger, acompañadas por Flemming, iban a buscar vestidos que pudieran servir para la comedia, Puck subió a

su cuarto. Se sentó junto a la ventana y estuvo contemplando los pececitos rojos que se agitaban en el acuario. La situación le parecía ahora menos sombría, a pesar de que aún le quedaba pendiente la conversación con el señor Krogh. Sin embargo, como tenía la conciencia tranquila, no la temía demasiado.

De un salto se alejó de la ventana y fue en busca de un libro para leer un poco. En una de las paredes había una estantería donde se hallaban colocados los libros de las muchachitas, así como algunos juguetes y otros «bibelots» que no tenían lugar determinado en la pieza. Puck se sentó en el suelo y recorrió con la mirada los títulos de los libros. Sus ojos se detuvieron de pronto en una redcilla que reconoció como la de Karen, la misma que le había visto aquella tarde.

Contenía dos pelotas verdes.

Únicamente dos. ¿Dónde estaba la tercera?

Aquella era la prueba definitiva de la culpabilidad de Karen. Sin duda, había estado jugando frente a la casita del guardabosques y se había ocultado en el bosque al darse cuenta de que había roto el cristal de una ventana. Desde su escondite, Karen había escuchado tal vez toda la conversación entre Puck y Bang. De ser así, hubiera sido su deber presentarse como responsable y disculpar a una inocente. Pero sólo había pensado en salir ella bien librada.

Puck alargó la mano y tomó la red. Estaba contemplando las dos brillantes pelotas, cuando la puerta se abrió a su espalda. Era Karen quien entraba.

La jovencita pelirroja cruzó altivamente la habitación y arrebató la red de sus manos.

—¡No toques mis cosas! —dijo, furiosa.

Puck se levantó.

Estaba contando las pelotas —dijo, en tono glacial—. Esta tarde había tres dentro de la red y ahora no hay más que dos. ¿Dónde está la tercera?

Karen la miró altivamente.

—Eso no es asunto tuyo —dijo.

Dio la espalda a Puck y fingió estar muy ocupada en algún objeto encima de la mesa.

—Si —dijo Puck, lentamente—. Es asunto mío, ya que es a mí a

quien han acusado de haber roto el cristal del guardabosques.

Hubo un momento de silencio, después del cual Karen dijo:

—¿Qué cristal? Yo no sé nada de ningún cristal...

—¡Un cristal muy grande que cuesta trescientas cincuenta pesetas y que ha sido roto por una pelota verde! Karen la miró furiosamente.

—Si intentas hacer creer a alguien que he sido yo quien ha roto el cristal, contaré a todo el mundo que tú has entrado en el despacho del director.

—Como quieras. Yo no tengo nada que ocultar...

Los ojos de Karen se desviaron. Resultaba evidente que las palabras de Puck habían dado en el blanco y que su propia conciencia no estaba tranquila. Acabó por pisotear el suelo con rabia.

—¡No vayas a creer que me atraparás! —dijo, con lágrimas en los ojos.

En aquel instante Puck se dio cuenta de que Karen sólo le inspiraba compasión... Comprendió lo muy sola que debía de sentirse, con aquel su carácter extraño y difícil, que únicamente sabía atacar y defenderse, lo mismo que los animalillos del bosque.

Por lo tanto, Puck dio unos pasos hacia la pelirrojilla, a quien tendió una mano.

—¿Hagamos las paces? —rogó dulcemente.

Deseaba de todo corazón que Karen le estrechara la mano. Ella no había demostrado en ningún momento la menor animosidad contra Karen y se esforzaba en olvidar que había sido ésta quien había intentado perjudicarla. Karen miró a Puck con expresión incrédula. La recorrió con la vista de pies a cabeza y después giró sobre sus talones y se encaminó hacia la puerta.

—¡Te garantizo que no me harás caer en ninguna trampa! ¡Te conozco bien, créelo!

—¡Pero si soy sincera! —protestó Puck.

—¡Sincera! —se burló Karen—. Tú quieres representar el papel de buena niña, ¿no es eso? Mas yo sé muy bien por qué: ¡tienes miedo de que diga a alguien que te he visto entrar en el despacho del director! Sí, me consta, y comprendo perfectamente que prefieres hacer las paces conmigo a ser denunciada. Pero te

prevengo, una vez por todas, que si intentas decir que yo he roto el cristal, te devolveré el golpe inmediatamente contando lo que sé de ti. ¿Queda todo claro ahora?

Antes de que Puck hubiera tenido tiempo de responder, Karen salió y bajó corriendo la escalera. Puck permaneció quieta en su sitio. Se sentía decepcionada, herida, colérica, y decidió ir inmediatamente a contarle al director por qué razón había entrado en su despacho. Se sentó ante su pupitre y tamborileó encima maquinalmente. Jamás se había hallado en una situación parecida, y conocía tan poco al director que ignoraba cómo acogería sus confidencias.

Tal vez fuera mejor escribirle y dejarle la carta en su mesa. De este modo, él podría leerla tranquilamente y tomarse el tiempo de reflexionar. Si, por el contrario, ella trataba de explicárselo de palabra y se mostraba titubeante, indecisa, el director podría pensar que era culpable. El señor Frank podría suponer que la curiosidad la había impulsado a entrar en el despacho.

Habiendo encontrado un bloc y un bolígrafo, Puck empezó a escribir:



«Señor director:

»Le escribo para contarle que esta tarde yo entré en su despacho, mientras los demás se hallaban en el parque. Si lo hice, fue porque...».

Se mordió los labios indecisa. Era difícil de explicar de un modo convincente lo que había sido tan misterioso. Con la mirada perdida, se preguntó durante un largo rato cómo debía redactar aquella carta. Después renunció a ello y estrujó el papel que tiró a la papelera. Reflexión hecha, decidió que sería mejor hablar con el director. Después de todo, no se trataba de nada grave. Una carta corría el riesgo de convertir aquel «asuntillo» en una cosa de demasiada importancia, pensó Puck. Y se levantó con la intención de ir al encuentro del señor Frank. Pero, en aquel instante en que llegaba a la escalera, vio al señor Krogh abajo, en el vestíbulo. Él la vio también al mismo tiempo y la señaló con un dedo, diciendo:

¡Justamente te estaba buscando, Bente! Tengo que hablarte...

Puck se sintió enojecer. El carácter impetuoso del señor Krogh era algo que temía de veras. ¿Cómo conseguir explicarle que no había hecho nada malo?

—Entremos en la clase número cuatro —dijo el señor Krogh, precediéndola hacia dentro.

Él se detuvo, sin embargo, en el umbral de la puerta para dejarla pasar; después cerró y se volvió hacia ella.

—Exijo una explicación a tu conducta de hoy —ordenó severamente.

Puck sintió cómo sus piernas flojeaban un poco, pero afrontó la mirada descontenta del profesor y respondió:

—No puedo explicar gran cosa. Alguien ha tropezado con la manguera, tirando de ella. Por esta razón el chorro ha ido contra usted. No ha sido culpa mía.

—¿Y piensas realmente que voy a creerte? —preguntó el señor Krogh.

Puck sacudió la cabeza enérgicamente.

—Es la verdad —dijo.

El señor Krogh se acercó a la ventana y contempló el parque durante un largo rato.

—Y ¿por qué le has dado un puntapié a Karen? —preguntó.

—Yo no le he dado ningún puntapié —afirmó Puck.

—Ella «dice» que sí se lo has dado —observó el señor Krogh.

Puck respiró profundamente.

—Karen miente —respondió, siempre con la misma firmeza.

El señor Krogh se volvió hacia ella con brusquedad.

—No estamos acostumbrados a tales acusaciones en este colegio. Tenemos la palabra de Karen contra la tuya y, la verdad, tu palabra no me parece muy digna de confianza.

Puck no podía oponer nada a aquellas palabras. Bajó los ojos, esperando escuchar lo que el profesor tenía que decirle todavía.

Pero el señor Krogh pasó por detrás de Puck y se fue. Entonces ella cruzó lentamente el vestíbulo y salió al parque, donde encontró a Inger.

—Todo marcha bien —dijo—. Ya nos estamos ocupando de copiar los papeles. El asunto ha interesado tanto al director que no nos ha hecho ni una sola pregunta con respecto al dinero. Ven a ayudarnos, estamos en la tercera clase. ¡Vamos!

Los miembros de la pequeña sociedad teatral trabajaban intensamente. El gordo Svend señalaba los párrafos que era preciso copiar en un ejemplar impreso de la obra «Había una vez», mientras que Navío y Flemming copiaban el diálogo en un cuadernillo rojo.

—La acción de la obra no se resentirá por unos cuantos cortes aquí y allá —observó Svend—. Y ¿qué pensáis de las canciones?

—¿No podríamos dejarlo reducido al «Canto de San Juan», que los espectadores corearían? —propuso Navío—. Yo, por lo menos, con la horrible voz que tengo, no deseo en modo alguno cantar sola.

—Suprimamos las canciones. Tal vez la Sociedad de Autores nos denunciaría a la policía por «ultrajes» a la literatura, con tantas supresiones. Pero ¡qué remedio! Además hemos convenido con Alboroto que nos haría una buena crítica en el Diario del colegio y le hemos prometido caramelos si nos hacía quedar bien. Así, por lo menos por este lado, el éxito está asegurado.

Svend se reclinó en su asiento para suspirar y contemplar su trabajo.

—No está del todo mal, de veras —dijo, aprobador—. Hagamos un ensayo de lectura, si habéis acabado de copiar el primer acto.

Puck, tú puedes leer el diálogo del viejo rey en mi libro; yo leeré por encima de tu hombro. Y tú, Flemming, supongo que has copiado tus réplicas teniendo en cuenta las supresiones que he marcado.

—En efecto, y ya estoy terminando.

—Yo también estoy lista —dijo Inger.

—Entonces empecemos. En primer lugar, yo, Kaspar Kapot, valet del príncipe, narraré el prólogo, lo que nos dispensará de representar la escena del vendedor ambulante, quien ofrece a Kaspar la mágica cafetera de cobre, que revela todo cuanto se dice y se piensa en el país. Después llega el primer acto, con la princesa y el rey sentados en el trono de Illyria. Se acaba de echar fuera a un pretendiente a la mano de la princesa y ésta dice... ¡Vamos, Inger, es tu turno!

Inger tomó un aire desdeñoso de princesa y dijo:

—¡«Me estoy aburriendo, papá!».

—Te toca a ti ahora, Puck —dijo Svend—. Tú eres el rey que estaba dormitando en su trono y que se levanta con un sobresalto... ¡Vamos!

Puck asumió el difícil papel del rey de Illyria. Flemming y Svend tomaron la palabra, cuando les tocó el turno, y así representaron una versión nueva y muy resumida de «Había una vez». El príncipe pidió en matrimonio a la princesa y fue arrojado de palacio, pero para vengarse Kaspar y él decidieron instalarse en palacio, el príncipe en calidad de porquerizo.

Svend era un director de escena severo pero divertido, y el ensayo les absorbió de tal modo que estuvieron en un tris de olvidarse de la hora de ir a dormir. Cuando el timbre de las ocho y media les devolvió la realidad, se separaron no sin prometerse que seguirían ensayando al día siguiente, que era un domingo.

Las muchachitas subieron a su habitación. Karen, ya acostada, parecía dormir. Puck la miró de reojo, pero no contó nada a las otras dos de la violenta escena que había tenido lugar entre ellas. Pensaba, con agrado, en el próximo ensayo, ya que no podía suponer los terribles acontecimientos que iban a hacerla temblar al día siguiente.

El sol brillaba aquel domingo por la mañana. Después del desayuno, la mayor parte de los chicos y chicas fueron a la playa más cercana. Debía de haber sus buenos dieciocho kilómetros en bicicleta y varios profesores les acompañaban.

Pero los miembros de la nueva sociedad teatral permanecieron en la escuela. Svend les había convocado para un nuevo ensayo a las nueve.

Se reunieron al fondo del jardín, bajo la sombra de una hilera de almendros que separaban el dominio de Egeborg de una empresa hortelana. Allí podrían estar en paz, sin temor a ser molestados, trabajando en la comedia musical de Drachmann.

—Contentémonos con leer nuestros papeles y así acabaremos por aprenderlos —dijo Svend—. Empecemos por la escena en que la princesa ve la cafetera mágica del porquerizo y quiere comprarla. Inger, ¿estás preparada? ¿Y Flemming? Colócate bajo el árbol. ¡Podemos empezar!

Inger y Flemming empezaron a recitar sus papeles y Puck se preparó para darles las oportunas réplicas. Svend había tachado tantas líneas que la acción había quedado mucho más corta de lo que solía ser en una comedia musical. El rey debía sorprender a la princesa y al porquerizo en el jardín y echarles inmediatamente fuera. La primera fase de Puck era: «¡No, esto es más de lo que puede tolerarse! ¡Oh! No, no quiero ni tocarte, por nada del mundo... ¡Toma la ceniza y el cilicio! ¡Antes de una hora deberás estar lejos de la ciudad, con el hombre que has escogido tú misma!».

Con el libro ante ella, Puck leía y releía sus réplicas para poder recitarlas lo mejor posible.

Pero no tuvo tiempo de decirlas.

Antes de que la comedia hubiera llegado a aquel punto, Puck vio al señor Frank descender a grandes pasos por el césped. Su fisonomía grave, casi severa, no auguraba nada bueno. A su llegada, Inger y Flemming se encontraban en medio de una interesante escena, pero una ligera tosecilla del director les hizo descender del país de los sueños donde se encontraban. Se callaron, un tanto confusos.

—Deberéis esperar un poco para el ensayo —dijo el director, cuya seria mirada iba de uno a otro de los alumnos—. Antes

debemos aclarar una cuestión... ¿Por qué motivo, exactamente, queréis representar esta comedia?

Nadie se atrevió a contestar. Svend avanzó unos pasos. Los demás le miraban como si esperaran que él iniciara las explicaciones.

—¿Por qué, Svend? —preguntó el director, dirigiéndose al grueso muchachito.

—Pues bien... —Svend titubeaba, no sabía qué decir—. Necesitamos un poco de dinero... Quizá yo hubiera debido informarle de ello inmediatamente...

—Sí, en efecto, pero ahora esto ya importa poco. Lo único que quiero es ver claro en este asunto. ¿En qué vais a emplear el dinero que consigáis?

Hubo un momento de silencio.

Finalmente, Puck respondió:

—Vamos a emplear el dinero en pagar un cristal... que se rompió a causa de una pelota...

El director volvió vivamente la cabeza hacia ella, mirándola a los ojos.

—¿Qué cristal?

—El cristal de una de las ventanas de la casa del guardabosques.

—¿Quién tiró la pelota?

—No lo sé —murmuró Puck.

—Ah...

El director la escrutó largo rato con la mirada y Puck bajó la suya hacia la hierba. No quería de ninguna manera denunciar a Karen.

—¿Tal vez fuiste tú? —preguntó el director. Ella sacudió la cabeza, pero no dijo nada.

—¿Cuánto dinero necesitáis?

—Ciento cincuenta pesetas —respondió Svend—. El cristal cuesta trescientas cincuenta, pero Puck tiene doscientas.

—¿Quién te ha dado este dinero, Bente?

—Mi padre —respondió ella, asombrada.

—Ah, ah...

Hubo aún otro largo momento de silencio. Después el director prosiguió, en voz cansada:

¿Quieres venir a mi despacho, Bente? Quiero hablarte a solas.

Giró sobre sus talones y se dirigió hacia el edificio del colegio. Puck paseó una mirada angustiada de uno a otro de sus compañeros, pero ninguno de ellos supo qué decir. A continuación, ella siguió al director.

Una vez en el despacho, el señor Frank se sentó al borde de la gran mesa escritorio e indicó a Puck una silla. Después de haber estado jugueteando unos instantes con un cortapapeles, él volvió sus azules ojos hacia la chiquilla y, muy gravemente, dijo:

—Ayer por la tarde tú te fuiste del jardín y entraste en esta parte del edificio, ¿no es así?

—Sí, es cierto —respondió Puck—. Y yo...

Quiso contarle al director su extraña impresión y su visita al despacho, pero el señor Frank levantó la mano para hacerla callar, demostrándole que quería llevar su interrogatorio hasta el fin.

—Un minuto —dijo—. Deseo ante todo poner una cosa en claro. Tú entraste por el refectorio y atravesaste el vestíbulo. ¿No es eso?

—Sí. Yo quería...

—Limítate a responder a mis preguntas... Los demás estaban todos en el jardín. No había nadie dentro..., a excepción del personal de las cocinas.

Se calló. Puck miraba fijamente los dibujos de la alfombra, preguntándose qué le diría a continuación el director. Éste prosiguió:

—Esta mañana, me he dado cuenta de que había desaparecido de aquí un sobre y trato de averiguar quién me lo ha tomado. El sobre se hallaba en esta carpeta y contenía doscientas pesetas para pagar a una de las asistentas.

Puck se sobresaltó. ¿El señor Frank, creía, pues, que ella había robado el sobre? De lo contrario, no tenía por qué contarle aquel incidente. No había duda posible: él la consideraba sospechosa.

Alzó los ojos y encontró la mirada del director.

—¿Entraste aquí ayer tarde, Bente? —preguntó.

Mucho más tarde, recordando aquello, Puck no conseguiría comprender qué le había pasado. ¡Ella no tenía nada que temer!

Pero en los días precedentes, todo el mundo la había examinado con desconfianza. El señor Krogh creía que ella le había mojado

intencionadamente. El guardabosques creía que ella había tirado la pelota contra su cristal. Y ahora el director la culpaba de un robo.

Puck sintió vértigo. Las ideas rebullían en su cabecita, atormentándola. No sabía explicarse, cómo empezar y cómo concluir. Sólo sabía una cosa: que la consideraban sospechosa. Dadas las circunstancias, le resultaba muy difícil explicarle al señor Frank por qué había entrado en el despacho, y convencerle luego de que ella no había tomado el sobre.

—¡No! —se oyó decir a sí misma.

Su voz había sido alta, fuerte, tal vez demasiado aguda. Y, en el acto, lamentó profundamente haber mentido.

No estaba de acuerdo con su carácter faltar a la verdad.

Había aprendido de su padre a ser sincera siempre y a aceptar las consecuencias de tal actitud.

Pero en aquellos momentos su padre se hallaba muy lejos. Y ella se sentía terriblemente sola. Sola entre gentes que no la conocían bien.

Puck oyó cómo el director daba unos pasos por la pieza, arriba y abajo. Le siguió con la mirada. Finalmente, él se sentó en su sillón, abrió un cajón de la mesa escritorio y sacó un trozo de papel.



—Toma —dijo despacio—. Lo he encontrado esta mañana en mi mesa.

Ella tomó el papel y vio que estaba muy arrugado.

—Lee —ordenó el señor Frank.

Desde las primeras palabras, Puck tuvo la impresión de que su sangre hervía.

«Señor Director:

»Le escribo para contarle que esta tarde entré en su despacho mientras los demás se hallaban en el parque. Si lo que hice, fue porque...».

Ella levantó hacia él una mirada confusa.

—Sí —murmuró—, pero esta carta...

Después fue como si todo se hundiera para ella. Imposible contarle la verdad al director. Sus explicaciones hubieran parecido increíbles, absurdas... Él tenía ahora una prueba de que ella mentía

y ya no creería una sola palabra de cuantas pudiera decir.

Puck se levantó. Dejó caer la carta estrujada sobre la alfombra. Sus labios se movieron, pero no salió de ellos una sola palabra. De antemano, renunciaba a cuanto pudiera formular como excusa. La situación, en su conjunto, era desesperada, desesperada, ¡desesperada!

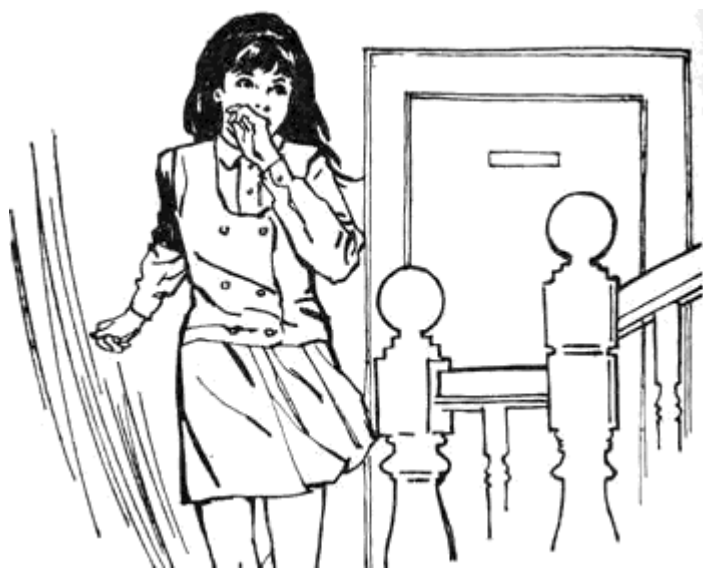
Enloquecida, la chiquilla se precipitó hacia la puerta, con un solo pensamiento en su mente: huir..., ocultarse..., alejarse de un lugar donde todo el mundo la suponía mentirosa y ladrona.

Oyó crujir el sillón del director, cuando éste se levantó para detenerla.

Le oyó gritar:

—¡Espera, espera! Detente...

Pero ella ya había cruzado la puerta y corría por las baldosas brillantes del vestíbulo. Abrió de un golpe el batiente de la entrada y se precipitó fuera.



Ligera y vivaz como una gacela, Puck atravesó el parque y llegó a la sombra de los grandes árboles. Sin dejar de correr, pasó por delante de la casa del guardabosques y, siguiendo la orilla del lago, alcanzó el gran pantano del norte, que, verde y turbio, se extendía junto al agua fresca y azul. Al cabo de algún tiempo, bifurcó hacia

la derecha para penetrar en el bosque. Entonces, se detuvo. Estaba ya muy lejos del colegio y desde aquel lugar podía vigilar el sendero sin peligro de ser vista a su vez. Pero, por mucho que estuvo ojo avizor durante un buen rato, no vio indicio alguno de que hubiera sido perseguida.

La muchachita, por lo tanto, se sintió segura. Tarde o temprano, intentarían encontrarla, sin duda para encerrarla. Y ella no quería ser una prisionera. Estaba decidida a hacer cualquier cosa para conservar su libertad. Según pensaba, todo lo que ella necesitaba en este mundo era libertad, paz y descanso. Se sentía enferma, cansada de ser objeto de sospechas, y deseaba solamente dormir... Dormir muchas horas, tranquilamente, tratando de olvidar los tormentos que aquellos últimos días habían caído sobre sus hombros.

Caminó de nuevo, y, a medida que iba adentrándose en el bosque, una calma extraordinaria inundaba su espíritu. Su corazón ya no latía ni tan rápidamente ni con tanta ansia; bajo aquellos verdes y frondosos árboles, Puck se sentía en su casa. Llegada a un pequeño claro, donde la hierba era alta y vigorosa, se sentó al abrigo de unos matorrales para disfrutar mejor de la soledad, del sol, y de un silencio interrumpido únicamente por el ligero rumor de unas ramas agitadas por el vuelo de un mirlo.

Bien oculta por los matorrales, Puck, no obstante, podía seguir vigilando los alrededores. La vista de tres pequeños corzos que llegaron dando saltitos a comerse la hierba del claro, la colmó de bienestar. Pero, de vez en cuando, sus pensamientos volvían a toda la serie de ultrajes a los cuales se había visto enfrentada y se preguntaba qué haría ella ahora, cuando todos los caminos parecían haberse cortado...

La carta... ¿Cómo se hallaba la carta en poder del director?

Él decía que la había encontrado sobre su escritorio.

Sin embargo, Puck recordaba perfectamente haberla estrujado y echado al cesto de los papeles.

¡El cesto de los papeles! Alguien la había encontrado allí y la había puesto en la mesa del director.

¡Y ese alguien era... Karen!

Ninguna otra explicación era lógica. Un profesor la habría dado directamente al señor Frank, en lugar de hacérsela llegar a

escondidas.

Sí, con seguridad esto era lo que había sucedido. Karen había intentado perjudicarla una vez más. ¡Y lo había conseguido... de un modo total! Puck se asombraba de no sentirse ya angustiada, pero allí, en el bosque, había recobrado la paz y esto le permitía sopesar las cosas cuidadosamente antes de tomar una decisión. Aquella situación desesperada no podía durar. Acabaría por surgir algún incidente que sacaría a la luz la verdad.

Puck contemplaba los pequeños corzos cuando, súbitamente, les vio levantar la cabeza con precaución y, después de haber girado rápidamente, desaparecer bajo los árboles con varios saltitos graciosos.

Algo había debido de asustarles.

Oculto en su escondite, la muchachita acabó por oír un ruido de pasos que se aproximaban.

¿Sus perseguidores habían finalizado por encontrar su rastro?

Lamentó haberse concedido aquel descanso en lugar de haberse ido más lejos todavía. Después se dio cuenta de que la persona que se acercaba no era nadie del pensionado. A través del ramaje verduzco, Puck pudo ver a un hombre que avanzaba lentamente, escudriñando con cuidado los alrededores, como si estuviera inquieto.

Debía de tener unos treinta y cinco años. Sus movimientos eran jóvenes y ágiles, pero su rostro, con una barba de varios días y un gorro encasquetado hasta los ojos, le daban el aspecto de un hombre de bastante más edad. Calzaba alpargatas sucias, de suela de goma, un pantalón gris y una chaqueta azul bajo la cual no llevaba camisa.

Pasó sin verla por delante del escondrijo de Puck, donde ella se encogía más y más, y el ruido de sus pasos acabó por perderse a lo lejos.

Bruscamente, ella tuvo una idea:

«¡El ladrón!», murmuró para sí, tan sorprendida por aquella iluminación inesperada que sus ojos se abrieron redondos como, platos.

Alguien había robado el sobre del despacho del director, con doscientas pesetas.

Alguien que se hallaba en la pieza cuando ella subía las escaleras.

Alguien que había movido el puño de la puerta.

Alguien que había desaparecido... seguramente por la ventana abierta.

Alguien... Pero alguien capaz de moverse rápidamente y sin ruido...

El desconocido llevaba suelas de goma. Y tenía movimientos ágiles. Y parecía capaz de cualquier cosa...

Aquello, tal vez, sería la salvación de Puck. Si ella conseguía descubrir al verdadero culpable, se darían cuenta de que la habían tratado de modo inicuo y sus problemas se resolverían. ¡Claro que sí...!

Mas... ¿cómo llevar a cabo una tarea tan peligrosa y dudosa? Quizás aquel hombre era sólo un simple vagabundo; e, incluso en el caso de que fuera un malhechor, ¿cómo hacerlo detener?

Puck no dudó mucho rato. Ligera y silenciosa, se deslizó fuera de su escondite. Con extremada prudencia, siguió al desconocido y, casi volando de matorral en matorral, de arbusto en arbusto, de tronco en tronco, no perdió de vista al hombre ni un instante.

El aspecto inquieto del hombre no facilitaba la ejecución de su plan. Debía poner mucha atención en no ser descubierta en las ocasiones en que, bruscamente, él se volvía y miraba hacia atrás con aire desconfiado, para reemprender inmediatamente su marcha a través del bosque. No obstante, a pesar de permanecer tan lejos del hombre que a cada instante corría el riesgo de perderle, Puck consiguió seguirle sin despertar en él la menor sospecha.

Pronto los árboles se hicieron más escasos y, un poco más adelante, la jovencita se dio cuenta de que habían cruzado todo el bosque y se encontraban a la orilla del lago. Era preciso, pues, redoblar la prudencia, por lo cual permitió que el hombre se distanciara considerablemente.



Se trataba, entonces, de poner especial atención. Ignoraba por qué lado había desaparecido el hombre. Si buscaba con demasiada energía, corría el riesgo de caer en sus manos, antes de haber podido decir «ay». Podía muy bien estar escondido detrás de un arbusto o entre los altos hierbajos que rodeaban el lago.

Puck, pues, avanzó con prudencia. Llegada al pie del ribazo escarpado, se colocó tendida contra el suelo, boca abajo y se arrastró hasta quedar oculta por un árbol. Después se quedó quieta. Desde allí se divisaba una bella vista del lago, es decir de su parte septentrional, ya que una punta, que avanzaba en el agua, frente a ella, le ocultaba el resto. Era una lengua de tierra estrecha y accidentada, sembrada de árboles diseminados en medio de los cuales se apercibían las ruinas melancólicas de un pequeño castillo medieval, medio recubierto de hiedra y rodeado de grandes matas de flores silvestres.

El conjunto tenía un aspecto romántico y misterioso, y Puck contemplaba aquellas ruinas, pensando que el hombre podía muy bien ocultarse dentro.



Resolvió esperar. Si volvía a dejarse ver, ella seguiría persiguiéndole. Apenas había tomado aquella decisión cuando el hombre reapareció. Surgió de detrás de una torre medio derrumbada y fue a instalarse a la orilla del lago, al abrigo de algunos matorrales. Quedaba totalmente oculto. Sólo podía ser visto desde el lugar donde se hallaba Puck.

La chiquilla no supo cuánto tiempo había permanecido allí, pero se mantuvo quieta en su puesto de observación, lo que no le costaba un gran esfuerzo puesto que, protegida por varias ramas bajas, podía cambiar constantemente de posición para evitar la fatiga y el adormecimiento de sus músculos.

La posición del sol indicaba que debía de ser la hora del almuerzo. La muchachita empezaba a preguntarse si no habrían renunciado a buscarla, cuando oyó voces en el bosque y un ruido de ramajes crujiendo bajo pisadas. Se sobresaltó. No quería dejarse atrapar, ya que debía tratar de permanecer en libertad.

El árbol debajo del cual Puck se había ocultado cubría con sus

ramas una parte del ribazo escarpado, que estaba húmedo y deslizante. Sin grandes esfuerzos, podría dejarse caer más abajo, si los que iban en su busca se acercaban.

También el hombre había oído las voces. Se levantó bruscamente y aguzó el oído; después se deslizó por entre los muros en ruinas y desapareció. Sin duda, disponía de un escondite en el interior del castillo, pensó Puck. Tal vez los restos de una antigua bodega, donde se sentiría seguro.

Pero su repentina desaparición probaba ciertamente que el hombre temía ser descubierto. Y esto sólo podía significar una cosa: que no tenía la conciencia tranquila.

Razón de más para permanecer bien oculta. No debía perder el rastro de aquel extraño individuo, ya que a cada momento estaba más convencida de que la solución de buena parte de sus propias dificultades se encontraban en él.

Ya no se oían voces en el bosque. Si pertenecían a personas que estaban buscándola a ella, habían desaparecido en todo caso en dirección norte, y pasaría un largo rato antes de que volvieran a aparecer.

Esperó aún unos momentos, al cabo de los cuales el hombre se dejó ver nuevamente, también muy cerca de las ruinas. Pero esta vez dio inmediatamente la espalda al escondite de Puck y se adentró en el bosque. Pudo seguirle con la vista mientras él caminaba bajo los árboles en dirección sur.

Puck dudó unos instantes. ¿Debía proseguir tras las huellas del individuo? ¿O bien sería más conveniente registrar el escondrijo del que se había servido, para tratar de hallar algún indicio?

A pesar de darse cuenta de que obrando así corría el riesgo de perder totalmente la pista del hombre, tomó precipitadamente la decisión de quedarse a registrar las ruinas, empujada por el irresistible deseo de conocer el lugar donde se escondía. Unos momentos después, se hallaba ya cabalgando sobre el ribazo escarpado, para saltar al otro lado y acercarse a las ruinas.

Puck vio, entonces, el conjunto del edificio derrumbado. Había existido allí, tiempos pasados, un torreón y un castillo fuerte, del cual sólo quedaban los sótanos y algunos muros bajos. Echó una mirada al interior y se dio cuenta de que era posible descender a los

sótanos; restos de paredes habían formado una especie de rampa inclinada de la que era fácil servirse a guisa de escalera. Puck no tardó en descender. Llegada al fondo del sótano, cubierto de hierbas, de helechos y de ortigas, vio una pequeña caverna, cuya apertura estaba rodeada de grandes piedras procedentes de los fundamentos de la fortaleza. Inclínándose, entró en aquella caverna que no era muy profunda. El suelo estaba formado únicamente por tierra. Allí dentro Puck no distinguía nada, pero, súbitamente gateando, palpó bajo su mano izquierda un trozo de papel. Lo tomó y fue a sentarse a la entrada de la caverna para examinarlo. Era un sobre blanco, cuadrado, pero estaba sucio y arrugado.

El dorso tenía unas letras impresas: «Pensionado de Egeborg».

Puck apenas pudo retener un grito de alegría.

¡Tenía la prueba!

Era casi seguro que aquel sobre había contenido el dinero de que hablaba el director.

El hombre de las suelas de goma se había metido sin duda el sobre en su bolsillo. Ahora, había sacado de él el dinero por precaución y había abandonado el sobre en la caverna, creyéndolo allí seguro.

Puck metió el sobre en el bolsillo de su pantalón tejano. Se trataba a continuación de averiguar dónde había ido el hombre y luego buscar ayuda para detenerlo e interrogarle.

La muchachita corrió ágilmente a lo largo del ribazo en dirección de la selva. Estaba tan preocupada por lo que acababa de descubrir, que olvidó vigilar los alrededores. En el momento en que penetraba en el bosque, vio a dos profesores del colegio que avanzaban por el sendero que conducía al pontón.

Eran el señor Krogh y el señor Larsen.

Se hallaba aún a buena distancia, pero era ya demasiado tarde para evitar ser descubierta. Ambos profesores la habían visto casi al mismo instante que ella a ellos. El señor Larsen gritó su nombre y corrió a su encuentro.

Pero Puck no quería ser aprehendida.

De un salto desapareció en la espesura, corriendo tanto como podía en medio de las hayas, así como a través de matorrales y altas hierbas de los claros. Avanzaba a una velocidad vertiginosa, rápida

como una gacela que estuviera huyendo de cazadores y perros. Oyó, detrás de sí, el paso de carrera de los dos profesores, quienes, felizmente, no eran capaces de desplazarse con la agilidad de la chiquilla. Puck constataba con gran satisfacción que la distancia que les separaba de ellos no dejaba de aumentar. Por lo tanto, le quedaba todavía una posibilidad de evasión.

Pero ¿cómo volver a dar con el hombre de las suelas de goma?

Para ello sería preciso esperar. Lo esencial era conservar la libertad hasta el momento en que el misterio quedara aclarado. Solamente que no resultaba demasiado fácil ser a la vez perseguidora y perseguida.

Puck cruzó el bosque, llegó al pantano que se unía al lago y empezó a trepar por el ribazo que bordeaba la orilla. Los profesores hicieron lo mismo, pero Puck les ganaba terreno constantemente, ya que los dos hombres no podían correr tan rápidamente como ella en un terreno tan escarpado.

En la cúspide del ribazo se alzaban grandes árboles, cuyas copas vacilaban un tanto. La muchachita penetró en una espesura de diferentes especies.

A sus espaldas, se oían voces y pasos.

Puck corría el riesgo de quedar rodeada.

Por fortuna, el bosque era muy espeso en aquel lugar y le quedaba una posibilidad de escapar por el norte.

En un abrir y cerrar de ojos, Puck atrapó una rama para izarse a un arce. Trepó hasta quedar completamente cubierta por el follaje. Apenas conseguía ver nada a través de las hojas y confiaba en que desde abajo, fuera también totalmente imposible descubrirla.

Se sentía muy fatigada, después de aquella prolongada carrera; su corazón latía con violencia. A pesar de ello, trató de respirar lo más suavemente posible. Después se apretujó contra el tronco del árbol, al que se agarró con fuerza, para evitar deslizarse hacia abajo o bien romper la rama. Oía acercarse a los profesores, en tanto que una tercera persona llegaba haciendo mucho ruido del otro lado de la selva. Los pasos se detuvieron casi al pie del arce donde Puck estaba escondida.

—¡Hola! —dijo una voz.

Y el señor Larsen respondió:

—Estamos aquí.

—¿Han encontrado alguna pista? —preguntó la voz, que Puck reconoció como la del señor Frank.

—No sólo una pista, sino que la hemos visto en persona —contestó el señor Larsen.

El señor Krogh apenas podía hablar. ¡Tan cansado estaba! Al fin consiguió tartamudear:

—Eché a correr como una gacela. No hemos podido alcanzarla.

—Pero ¿en qué dirección se ha ido? —interrogó el director.

—Ha subido este montículo escarpado, pero luego ha desaparecido de nuestra vista...

—¿Tal vez se ha ocultado por aquí?

Puck se mordió el labio inferior. Felizmente el señor Krogh respondió:

—Imposible. No habría tenido tiempo. Y no habría querido correr ese riesgo. Sin duda ha proseguido su carrera, ya sea hacia el bosque, ya sea hacia el norte, en dirección a los campos.

—Entonces ¿qué vamos a hacer? —preguntó el director—. ¿Tienen ustedes alguna sugerencia que hacerme? No puedo soportar la idea de que la niña se sienta como un animal acosado. La pobrecilla ha perdido totalmente la cabeza y no tendríamos perdón si la abandonáramos en el bosque. «Es preciso» encontrarla para llevarla de nuevo al colegio... Si al menos pudiera hablarle... Pero ella supone, sin duda, que estamos todos en contra suya...

La voz del director parecía inquieta... ¡y tan amable que Puck no pudo evitar el experimentar un considerable alivio! Por unos segundos, estuvo tentada de dejarse ver y sin duda lo hubiese hecho así de no haberse acordado del presunto ladrón.

Antes era necesario capturarlo. El resto vendría por sí solo. Únicamente después de haber apresado al hombre y de que éste hubiera confesado, ella se encontraría libre de toda sospecha.

Como consecuencia de tales pensamientos, Puck permaneció inmóvil en su escondrijo.

—Además yo estuve demasiado duro con ella —oyó decir al señor Krogh—. Sin duda la he asustado... Pero ¡qué diablos! ¡Mojarme con la manguera...!

—Tal vez no lo hizo a propósito —repuso la voz del director a la

vez autoritaria y amable.

—¡Tal vez, sí, es posible...! —admitió el señor Krogh—. Pero Karen acababa de decirme que ella le había dado un puntapié, lo cual no es muy correcto, digamos... Y probablemente esto nos ha predispuesto a todos a atribuirle otras diabluras... Pero todo se arreglará, sin duda, cuando consigamos encontrarla y podamos hablar con ella. En todo caso, lamento sinceramente haberme mostrado tan severo...

Los tres hombres se alejaron en dirección oeste y pronto no se oyeron ni sus pasos ni sus voces.

Puck no se atrevió a moverse en seguida, por miedo a que sus perseguidores volvieran sobre sus huellas. Pero como, al cabo de unos diez minutos, nada había ocurrido, descendió prudentemente de su árbol y, habiendo puesto pie en tierra, sacudió sus pantalones tejanos llenos de trocitos de corteza.

La cuestión estaba entonces en saber qué había que hacer para volver a dar con el hombre desaparecido. También él había tomado la dirección oeste, aunque probablemente la había variado después, ya que de lo contrario los profesores se habrían encontrado con él. Tampoco se había dirigido hacia el norte, ya que en tal caso se habría encontrado pronto a campo descubierto.

No, lo más probable es que hubiera proseguido hacia el bosque por la parte sur. Pero ¿cómo encontrar su pista, sin ser vista ella misma?

Puck se dedicó un buen rato a explorar con la vista el Bosque del Oeste, el cual, más al sur, era menos espeso y por tal razón resultaba más fácil escudriñarlo que por la parte del castillo en ruinas. Al mismo tiempo que buscaba al hombre desaparecido, debía poner buen cuidado en no dejarse ver. Súbitamente se preguntó qué habría sucedido si los dos profesores hubieran conseguido atraparla. Habrían hallado en seguida el sobre en su bolsillo. Y entonces ¿qué hubieran pensado?

Tal pensamiento la horrorizó y decidió permanecer todavía más alerta. Le era del todo punto imposible regresar a Egeborg sin haber descubierto el refugio del ladrón.

De repente, se detuvo. Ante ella, entre unas plantas verdáceas, se extendía un trozo de terreno desnudo, en medio del cual se veían

claramente las huellas de una suela usada. Un poco más lejos, había unas huellas, menos claras que las primeras pero más profundas, y por la distancia que había entre ellas podía deducirse fácilmente que el hombre que las había dejado corría.

En las huellas, la punta indicaba el sur; en efecto, permaneciendo Puck frente a ellas, junto al talón, el sol de mediodía le bañaba el rostro a través de los árboles.

En todo caso, Bente sabía ahora con certidumbre que había tomado el buen camino.

La solución del enigma se acercaba.

Puck pasó la siguiente hora buscando nuevas huellas por el gran bosque. No consiguió dar más que con otra débil huella, que tal vez fuera la de un pie, pero que no decía gran cosa acerca de quién la había dejado.

A fuerza de ir y venir, la muchachita estaba agotada. Comprendió, pues, que sería en vano continuar la búsqueda si antes no descansaba un rato, ya que le constaba con cuánta ligereza y agilidad el hombre se desplazaba.

Halló un escondite en medio de unos arbustos y se acurrucó allí para recuperar el aliento.

Era agradable dejar descansar un poco las piernas. Incluso se tendió sobre la tierra, tratando de no sobrepasar los matorrales. Reclinada contra su espalda, contempló el cielo a través del follaje. Alcanzó a ver un retazo azul, en el que se paseaban algunas nubecillas blancas. Aquellas nubes le indicaron que se estaba levantando viento; además, estaba oyendo el rumor de las copas agitadas de los árboles. Puck bostezó con ganas; una deliciosa fatiga le invadía todos sus miembros y le hormigueaba en los ojos. Estuvo en un tris de quedarse dormida. Le quedaba un grave problema que resolver antes de poder disfrutar de un buen reposo. No se atrevió a permanecer por más tiempo en la hierba, ante el temor de quedarse dormida.

Después de haber estado caminando algún tiempo, Puck vio cómo los árboles iban escaseando, y pronto se encontró ante un extenso terreno despoblado de vegetación, que emergía del bosque

en línea recta, como un caminillo. Le vino a la memoria haber oído hablar de terrenos talados para detener incendios forestales eventuales. Probablemente, de aquello se trataba. Al otro lado del caminillo, se erguían altos abetos de verdor sombrío.

Puck tuvo la idea de seguir aquella especie de claro; pero hubiese sido demasiado arriesgado. Era mejor entrar bajo los encinares para ocultar allí sus huellas.

Sin embargo, experimentó una decepción. Era difícil moverse por aquel bosque, cuyas ramas bajas y secas le desgarraban los brazos y las mejillas, y le obstaculizaban constantemente el camino. No obstante, acabó por ir a dar a un sendero perpendicular al terreno sin árboles, destinado a cortar los incendios. No era muy ancho, pero había una faja de hierba a cada lado del rebajo y resultaba mucho más fácil caminar por encima de aquellas altas hierbas que por medio del sombrío bosque. La jovencita pensó que, tal vez, también el hombre había escogido aquel camino, prefiriéndolo a tener que deambular por el bosque (contando con que, efectivamente, él hubiera tomado aquella dirección) y continuó valientemente tratando de descubrir un rastro que pudiera orientarla.

Y repentinamente apareció ante sus ojos lo que estaba buscando.

Una huella de suela de goma... limpiamente dibujada en el suelo, frente a Puck. Y además otra... y otra... y otra...

Puck comprendió que debía de hallarse muy cerca del hombre y que, en consecuencia, había de mostrarse más prudente que nunca. Avanzaba furtivamente, inclinada hacia delante para mejor ocultarse en la hierba. El camino se detenía bruscamente en un lugar donde se iniciaba un sendero transversal; una vez llegada allí, Puck vio finalmente lo que tanto había buscado.

Instalado en la hierba, un poco a la derecha del cruce de los dos caminos, confortablemente estirado, el gorro colocado sobre los ojos y las piernas extendidas, se hallaba el hombre. Por lo visto, no había sido ella la única en cansarse.



El hombre fumaba un cigarrillo. Parecía sentirse seguro. Puck retrocedió un poco, para ocultarse bajo los árboles, preguntándose qué debía hacer ahora. Y tuvo una idea.

Calculó que la casa del guardabosques de Bang se encontraba situada en la prolongación del camino transversal. Tal vez él consintiera en ayudarla.

Corrió, pues, en aquella dirección, bajo los abetos, y pronto se encontró ante la barrera que separaba el bosque del Jardín del guardabosques.

Bang se hallaba sentado ante una mesilla de jardín, en el césped, tomando café en compañía de otras personas..., sin duda invitados. Viendo a Puck, arqueó las cejas con asombro; pero la muchachita se le acercó sin temor y, cortésmente, le saludó.

—Perdóneme si le molesto —dijo—, pero necesito hablarle de algo muy importante. Bang continuaba mirándola con asombro.

—¿Me traes el dinero del cristal? —preguntó.

Puck sacudió la cabeza.

—No. Pero esto es también muy interesante, tal vez más aún...

Excusándose con sus invitados, el guardabosque salió del jardín en compañía de Puck.

La muchachita le puso rápidamente al corriente de la situación.

—Han robado un sobre con dinero del despacho del director. Yo he visto a un hombre corriendo por el bosque y ha dejado un sobre

vacío en el castillo en ruinas. Ahora está descansando en el bosque de encinas, junto al camino...

—A decir verdad, todo esto me parece un tanto confuso —dijo el guardabosques, refunfuñando—. Nada prueba que este hombre sea el ladrón.

—Sin embargo, yo estoy firmemente convencida de ello —dijo Puck con ardor, y añadió—: Si tiene la conciencia tranquila, no le haremos ningún mal.

—No se puede acusar a las gentes sin razón —dijo, e hizo intención de volverse atrás. Pero entonces Puck tuvo una brillante idea.

—Está fumando en el bosque —comentó. De golpe, Bang giró de nuevo sobre sus talones.

—¿Qué dices? —exclamó—. ¡Fuma, ese sinvergüenza! ¡Que aguarde a que yo le ponga la mano encima! ¿Dónde está?

Y, como un huracán, se puso en camino, siguiendo la ruta que Puck había usado para ir a buscarle. La chiquilla le seguía corriendo.

—Sería preferible que caminara usted más silenciosamente —le murmuró, cuando llegaron al terreno talado—. El hombre está en guardia y, si nos oye, huirá.

—¡Yo le arreglaré las cuentas a ese desaprensivo! —murmuró el guardabosques. Sin embargo, siguió el consejo de Puck y cruzó con prudencia el bosque de abetos hasta alcanzar el caminito.

—Allí está —dijo Puck.

El hombre permanecía descansando en el mismo lugar de antes. Acostado ahora lateralmente, acababa justamente de encender un nuevo cigarrillo. El guardabosques se precipitó sobre él y el otro alzó la mirada. De un salto, se puso en pie y tiró el cigarrillo y la cerilla al suelo. Después echó a correr por el sendero, con el guardabosques persiguiéndole.

La carrera fue prolongada y difícil; desde el comienzo, su velocidad había sido tanta que Puck tuvo que renunciar a seguirles. Se sentía muy fatigada después de su larga expedición y se contentó con correr unos instantes tras ellos, para averiguar qué ocurría. El hombre de las suelas de goma huía como si se tratara de salvar la vida, y la distancia entre él y Bang aumentaba sin cesar. Era

angustioso. Puck continuó mirándoles desde un pequeño montículo a donde se había subido. Al cabo, ambos desaparecieron en el bosque.

Puck suspiró profundamente y dio media vuelta. Pero se halló ante un siniestro espectáculo que la dejó paralizada. ¡La hierba que bordeaba el camino estaba en llamas!

¡Y el fuego se acercaba rápidamente a los árboles!

Al escapar, el vagabundo, tal como hemos dicho, había tirado el cigarro y la cerilla, y la hierba seca había prendido inmediatamente. Ya una gran superficie estaba cubierta de ceniza negruzca, y el incendio se acercaba más y más al bosque.

Puck no titubeó ni un solo segundo. Se precipitó hacia un árbol y tiró con todas sus fuerzas de una rama para arrancarla. Habiéndolo conseguido, después de varios intentos desesperados, se puso a golpear con la rama la hierba que ardía.

Por fortuna, el fuego no estaba extendiéndose de un modo explosivo, sino más bien lentamente. Pero, en cambio, había conseguido abarcar una gran superficie y el viento que barría el camino forestal de vez en cuando reavivaba las llamas.

Puck trabajaba desesperadamente, pero, cuando había conseguido apagar las llamas de un lado, el viento encendía las del otro, y las ascuas que quedaban se convertían nuevamente en llamaradas de fuego.



Poco a poco, la muchachita consiguió dominar el fuego en su mayor parte. Blandía la rama del abeto para apagar las llamas, confiando en que ninguna chispa alcanzara el bosque. El difícil manejo de la pesada rama la fatigaba cada vez más. Las piernas flaqueaban, en tanto que sus brazos le dolían y las manos quedaban cubiertas de arañazos. En ocasiones, tropezaba con una rama caída en la hierba, pero ella evitaba la caída y proseguía con su labor. A la larga, consiguió apagarlo definitivamente. Iba a sentarse en la hierba para descansar un poco, cuando bruscamente se dio cuenta de que una chispa había prendido de nuevo en el bosque.

Volviendo a agarrar la rama de abeto que ya había dejado caer al suelo, se precipitó hacia el lugar en peligro. Sin embargo, en el instante en que iba a alcanzarlo, su pie quedó apresado en una raíz que salía de la tierra y Puck cayó cuan larga era, con las manos y parte de los brazos en el fuego.

Más tarde Puck hubiera sido incapaz de decir si había gritado o no. Sólo sabía que el dolor la había paralizado. Fue necesario un esfuerzo de voluntad sobrehumano para recordar su responsabilidad y volvió a golpear el fuego, sintiendo que sus manos y sus brazos le dolían de un modo terrible, como si miles de agujas se le hubieran clavado a la vez.

Finalmente, pudo comprobar que el fuego estaba vencido. No quedaba una sola chispa, la menor huella de humo... Tiró la rama y, vacilando, atravesó el camino. El dolor era casi intolerable, pero ella permanecía de pie y, a pesar de todo, se sentía dichosa por haber sido capaz de apagar un fuego, de evitar un desastre.

Entonces, vio a tres hombres caminar hacia ella. Eran el director y los otros dos profesores.

Pero ya no era necesario escapar, ya que, del otro lado, llegaban dos hombres más: el guardabosques y el individuo de las suelas de goma, el primero agarrando firmemente al segundo por el cuello.

Puck, al verlo, sonrió. Después gimió a causa de su sufrimiento y se dio cuenta de que todo se oscurecía a su alrededor. Quiso buscar un apoyo..., quiso permanecer erguida..., pero sus piernas se doblaron como membrillo, y se hundió con las tinieblas que todo lo rodeaban. Entonces, perdió el conocimiento.



- VI -

Señoras y señores —dijo Svend— hay una pequeña rectificación en el programa...

Estaba de pie en el césped y tenía ante sí un centenar de personas. Los espectadores se habían sentado en bancos y en sillas o simplemente sobre la hierba, ya que reinaba un espléndido tiempo.

—Un cambio de programa —repitió Svend, un tanto molesto por las dificultades que hallaba en hacerse escuchar—. El papel del viejo rey de Illyria ha debido ser asumido por el señor Krogh a última hora, ya que el intérprete designado, la señorita Puck Winther, está ausente por razones de salud. Esperamos que todo vaya bien, de todos modos.

En aquel momento, la cabeza del señor Krogh, que había permanecido oculto detrás de grandes árboles, apareció súbitamente y declaró:

—¡Haré lo que buenamente pueda!

Fue acogido con una gran ovación. Svend tosió repetidamente para imponer silencio y luego prosiguió:

—Debo prevenirles que el importe de las entradas de esta representación está íntegramente destinado a formar un fondo común de alumnos, cosa que ha recibido la aprobación solemne de nuestro director y que llevará el nombre de «Fondos de Reserva», pero el director me ha rogado decirles a mis compañeros que debemos procurar recurrir a dichos fondos lo menos posible. Si, a pesar de nuestras buenas intenciones, ocurre que, en medio de un juego o un deporte, se rompe accidentalmente un cristal o se comete cualquier otro estropicio, será «Fondos de Reserva» quien se

encargará de pagar los gastos de reparación, a condición de que el Consejo de Alumnos lo juzgue equitativo. Nuestra fundación ha sido debida a circunstancias que seguramente todos conocen.

El murmullo que respondió al discursito de Svend demostró que, en efecto, todos estaban al corriente de los acontecimientos impresionantes que habían precedido a la primera representación de «Había una vez».

El director y los dos profesores habían encontrado a Puck desvanecida en la hierba, a un lado del camino transversal. Con mil precauciones, la habían traslado hasta el colegio y una vez allí habían llamado a un médico por teléfono.

Sin ser peligrosas, las quemaduras de Puck eran bastante graves. Cuando se despertó en su cama, sus brazos se hallaban vendados hasta los codos, pero bajo las gasas, las gruesas ampollas le producían un incesante dolor. La chiquilla tomaba las cosas pacientemente. Inger y Navío se esforzaban en hacerla la vida lo más agradable posible.

Mientras tanto, el guardabosques había interrogado al hombre de las suelas de goma y, acabado el interrogatorio, había hecho llamar al director.

—Me agradecería que usted hablase con este individuo antes de que yo llame a la policía —le había dicho.

—¿Por qué? —preguntó el señor Frank, sorprendido.

—Acaba de confesarme que estuvo robando en su colegio. El director Frank miró al vagabundo con un asombro mayor a cada instante.

—¿Penetró usted en mi despacho?

El vagabundo hizo un signo afirmativo con la cabeza.

—De nada servirá negarlo. Entré por la ventana. En el escritorio había un sobre con dos billetes... y lo metí en mi bolsillo...

—Y ¿después?

—Después quise huir por la puerta, pero, apenas entreabierta, tuve que cerrarla de nuevo rápidamente ya que vi a una niña subir la escalera. Ella no me vio. Entonces salté por la ventana y corrí bajo los árboles. No encontré a nadie, así que supuse que todo saldría bien... Pero esas cosas no salen bien jamás... ¡Siempre le atrapan a uno!

Cuando la policía se hubo llevado al hombre, el guardabosques dijo:

—Si el señor director tuviera la bondad de sentarse unos instantes, tengo algo que decirle...

Y los dos sostuvieron una larga conversación relacionada con el cristal roto y con Puck, a quien Bang había acusado de haber tirado la pelota.

—Ella afirmó repetidamente que no había sido —contó el guardabosques— y yo pienso ahora que estaba diciendo la verdad. ¡Vale mucho esa pequeña!

—La cuestión está en averiguar quién lanzó la pelota —repuso el director, pensativo—. Será necesario hacer una investigación...

Al marcharse, el señor Frank se llevó consigo, en un bolsillo, una pelota verde. No le quedaba más que descubrir a su propietario.

El lunes por la mañana, cuando todos los alumnos se hallaban reunidos para el desayuno, el señor Frank tomó la palabra:

—Tengo algo que decirles, algo que les concierne a todos. Como sabéis, una de vuestras compañeras dio ayer prueba de una gran decisión y de una notable presencia de espíritu, gracias a las cuales no sólo fue detenido un ladrón sino que un incendio que hubiera podido ocasionar terribles destrozos fue sofocado. Con un desprecio absoluto del peligro, vuestra amiguita apagó valientemente las llamas, impidiendo que se extendieran hacia los abetos. Me agradaría ir a manifestarle ahora, de vuestra parte y la mía, la admiración y el afecto que todos sentimos por ella. ¿Qué os parece?

—¡Sí, sí...! —gritaron a coro los alumnos.

El director tosió ligeramente.

—Eso no es todo —prosiguió—. Puck fue acusada de varias travesuras, entre otras de haber mojado al señor Krogh con la manguera del jardín y de haber roto el cristal de la ventana de la casa del guardabosques. El señor Krogh estuvo hablando ayer noche con Puck y fue informado por ella de que «no» lo había hecho voluntariamente. Alguien debió de tropezar con la manguera y el chorro se desvió incidentalmente. Así es cómo pasaron las cosas y nos sentimos dichosos de que el malentendido se haya disipado...

»Pero el misterio del cristal roto no ha sido aclarado todavía. ¿Hay alguien entre vosotros que puede ayudarme a resolverlo?

Porque Puck no quiere decir absolutamente nada, bajo ninguna condición.

El director calló y echó una ojeada al conjunto de alumnos. Como todo el mundo permaneciera callado, añadió:

—Si alguien tiene revelaciones que hacerme, puede ir a encontrarme en mi despacho durante todo el día de hoy. No hay ninguna razón por la cual el culpable deba confesar delante de todos... Y ahora al trabajo. ¡Buenos días!

Nada sucedió aquel día ni al siguiente.

El señor Frank empezó a inquietarse.

La tarde del tercer día, hizo una corta visita a Puck, quien guardaba cama todavía. Se instaló en una silla cerca de la cabecera y sonrió:



—Y bien... ¿cómo va eso?

—Mucho mejor. Casi he acabado de leer el primer volumen de las novelas de Ingemann.

—Y ¿qué leerás a continuación? —preguntó el director—. ¿Tienes buenos libros en esta estantería?

Giró su silla y se puso a ojear los títulos de la pequeña librería. Bruscamente se detuvo, se inclinó y tomó algo. Después, miró a Puck.

—Dime, ¿es tuyo esto?

Sostenía en una mano una redecilla con dos pelotas verdes. Puck, con las mejillas arreboladas, sacudió la cabeza.

—No, no es mío.

—¿De quién es, pues? —preguntó el director.

En aquel instante, la puerta se abrió y la señora Frank entró en el cuarto. Traía té para Puck.

—¿Cómo? —dijo a su marido—. Ignoraba que estuvieras aquí, de lo contrario hubiera traído dos tazas.

—Hubiera sido una excelente idea —repuso, riendo, el director.

La encantadora mujer miró al uno y al otro con una sonrisa. Después con un gesto de la cabeza indicó la red y preguntó:

¿Has decidido jugar a pelota, querido? El señor Frank sacudió la cabeza.

—No, desafortunadamente —dijo— se trata de algo más serio. Estaba preguntando a quién pertenecen esas pelotas.

—¿Y a quién pertenecen?

Puck apretó los labios y no soltó ni una palabra.

—Sí así lo quieres —dijo el director—, no hablaremos más de esta historia. Es lo menos que puedo hacer por ti. Sin embargo, queda todavía un problema por resolver: ¿quién dejó la carta arrugada en mi escritorio? Me permito suponer que se trata de la misma persona a quien pertenecen estas pelotas. ¿No es así?

—No sé nada.

—No, desde luego, pero yo lo creo así. El director se levantó.

—Ahora te dejo en las buenas manos de mi mujer —dijo con una inclinación afectuosa de cabeza—. ¡Hasta más ver, hijita, y recupérate pronto!

La señora Frank dio de comer a Puck, quien, a causa de sus vendajes, no podía servirse de sus brazos. Durante algunos minutos más, ambas permanecieron en silencio; luego, la mujer del director murmuró sonriendo:

¡Si yo fuera Karen, te estaría muy agradecida, Puck!

Puck se ruborizó hasta las orejas. La señora Frank prosiguió:

—La vida es curiosa. No puede afirmarse que el bien se vea siempre recompensado. Y, ya lo ves, hay personas demasiado cobardes para ser amigas del prójimo. La amistad precisa tanto valor como la sinceridad. Ella exige que se sea capaz de ver, de

reconocer con valentía, los propios defectos. ¡Aquéllos que tienen este valor, y tú lo tienes, Puck, pueden felicitarse por ello!

La señora Frank sonrió brevemente.

—He aquí todo un discurso —dijo, acariciando la mejilla de la chiquilla—. Pero ¡un día comprenderás la razón de cuanto te he dicho!

No obstante, todo lo que estaba pasando no mejoraba las relaciones entre Puck y Karen. Puck comprendía que para Karen debía de ser tanto más difícil derribar el muro de la enemistad construido por ella misma desde el primer día, cuanto que se sentía responsable de las desdichas de su compañera.

La muchachita herida pudo finalmente levantarse y reemprender las tareas escolares. Pero se vio obligada a renunciar a representar su papel en «Había una vez», ya que los vendajes de sus manos no estaban muy acordes con la figura del viejo rey de Illyria, y el señor Krogh aceptó sustituirla definitivamente. El centenar de personas reunidas en el césped constituía un excelente público, que seguía con el más vivo interés la intriga palpitante de la imaginación del poeta Drachmann.

Cuando llegó la escena que se desarrolla ante la cabaña, donde la princesa descubre por fin que el mendigo es, en realidad, el príncipe de Dinamarca, el entusiasmo llegaba a su punto culminante. Flemming fue un príncipe elegante y digno, e Inger puso mucho sentimiento en su declaración de amor al bello príncipe. Y, después de la reconciliación de los dos enamorados, Svend recitó la réplica final de Jasper, con tan buen humor como excelente memoria.

«—¡Mi señor y amigo! Estoy en mi derecho de pedirlos un favor, según me habéis prometido. Dadme, pues, un sueldo fijo para que pueda casarme. Y si vos accedéis a otorgarme un empleo estable, me permitiréis también poner sobre vuestras rodillas a los futuros principitos y principitas para contarles un cuento de hadas: “Había una vez...”».

El espectáculo no pudo proseguir, ya que, en aquel instante, sucedió algo imprevisto. Del otro lado del césped se escuchó

repentinamente un ladrido, y un pequeño cócker castaño y blanco saltó al escenario e hizo tambalear los decorados, lo atravesó como una flecha y, ladrando a grito pelado, se lanzó hacia Puck, quien, con ambos brazos cubiertos por blancas gasas, seguía la representación con apasionado interés.

—¡«Plet»! —gritó, y, a pesar de los vendajes de sus manos, intentó acariciar el pelo espeso del perrillo.



Y «Plet» seguía con sus saltitos y alegres ladridos, bajo la mirada del público, quien olvidó pronto al príncipe de Dinamarca, a la bella princesa y al jovial Kaspar.

Los padres adoptivos de «Plet», el veterinario Anders Moeller y su mujer, hicieron también su aparición. Después de haber saludado al señor y a la señora Frank, besaron a Puck, que se sentía en la mismísima gloria.

Pero el público empezaba a agitarse. Querían escuchar el resto de la pieza. Svend tosió repetidamente, dio varias palmadas, y acabó por decir en voz alta y autoritaria:

—Suponía que esto era un teatro, pero resulta que es una mezcla

de exposición canina y de sala de espera de una estación de ferrocarril. ¿Podemos continuar, «ahora»?

—Oh, excúsenos —dijo el veterinario, sentándose en la hierba—. Estaremos encantados de escucharles.

—Ya no queda gran cosa —dijo Svend—. Ahora verán...

Flemming avanzó hacia Svend y declamó: «Os lo concedo». Y Svend dijo: «Cantemos, pues, nuestra canción». Hizo un signo a la asistencia, para que coreara el canto de los cantores, y todo el mundo entonó a coro: «*Nosotros amamos nuestro país. Y saludamos a nuestro rey*, que ha sabido salir bien de la prueba y ha escogido a una magnífica princesa...».

Después de haber aplaudido calurosamente, los espectadores se dispersaron por el parque. Puck se paseó también unos momentos, con «Plet» tras sus talones y Navío a su lado.

—¡Todo ha sido estupendo! —dijo Navío, con aire satisfecho—. La representación ha resultado formidable, ¿no?

—¡Formidable! —aprobó Puck—. Y tú has estado genial en el papel de nodriza.

—Ah, sí... Pero ¡qué lástima que tú no hayas podido tomar parte...

—No pienses más en ello —dijo Puck riendo—. ¡Además, bastante he representado un papel principal en esos últimos días!

Caminaron un poco en silencio. Luego, Navío preguntó:

¿No crees que deberías intentar hablar con Karen? Quizá yo pueda hacerla cambiar de actitud...

—Lo dudo —respondió Puck—. Déjala tranquila. Ahora, por lo menos, ella no puede decir que le tengo demasiado miedo para ir a decir al director que fue ella quien rompió el cristal. Y, a decir verdad, con eso me basta.

—Tienes motivos para sentirte satisfecha —dijo Navío—. ¡El pensionado entero de Egeborg está admirado a tus pies, muy honorable diablillo de los bosques!

—Cállate —dijo Puck, riendo.

—Y ahora es todo formidablemente palpitante —concluyó Navío.

- VII -

¡Qué palpitante!

La puerta de la habitación de las muchachitas se había abierto de golpe y Lise apareció en el umbral. Estaba anhelante, sus rubios rizos bailaban alrededor de su cabeza y su mano derecha agitaba una carta.

Inger, que leía sentada en su mesita, volvió la cabeza hacia la impetuosa Lise y preguntó sonriente:



—¿Qué es lo que es palpitante, Navío?

—¡«Margrethe» va a venir a Sundkoebing!

—¿Margrethe? —repitió Inger, con una más amplia sonrisa—.

Desgraciadamente, no la conozco. ¿Quién es?

Una ignorancia tan escandalosa hundió a Lise por un instante en los abismos de la estupefacción. Finalmente preguntó:

¿Te has vuelto loca? ¡No conocer al «Margrethe», el barco de papá..., que el verano pasado fue adoptado por el colegio...

—Ah, sí, naturalmente —reconoció Inger, contrita—. Debes disculparme, Navío.

—¡Todo está disculpado! —gritó alegremente Lise, echándose en la cama—. ¡Qué alegría para mí! Papá vendrá... ¡y nos invitará a todos a bordo...! ¡Ah, qué bella es la vida...!

—Ten cuidado, no vayas a explotar de satisfacción —dijo una voz desdeñosa desde la ventana, donde Karen se distraía contemplando el parque.

Lise permaneció callada, pero Puck, que se había reclinado en su cama, se levantó un poco, apoyándose en un codo y observó en tono de reproche:

—Cuando no tengas nada amable que decir, Karen, será mejor que no digas nada.

Karen se puso en pie de golpe y gritó furiosamente:

¡No estaba hablando contigo, Puck!

—No..., pero yo sí te hablo a ti..., y no te hará ningún daño escuchar unas cuantas verdades...

Inger intervino, en tono conciliador:

—¡Vamos! No discutáis... ¿Por qué nunca podéis estar de acuerdo vosotras dos?

Karen golpeó el suelo con ira.

—¡No me gusta que me estén dado lecciones todo el tiempo!

—Lo comprendo. Pero Puck no lo hace —dijo Inger, con dulzura—. Sólo que ella comprende la alegría de Navío por la venida de su padre...

—¡Cállate! —gritó Karen, con lágrimas en los ojos—. ¡Por mucho que esa tonta presumida me esté molestando, Navío y tú siempre la apoyáis!

Y Karen salió, dando un portazo tan fuerte que cayó un poco de pintura del techo.

Las otras tres muchachitas se miraron en silencio. Los ojos castaños de Inger adquirieron una expresión seria y preguntó con

amabilidad a sus amigas:

¿No habéis comprendido por qué está tan enervada?

—No —respondió Lise—. ¡Siempre busca líos! No veo en qué puede enervarla la visita de mi papá.

Inger sacudió la cabeza:

—Sí, Navío, es justamente tu alegría lo que le ha irritado..., ya que ella no tiene a su padre consigo nunca.

—Karen tenía los ojos llenos de lágrimas —dijo Puck—. En efecto, debe de ser muy triste que los padres vivan separados. Si al menos yo hubiera sabido callarme... Pero no he podido contenerme...

—¡Bah! No tienes por qué excusarte, Puck —dijo Lise—. En las dos semanas que llevas en el pensionado, os habéis peleado todos los días, pero nunca ha sido culpa tuya.

Para apartarlas de aquel tema enojoso, Inger se volvió sonriente hacia Lise:

—Vamos, Navío, cuéntanos todo lo que te escribe tu padre.

El rostro de Lise se iluminó de nuevo.

—Papá me escribe que llegará dentro de unas semanas a Sundkoebing. Habitualmente, él asegura un servicio regular entre varias ciudades sudamericanas y viene a Dinamarca muy de tarde en tarde. Es maravilloso que deba venir a descargar ahora justamente a Sundkoebing, tan cerca del colegio.

—¿Cuándo le viste por última vez? —preguntó Puck sonriendo.

—Pronto hará dieciocho meses... Así que podéis imaginar mi loca alegría...

Lise dobló la carta de su padre y la estrechó contra sí como un tesoro precioso. Después, dijo en un tono maravillado:

—Os garantizo que, cuando el «Margrethe III» llegue a Sundkoebing, habrá una fiesta. ¡Fue una formidable idea, la del director, cuando sugirió que adoptásemos el barco! De esta manera, todos seremos invitados a bordo... Nos distribuirán plátanos, pasteles, limonada... ¡sin medida! Y los marineros, naturalmente, saben tocar el acordeón, lo que nos permitirá bailar un poco en el puente. ¡Será palpitante!

Puck no pudo evitar una sonrisa, ya que «palpitante» era la expresión favorita de Navío, quien la empleaba cuando venía a

propósito y cuando no venía. Pero ¡qué encantadora amiguita era! ¡Y también lo era Inger, ya lo creo! Si pudiera decirse lo mismo de Karen...

Puck se levantó ágilmente con un bostezo un tanto intempestivo, se estiró y propuso:

¿Venís conmigo a dar un paseo?

—No, debo estudiar la lección contestó Inger.

—Y yo... estoy flemática —declaró Navío—. La carta de papá me ha causado tan grande emoción, que necesito descanso...

—Bien, pues, heme aquí forzada a pasear en compañía de mi propia sombra —dijo Puck—. ¡Hasta luego!

Cuando llegó al pórtico, se detuvo un instante y contempló los alrededores. Una parte de sus compañeros jugaban en el césped. ¿Se reuniría con ellos? No, ella quería estar sola. Había pasado tan buenos momentos en la naturaleza... Aquella naturaleza que, anteriormente a su llegada al pensionado, sólo conocía entrevista a medias en el curso de excursiones en coche...

¿Iría hasta la lengua de tierra que se adentraba en el lago? La otra tarde, había admirado allí una espléndida puesta de sol. Una columna de fuego brillante había surgido como por encanto por encima del lago... Y el alcaraván había dado unos cuantos gritos roncós en el pantano... Puck no había podido evitar un estremecimiento.

Cosa curiosa, el ulular sordo del alcaraván le había recordado la voz de Karen, y sin embargo, los dos sonidos eran muy diferentes. Casi podría decirse que la voz del pájaro era más agradable.

No, no iría al pontón hoy.

Descendió los peldaños de la escalinata, hundió las manos en los bolsillos de sus pantalones tejanos y cruzó tranquilamente por delante de los invernaderos. El sol jugueteaba alegremente en los numerosos cristales. Una vez en el ancho camino, se detuvo, indecisa. ¿Continuaría hacia el lago seco del sur, para observar a los pájaros..., o bien, cambiando un poco su programa habitual, daría una vuelta por el lado de Oesterby?

Escogió la segunda alternativa y se puso en marcha lentamente. Del Bosque del Oeste le llegaba el coro polífono de los pájaros y Puck sonrió maravillada. ¡Cuán infinitamente más agradable era

aquel sonido que el ruido de los tranvías y el claxon de los automóviles!

A medio camino de la ciudad, se levantaba una hermosa propiedad muy bien cuidada llamada «La Gran Granja», y Puck se detuvo unos instantes para contemplarla. Entonces, escuchó una risa sonora de niña y la voz más grave de un hombre. La jovencita avanzó aún una cincuentena de pasos más; después se detuvo de nuevo. En un terreno llano, a la derecha de la vivienda, una muchachita se hallaba visiblemente ocupada en aprender el difícil arte de la equitación. Un caballo sin silla y sin arneses trotaba en círculo, llevando en su lomo a una esbelta amazona de rubios cabellos. El animal estaba atado a una larga cuerda, sostenida por un hombre que se hallaba en medio del círculo. De vez en cuando, el profesor gritaba al caballo frases animosas, y la chiquilla reía con todo su corazón cuando la velocidad aumentaba. Puck tuvo que reconocer que la joven amazona sabía conservar el equilibrio.

—Y bien, Annelise —gritó el hombre—. ¿No tienes aún bastante?

La muchachita rió alegremente.

—A decir verdad, Jensen, sí. Mis pobres posaderas están doloridas. ¡Basta por hoy!

Cuando el caballo se detuvo, la pequeña amazona se dejó caer al suelo. Echó la cabecita para atrás, para poner en orden sus rizos y, bruscamente, vio a Puck. Por un instante, examinó a aquella espectadora inesperada. Después se acercó lentamente hacia ella, haciendo un gesto cómico y rascándose las nalgas.



—¡Ah, me duele! ¿Cómo te llamas?

El conjunto de ambas frases provocó una sonrisa involuntaria en Puck, quien respondió en tono divertido:

—Bente Winther..., pero allá, en el colegio, me llaman Puck.

—¡Un nombre muy simpático! Yo me llamo Annelise Dreyer. ¿Dónde diablos has comprado estos pantalones tejanos tan simpáticos?

—Los compré en el Almacén del Norte... Es decir fue papá quien los compró.

—He aquí un padre con buen gusto —dijo Annelise en tono aprobador—. Trataré de encontrar unos parecidos. ¿Quieres tomar una taza de café conmigo?

El asombro de Puck no dejaba de aumentar. Era la personita más sorprendente con que jamás se había tropezado... Pero ¡qué naturalidad, qué gentileza!

—También podrás comer unas cuantas uvas —dijo Annelise—. ¡Tenemos muchas en las vides!

Un tanto confusa, Puck la siguió hasta el hermoso edificio central. No obstante, puso una objeción tímida:

—No dispongo de mucho tiempo, Annelise. Debemos estar

acostados a las ocho y media...

—¡No importa! No tardarás una hora y media en comer un racimo de uvas. ¿Te gusta el pensionado?

—Sí, muchísimo.

—El director Frank es un hombre notable. Yo tengo un preceptor. Está un poco chiflado...

—¿Quién está chiflado?

—¡Mi preceptor, naturalmente! Hubiera debido dedicarse a enseñar griego. ¿Sabes hablar griego tú?

—No.

—No lo sientas. ¿De qué sirve? ¿Qué materia prefieres?

—Pues no sé... No soy demasiado buena en nada..., pero lo que más me gusta es la gimnasia y el deporte.

—¡Eso es simpatiquísimo! Podrás practicar equitación conmigo. ¿Tienes costumbre de montar a caballo?

—No, jamás lo he intentado.

—¡Tanto mejor! Como que el caballo tampoco estará habituado a llevarte en su lomo, ¡estaréis empatados!

Puck no tuvo tiempo de responder. Annelise subió con viveza la larga escalinata, abrió las puertas de cristales y gritó a pleno pulmón:

¡Hola, hola! ¿Tenemos uvas en la despensa... o café con pastas?

Una mujer delgada y linda penetró en el salón de verano. Sonriendo, apretó las dos manos contra sus orejas.

—Hijita, no estamos sordos en esta casa.

Sin prestar la menor atención al gesto de su madre, Annelise hizo las presentaciones.

—Puck..., mamá..., la más encantadora del mundo entero. ¿Tienes tú una mamá tan encantadora como la mía?

—No, por desgracia —respondió melancólicamente Puck—. Mi madre murió.

Por primera vez, Annelise se quedó seria, y por un buen rato permaneció silenciosa. Después, golpeó amistosamente la espalda de Puck diciendo:

—Perdóname, Puck, yo no podía saberlo. Yo me siento dichosa por tener una mamá tan encantadora.

Puck echó una mirada curiosa a su alrededor. El gran salón era elegante y claro, amueblado al estilo rococó, esmaltado en blanco. Los padres de Annelise eran evidentemente gentes adineradas.

Un instante más tarde, un señor alto y distinguido, con las sienes plateadas, entró a su vez.

—Ven, Puck... He aquí a mi papá..., el papá más encantador de ...

Se detuvo bruscamente y quedó turbada. Puck comprendió al instante y dijo, sonriente:

—Puedes añadir sin inquietud: el más encantador papá del mundo, ya que, felizmente, yo también tengo un padre formidable y encantador.

—¡Estupendo! —exclamó Annelise—. Y, además es verdad... Te compré unos tejanos verdaderamente simpáticos. ¿Has visto nunca unos tejanos más simpáticos, papá?

El señor Dreyer sonrió.

—No pretendo ser un experto en pantalones tejanos, pero tengo entendido que estas prendas están de moda, ¿no?

—¡Son el último grito! La próxima vez que vayas a Copenhague, yo te acompañaré. ¡Quiero comprar al menos media docena!

—Con unos cuantos menos sería suficiente, ¿no te parece? —preguntó el padre, riendo.

A continuación se volvió hacia Puck con aire interrogante:

¿Cómo ha sido que el diablillo de mi hija se haya apoderado de ti?

Puck lo explicó, un poco incómoda, y su explicación divirtió a los padres. Seguramente estaban acostumbrados a los caprichos de su hija. Que Annelise estaba terriblemente mimada y consentida resultaba evidente..., pero sus maneras eran excepcionalmente arrolladoras y «simpáticas». Y además era muy linda.

La señora Dreyer hizo sonar un timbre y, después de un tiempo asombrosamente cortó, dos jóvenes sirvientas aparecieron como por arte de magia, conduciendo una mesa a cuya vista Puck se quedó pasmada. ¡En materia de frutas y pasteles, allí no faltaba nada! Un poco intimidada, Puck tomó sólo un pequeño racimo de uvas, pero Annelise le dio un buen golpe en la espalda.

—¡Comes como un pajarito! Toma de todo, anda... Para eso lo

han servido.

Se volvió hacia su padre:

—Puck montará a caballo conmigo.

—¿En serio? —el señor Dreyer sonrió—. ¿Puck está de acuerdo?

—Desde luego, puesto que yo se lo he dicho.

La señora Dreyer sacudió la cabeza con un breve gesto resignado. Después, preguntó amablemente a Puck:

¡Annelise es un torbellino! ¿Te gustaría montar a caballo con ella?

—Sí..., ¡oh, sí! Gracias... Bueno, es decir, no he tenido tiempo de reflexionar pero...

—¡Ta, ta, ta! —Annelise le cortó la palabra—. ¡Claro que te gustará montar a caballo...! Todo el mundo quisiera hacerlo. Y a ti no te costará nada. Yo te prestaré pantalones y botas. ¡No! Te lo daré. ¿Temes que el señor Frank no te dé permiso?

—No..., creo que me lo permitirá... en las horas libres...

—¡Asunto arreglado! Nos divertiremos en grande. Tú me gustas mucho. Y no pienses que sólo es por los tejanos, por muy simpáticos que los encuentre. ¿Te pintas las uñas?

—¿Si me pinto las uñas? —repitió Puck un tanto aturdida—. No, todavía no.

—No importa. No es necesario pintarse las uñas para montar a caballo. ¿Cuándo podrás empezar?

—Pues... No lo sé con exactitud... Tal vez mañana... ¿A la misma hora de hoy?

—¡Perfecto! —declaró Annelise, levantándose impetuosamente—. Voy a buscarte los pantalones y las botas, para que les eches una ojeada. ¡Espera un momento!

Salió como una flecha y regresó muy pronto con los objetos anunciados.

—¡Pruébate esos trapitos, Puck! —ordenó.

Puck se probó el equipo, que le sentaba a las mil maravillas. Annelise pareció satisfecha.

—¡Bien, Puck! Puedes llevártelo. ¡Es tuyo!

Puck miró lastimosamente a la señora Dreyer, pero ésta le guiñó un ojo con afabilidad.

—Harás feliz a Annelise si aceptas su regalo, hijita.

—Gracias, un millón de gracias, Annelise —dijo entonces Puck —. Me lo llevo puesto y, a cambio, te regalo mis tejanos.

Cuando Puck se fue, un cuarto de hora más tarde, todo había quedado convenido para el día siguiente. Había llegado casi al colegio, cuando se puso a reflexionar seriamente. Apenas hacía una hora, desconocía totalmente la existencia de Annelise... El pensamiento de aprender a montar a caballo ni siquiera le había pasado jamás por la imaginación... ¡No hubiera soñado nunca en poseer un equipo de amazona! Y ahora todo había cambiado... Verdaderamente, Annelise no era una persona que dejara transcurrir lentamente los acontecimientos.

En el momento en que Puck atravesaba la explanada de enfrente del colegio, el director descendía por la escalinata en compañía de su mujer. La pareja se detuvo, un tanto sorprendida, y el señor Frank preguntó:

—Pero ¿por qué arte de magia vas ataviada así, Bente? Puck se lo explicó, titubeando un poco, y el director se echó a reír.

—Bien, bien. Conozco a Annelise Dreyer y parece ser que debo felicitarla de no tenerla como discípula. En veinte minutos podría desencadenar una verdadera revolución en el pensionado de Egeborg.

—Es una muchachita extraordinariamente amable y gentil —dijo la señora Frank.

El director asintió con un gesto.

—No hay una sola gotita de maldad en ella... Y naturalmente no objetaré nada en contra de tus lecciones de equitación, Bente. ¡No hay en ello ningún riesgo, desde el momento en que el señor Dreyer asume la responsabilidad! ¡Buena suerte!

Puck saludó graciosamente y subió con rapidez las escaleras, en tanto el joven matrimonio salía a dar su paseo de cada tarde. Eran casi las ocho y todos los alumnos se hallaban en sus respectivas habitaciones.

Cuando Puck entró en la suya, la cabeza curiosa de Navío surgió de su litera y se oyó su voz llena de asombro:

¡Vaya! ¿Qué es eso? ¿Vienes de una fiesta de disfraces, Puck?

Entonces, las otras dos mostraron también sus cabezas y Puck, mientras se desvestía, se vio obligada a contarles todo lo que había

pasado. Inger se alegró, pero Karen silbó con desprecio:

—Por lo que veo, Puck..., no has tardado mucho en echarle el ojo a esa hija de millonario.

Puck no respondió nada. Se puso a limpiarse los dientes. Su impasibilidad irritó más todavía a Karen, quien prosiguió en el mismo tono:

¡Bah! Jamás podrás aprender a montar a caballo...

—¿Por qué no? —preguntó Puck con indiferencia, mientras se enjuagaba la boca.

—Porque para ello se necesita poseer ciertas cualidades...

—En tal caso, quien hará bien en no intentarlo serás tú —respondió Puck, saltando a su litera.

—Bien dicho —exclamó Navío desde la suya.

—¡Sois un par de ocas estúpidas! —murmuró Karen.

Puck rió un poco.

—Eso es lo que yo llamo un amable «buenas noches, que durmáis todas bien... y tengáis bellos sueños».

Un cuarto de hora más tarde, tres de las chiquillas dormían profundamente, pero Karen temblaba de despecho en su cama. Ah, cómo la detestaba... A todos: ¡a sus compañeras de cuarto, al director, a los profesores, al mundo entero!

El capataz de la Gran Granja había sido en otros tiempos profesor de equitación, y poseía el don de la enseñanza. El señor Dreyer había hecho instalar un buen picadero en el prado.

Las dos jóvenes amazonas aprendían allí el ritmo del equilibrio. Los caballos debían hacer un trote y un galope —vuelta a la derecha y vuelta a la izquierda— mientras Jensen, en medio de la superficie circular, gritaba buenos consejos a sus alumnas. Aprovechando una corta pausa, les dijo:

—A pesar de que os he dado los más pequeños caballos de las cuadras, me consta que no resulta cómodo, a veces, apretar con fuerza las piernas contra los flancos del animal... Vuestras piernas son todavía demasiado cortas..., pero desafortunadamente, no disponemos de «ponies» de Shetland. Y los «ponies» son difíciles, pero indispensables para aprender a sostener el equilibrio.

Las chiquillas experimentaron cierto temor cuando, para el galope, debieron aflojar las riendas y mantenerse sólo con la presión de las rodillas y sirviéndose de sus brazos levantados como de una especie de «balancín». A cada momento tenían la impresión de deslizarse de su montura. Pero, por fin, todo transcurrió bien y Jensen ordenó un descanso. El señor Dreyer había estado observando la lección desde cierta distancia. Súbitamente se acercó a su administrador. Su voz era un poco severa.

—No he querido intervenir, Jensen... Pero ¿no es demasiado peligroso? Las piernas de estas niñas son todavía demasiado cortas para un tal ejercicio.

El administrador se encogió de hombros.

—No habría venido mal, desde luego, el que sus piernas hubieran sido más largas, pero el riesgo era nulo... Los caballos son pequeños y, después del labrado que usted ordenó, el terreno está tan blando como una espesa capa de turba. Por otra parte, son siempre los jinetes jóvenes quienes suelen salirse de una caída sin mayores daños que el consiguiente susto.

—¡Hum! No siempre... —murmuró inquieto el señor Dreyer—. No vaya demasiado lejos en su entrenamiento de esas niñas, Jensen.

Algunos días más tarde, las dos jovencitas dieron su primer paseo, escoltadas por el administrador. Hubo otros paseos, a lo largo de la semana..., y finalmente llegó el gran día en que obtuvieron permiso para dar un paseo por el Bosque del Oeste... solas.



Puck disfrutaba enormemente de aquella cabalgada. ¡La naturaleza resultaba todavía más bella cuando se la mira a caballo!

Bruscamente, su alegría se ensombreció... ya que vio llegar a Karen por el camino forestal. Con un bastoncito largo y delgado, ésta iba golpeando las flores de ambos lados. ¡Aquella era, naturalmente, una manifestación de su mal humor! ¡Debía de experimentar un auténtico placer en decapitar lindas flores!

Al ver a las dos amazonas, Karen se colocó en medio del camino, de modo que ellas se vieron obligadas a detener sus monturas. Después de haberlas estado contemplando un rato, la pelirroja se burló:

¡Qué apostura tienes, Puck! ¡Pareces una pinza de tender ropa montada en una trucha!

—¡Y tú pareces sólo un par de pinzas de tender ropa! —declaró con vivacidad Annelise—. ¿Dónde compraste este simpático pañuelo que llevas al cuello?

—¿Mi pañuelo? —repitió Karen, un poco confusa—. ¿Qué te importa?

—Me gustaría comprarme uno igual. ¿Por qué te paseas por el bosque jugando... a las pinzas de tender ropa?

Karen alzó hacia Annelise una mirada furiosa.

—¡Estás tan loca como tu aspecto da a entender!

Para evitar que la discusión se prolongara, Puck trató de hacer avanzar un poco su caballo. Pero esto irritó más todavía a Karen, quien, con su largo bastón, dio un violento golpe a las ancas del animal.

El brusco dolor hizo saltar al caballo, que salió disparado como una flecha. Puck gritó, estuvo a punto de caer, pero al cabo consiguió conservar suficientemente el equilibrio. Sin embargo, por mucho que gritara al caballo y por mucho que le tirara de las riendas, ¡el animal no se detenía!



El suelo resonaba con el ruido de los cascos y los árboles parecían volar, pero Puck había conseguido dominar su temor. A pesar de que ya no era dueña de la montura, tenía un solo pensamiento: no caerse de la silla. Si al menos «Blis», su caballo, quisiera no salirse del camino, todo iría bien; tarde o temprano, se calmaría. Pero si, abandonando el sendero trazado, franqueaba una barrera o un barranco..., sí, ¡aquello sería el final! Puck sabía que ella no estaba en condiciones de hacer el menor salto.

Los acontecimientos se precipitaron. Una silueta negra surgió bruscamente y, lanzándose como una flecha a la cabeza del animal, le agarró el morro y se dejó arrastrar, algunos metros. «Blis» disminuyó la velocidad y sacudió la cabeza. Temblaba con todo su cuerpo, pero al cabo se inmovilizó.

Todo había transcurrido tan rápidamente que Puck apenas tenía conciencia de ello. Se dio cuenta, entonces, de que temblaba casi tanto como su montura. El misterioso personaje seguía sosteniendo las riendas y trataba de calmar al animal.

Puck miró con asombro a aquel hombre, cuyo aspecto no le inspiraba demasiada confianza. Vestía miserablemente.

—Infinitas gracias, señor... —murmuró un tanto tímidamente.

Pero el hombre no le dejó concluir la frase. Él dejó la rienda, dio media vuelta y desapareció en el bosque tan repentinamente como había aparecido.

Puck permaneció muda de sorpresa.

«Blis», ahora calmado, permitió a Puck dar media vuelta y regresar. Algunos segundos más tarde, se encontró con Annelise, quien temblaba de miedo. Le describió a su misterioso salvador. Annelise dijo:

—Debe de ser el hombre a quien llamamos «el ermitaño». ¿Has conocido alguna vez a un ermitaño?

—No. ¿Crees que está loco? —contestó Puck, un tanto confusa.

—Sí, completamente chiflado —afirmó enérgicamente Annelise.

- VIII -

Al paso, las dos amazonas regresaron a la finca y, mientras tanto, Annelise contó a Puck nuevas cosas acerca del «ermitaño» misterioso.



—Seguramente se trata de algún pintor o algún otro artista, pero no quiere vivir en sociedad; por eso vive en pleno bosque y habita en una barraca de ramas durante todo el año y solo...

—¿Y la policía se lo permite?

—Sí, el bosque es propiedad del Estado, y papá dice que este hombre está empadronado en Sundkoebing y que, por lo tanto, la policía no tiene nada que ver en ello. Si le gusta vivir como Tarzán,

es sólo asunto suyo...

—Sí, pero... ¿por qué no quiere vivir entre las demás gentes?

—Porque opina que todo el mundo está chiflado... Y es él quien está chiflado, ¿no te parece?

—Tal vez —respondió Puck con aire pensativo—. Tal vez fue un niño acomplejado, como Karen...

—¡Ésa sí es una mala persona! —interrumpió Annelise—. ¡Pero llevaba un pañuelo tan simpático!

Cuando Puck hubo regresado al pensionado, una media hora más tarde, Karen se hallaba sola en la habitación, mirando por la ventana. Inger y Navío habían ido de paseo. Sin pronunciar una sola palabra, Puck empezó a desvestirse. Karen la observaba de soslayo con aire furioso y finalmente dijo:

—No tienes por qué estar enojada conmigo. No hay que dedicarse a la equitación cuando no se sabe dominar el caballo.

—No pienso discutir contigo —le respondió Puck con calma—. Pero, en materia de deporte, jamás podrás hacerme Jaque mate.

—Te demostraré muy pronto que sí puedo —repuso Karen—. Nuestros campeonatos comienzan el lunes. ¡Ya verás lo que es bueno, ya verás!

Sin conseguir concretar su pensamiento despreciativo, abandonó la habitación, dando un portazo.

Puck suspiró... Era bastante fácil para las otras predicar indulgencia para con Karen..., pero con frecuencia los dedos le pedían darle a aquella pequeña peste una sonora bofetada. Karen era a la vez malévola, instigadora, intrigante... Y, sin embargo, Inger afirmaba que Karen no era esencialmente mala... Pero hete aquí que se atrevía a desafiarla en el terreno deportivo. Puck golpeó el extremo de su litera. ¡No, basta de indulgencia para con Karen! El lunes ella le demostraría quién era la más fuerte.

El lunes amaneció con un sol radiante y, de buena mañana, reinaba ya mucha actividad en el campo de deportes donde se desarrollaban los preparativos de las importantes pruebas del día.

En seguida llegó el público, el director y su encantadora mujer, los profesores, hombres y mujeres, el personal de la cocina y un

cierto número de vecinos que habían sido invitados. El guardabosques Bang, el jardinero Nielsen, el propietario Dreyer, el castellano Holm, de Oestergaard, estaban allí con sus familias. A pesar de que habían sido instalados muchos bancos, la mayoría de los espectadores preferían sentarse en la hierba fresca, alrededor del terreno.

Cuando todo estuvo listo, el gordo Svend, siempre jovial, pronunció un pequeño discurso de introducción:

—Señoras y señores... Muy respetable público...

—¡Bravo! —gritó Alboroto aplaudiendo a rabiar.

Lleno de dignidad, Svend se volvió hacia el que le había interrumpido.

—Querido amigo Alboroto, te ruego que renuncies a manifestar el menor signo de aprobación antes del final de mi discurso. Y te condeno a pagar la multa de una peseta a «Fondos de Reserva», por haber interrumpido inútilmente la ceremonia.

El público se divertía mucho, pero Alboroto estaba alicaído.

Volviéndose hacia los espectadores, Svend recommenzó:

—Señoras y señores... ¡Muy respetable público! En calidad de presidente del Consejo de Alumnos, tengo el honor y el placer de darles la bienvenida. Les hemos invitado para que puedan comprobar personalmente que los mejores deportistas menores de dieciséis años de toda Dinamarca se encuentran en el venerable pensionado de Egeborg. ¡Las chicas y los chicos de este colegio lucharán con auténtico espíritu olímpico!

—¡Las zancadillas y los puñetazos están permitidos en el fútbol!

—interrumpió por segunda vez Alboroto, arrebatado de nuevo por el entusiasmo.

Svend giró ligeramente hacia él la cabeza y le amonestó amistosamente con un signo de cabeza.

—¡Multa suplementaria de una peseta con cincuenta para «Fondos de Reserva», Alboroto! ¿Tendrás bastante dinero para seguir interrumpiendo?

—¿No sería mejor ponerle esparadrapo en la boca? —propuso Joergen.

Svend tosió un poco y dijo:

—Como acabo de decirles, se luchará con un verdadero espíritu

olímpico y los del Comité de Deportes garantizan que todos los participantes (chicos y chicas) son simples «amateurs».

En tanto Svend proseguía infatigablemente con su discurso, Annelise se deslizó silenciosamente hasta Puck, quien, terriblemente nerviosa, se agitaba sin cesar ataviada con el equipo de entrenamiento.



—He convencido a papá para que ofrezca una copa de plata —le confió—, y seré «yo» quien la otorgue a quien me parezca.

—¿Tú? —dijo Puck riendo—. El premio debe ganárselo uno de los participantes.

—Sí, naturalmente..., pero si «tú» ganas, aunque sólo sea en una de las pruebas, la copa será otorgada a esa prueba.

—No, no, Annelise —declaró Puck, sacudiendo la cabeza—. Eres muy amable, pero los premios deben ser otorgados por los jueces.

Un tanto decepcionada, Annelise regresó a su sitio, y entonces pudieron escucharse las últimas palabras de Svend:

—La reunión deportiva se iniciará con un encuentro de fútbol entre chicos y chicas. Se desarrollará según todas las reglas particulares establecidas por la Federación Internacional de Fútbol. Si una chica tiene la pelota, les está prohibido a los chicos arrebatársela... Tampoco deberán los chicos luchar a brazo partido con ellas..., por muy galantes que sean sus «modales». Todo lo más les estará permitido en este encuentro obtener un match nulo. Para

el caso en que por la excesiva emoción de este encuentro el público lo necesite, hacemos saber que nos hemos procurado cantidades suficientes de aspirinas y sales, a la disposición de todos. Y con esto, yo declaro abierta la competición deportiva más sensacional del año. Ahora ¡aplaudan, por favor!



Svend se inclinó dignamente, mientras los aplausos resonaban por doquier. Un poco después, el original encuentro de fútbol se inició. Se le había incluido en el programa para crear desde los comienzos un ambiente de buen humor. Naturalmente, las chiquillas eran buenas deportistas, pero jamás hubieran podido sostener aquel encuentro si los jovencitos, más habituados al fútbol, hubieran jugado en serio. Al cabo de veinte minutos, un silbido puso fin al encuentro, en el transcurso del cual los muchachos del colegio habían hecho alarde de una galantería extrema.

Entonces empezaron las auténticas pruebas deportivas. Las chicas fueron las primeras en entrar en lid. El juez era un profesor llamado Strandvold.

En primer lugar, se realizaron los saltos de longitud, en los

cuales, sólo ocho chicas habían tenido el valor de participar. Seis de ellas no tardaron en ser eliminadas. Quedaron Puck y Karen. En aquel momento, se hallaban igualadas y dos banderitas indicaban la longitud de sus respectivos saltos.

Le correspondía saltar a Karen. Tenía derecho a tres intentos; al tercero, consiguió traspasar su bandera, que fue inmediatamente cambiada de lugar. Al regresar al sitio donde estaba Puck, disponiéndose para saltar, Karen le dijo, en tono triunfante:

¡Inténtalo, si puedes, Señora Arrogante!

Al escuchar aquellas desdeñosas palabras, Puck apretó los labios. ¡«Quería» con toda su alma conseguir la victoria! Hubo al comienzo un gran silencio, mientras ella tomaba empuje...; después estallaron los aplausos. ¡Al primer intento, ya había conseguido ganar a Karen en unos veinte centímetros!

Para el salto siguiente, que era el de altura, se habían presentado media docena de alumnas. Todas consiguieron efectuar el salto al primer intento, pero, poco a poco, y puesto que la barra iba siendo colocada a mayor altura cada vez, muchas participantes fueron retirándose. Pronto quedaron sólo Puck, Inger y Karen. ¡Era «palpitante» que, de una sola habitación, quedaran tres participantes en la final!

Se aumentó la altura cinco centímetros más, mientras un murmullo recorría la sala, ya que con aquello el récord del colegio quedaba superado. Puck y Karen consiguieron saltar al primer intento, pero Inger tuvo que repetir dos veces. Las tres fueron muy aplaudidas. El profesor Strandvold levantó la mano y gritó solemnemente:

—Señoras y señores: estas tres alumnas han conseguido alcanzar nuestra marca y ahora vamos a levantar la barra cinco centímetros más.

Inger fue la primera en intentarlo, pero en sus tres saltos derribó la barra. Más afortunada, Karen lo consiguió al segundo intento, pero, por muy poco, ya que la barra se movió ligeramente tocada por un pie. Vivas exclamaciones saludaron su éxito, pero esto no evitó que la chiquilla siguiera guardando su actitud malhumorada.

Bruscamente todo el mundo calló. ¿Qué ocurría, pues? Correspondía saltar a Bente Winther, pero ésta estaba hablando con

el profesor Strandvold, quien hizo un signo de asentimiento y dijo al público:

¡Señoras y señores! Bente Winther desea que la barra sea levantada aún otros cinco centímetros. Está dentro de las reglas del concurso... Pero, si no consigue la altura deseada, ¡será declarada vencida!

El público intercambió murmullos y el director dijo a su esposa:

—No me gusta esto. Bente lo hace únicamente para humillar a Karen. Espero que fracase.

Puck apenas podía darse cuenta de que todos los ojos estaban fijos en ella en el instante en que tomaba impulso. ¡Salió disparada como un resorte y consiguió realizar el salto al primer intento!

¡Estalló una frenética salva de aplausos! ¡Diez centímetros por encima de la marca anterior! ¡Una hazaña fabulosa!

La última prueba femenina era una carrera de sesenta metros. Se habían presentado veinte participantes, corriendo de cinco en cinco. Al final, las cuatro triunfadoras parciales se disputarían la final.

Durante los preparativos, el director se acercó a hablar con Puck. A pesar de que no había nadie en los alrededores, él bajó la voz:

—Debo reconocer que has salido magníficamente de la prueba, Bente... Pero, dime, ¿por qué has querido que subieran la barra cinco centímetros más?

—¡Para fastidiar a Karen! —contestó Puck con franqueza, sin el menor asomo de vacilación. El director adoptó un aire grave.

—Eso pensé, Bente... Al menos eres sincera. Sin duda, tienes motivos justificados para estar molesta con Karen, pero, si tanto deseabas humillarla, hubieras podido hacerlo en privado y no a los ojos de todos.

—¿Por qué? —preguntó Puck, y en su vocecita hubo una nota de desafío.

—Eres suficientemente inteligente para comprenderlo, Bente —respondió el profesor, amablemente, y se separó de ella haciéndole un pequeño guiño de comprensión.

La eliminación de la carrera de los sesenta metros fueron ganados por Puck, Karen, Else y Joan. Y entonces tuvo lugar el apasionante final, donde las cuatro chiquillas iban a disputarse el

primer puesto.

Una viva impaciencia reinaba entre los espectadores. ¿Bente Winther sería capaz de llevarse la victoria también en esa prueba?

—Naturalmente, ella ganará —dijo Alboroto, el cual, en las cuatro participaciones, se había servido de un reloj automático—. Ganará con cuatro o cinco metros de avance con respecto a Karen, quien será el número dos.

Y concluyó:

—Mi reloj no miente nunca.

—¿Te atreves a hacer una apuesta? —preguntó Flemming.

—¡Un momento! —cortó Alboroto—. Después de las dos injustas multas, necesito ganar al menos cinco pesetas... ¡y me encantaría hacértelas perder!

Else y Joan temblaban de emoción, pero sin la menor esperanza. ¡Karen y Puck eran, desde luego, del todo invencibles!

Karen se puso al lado de Puck y le dijo con voz temblorosa:

¡Hoy estás triunfando, Señora Arrogante!

Por un instante, Puck quiso responderle con algunas palabras hirientes, pero entonces vio lágrimas en los ojos de su compañera. Y se calló. Pensando en las palabras del director, suspiró levemente y tomó una gran decisión. ¡Desde luego, «podía» muy bien vencer a Karen, pero «no quería» hacerlo! Si Karen ganaba aquella carrera, tal vez las cosas fueran mejor entre ambas en adelante.

Las cuatro participantes se lanzaron a la pista casi igualadas; pero apenas habían corrido unos cuantos metros, cuando Alboroto exclamó:

¡No, oh, no! ¡Todavía voy a perder cinco pesetas más esta tarde!

Era cierto. Puck se quedaba atrás..., a pocos metros tan sólo..., pero lo suficientemente atrás como para llegar la última a la meta. Karen se hallaba ante Else y Joan, quienes alcanzaron la meta casi al mismo tiempo.

Hallándose las cuatro muchachitas recobrándose, después de la carrera, Karen se acercó a Puck y le dijo, mientras le hacía una fea mueca:

¡Ah! Tú... ¿Acaso me crees completamente idiota? ¡Qué noble has sido esta vez...!

—¿Qué quieres decir? —preguntó Puck, con voz insegura.

—¡Me has dejado ganar a propósito...! ¡Pero yo no tengo ninguna necesidad de tu bondad! ¡Te detesto!

Sin poder añadir una palabra más, dio media vuelta y se fue llorando hacia el edificio principal.

En los días siguientes reinó una atmósfera penosa en la habitación de las cuatro chiquillas. Puck había dejado ganar a Karen con sus mejores intenciones, pero Alboroto había declarado por doquier que allí había habido «trampa» y aquel rumor se extendió por todo el pensionado, lo que, como es natural, no mejoraba en nada el malhumor de Karen.

El domingo siguiente, Inger fue a visitar a su familia. Un tío y una tía de Navío recogieron a ésta y se la llevaron en coche. Y Puck, que no tenía ningún deseo de permanecer en su habitación con Karen y exponerse a nuevas querellas, se fue a casa de Annelise, en La Gran Granja.

Habiéndose enterado el señor Dreyer del peligro que había corrido Puck, el día en que «Blis» se había desbocado, dudó un poco cuando Annelise anunció su deseo de ir al bosque a caballo con su amiga.

—¿No sería mejor que Jensen os acompañase?

Annelise sacudió enérgicamente la rubia cabecita.

—¡Jamás en la vida! Puck y yo sabemos montar a caballo lo suficiente para no necesitar una niñera...

Se volvió vivamente hacia Puck.

—¿Te gustan las sardinas portuguesas y el queso ahumado?

—¡Síiii!

—¡Estupendo! Le pediremos a Petra que nos prepare varios bocadillos y nos los comeremos en alguna parte cerca del Soendersoe. No hemos ido nunca por aquel lado. ¿No crees que deberíamos pedirle a papá que organice un baile?

—¿Un baile? —replicó Puck, a quien siempre pillaban por sorpresa los extravagantes saltos de ideas de Annelise—. ¿Dónde? ¿En Soendersoe?

—No, aquí, en casa... ¡Y nosotras podríamos ponernos vestidos simpáticos! ¿Te gusta bailar?

—Francamente, sí...

—¡Formidable! ¿Verdad, papaíto? Daremos un baile aquí para todos los alumnos de Egeborg.

—Bueno, esto es un imprevisto... —dijo sonriendo el padre—. ¡Pero trataremos de resolverlo! ¿Quieres invitar a todos los alumnos del pensionado?

—¡Menos a una! No quiero invitar a la loca de malas intenciones... ¿No te parece, Puck?

—No puedes dejar de invitarla, Annelise —declaró firmemente Puck—. Por otra parte, es casi seguro que ella no aceptará. De todos modos tú tienes que decírselo, ya que el no hacerlo sería una grave falta de educación...

—¡Bien, pues...! Qué le vamos a hacer... Invitémosla. Pero estoy segura de que provocará dificultades. También hay que invitar al matrimonio Frank y demás profesores. ¿No te parece encantadora la señora Frank?

—¡Muchísimo más que encantadora! ¡Es extraordinaria!

—Es bonita y amable al mismo tiempo. ¡A eso lo llamo yo ser «encantadora»! Ahora voy a decirle a Petra que nos prepare los bocadillos.

Media hora más tarde, las dos amiguitas partían a caballo, alegres y felices. Tomaron el camino que llevaba a la playa de Sundkoebing. A su izquierda había campos de trigo y a su derecha bosques sombríos. El silencio era tan grande que ellas podían percibir el ruido de los cascos de sus monturas contra el duro suelo; luego, repentinamente, cruzó el aire el gemido regular de una locomotora, que arrastraba tras sí cinco vagones.

Viendo aquel trenecillo, Puck se sintió sacudida por un extraño sentimiento. Su pensamiento voló hacia su padre, que en aquellos momentos se encontraba tan lejos, en Valparaíso..., ¡al otro extremo del mundo!

—Estás muy silenciosa —observó Annelise—. ¿Hay algo que te preocupa?

Puck a duras penas consiguió retener las lágrimas.

—¡De repente he echado terriblemente de menos a mi papá! Hace unos días recibí carta suya... y... dice que también me echa de menos. Tal vez arregle las cosas para que yo vaya a reunirme con

él.

—¡Ah, no! —interrumpió Annelise, desolada ya de antemano—. ¡Acabamos de hacernos buenas amigas hace apenas unos días y tú quieres irte! ¡Nada de eso!

Aquellas palabras molestaron un poco a Puck, la cual respondió:

—Es fácil decir eso para ti, Annelise. Tú tienes a tus padres contigo... y obtienes de ellos cuanto les pides. Algunas veces he oído decir que yo soy una niña mimada, pero a tu lado me quedo muy chica en eso.

Viendo lágrimas en los ojos de su amiga, Puck se apresuró a añadir:

—No he querido molestarte, Annelise. ¡Desde luego eres un poco mimadilla, pero también te sientes muy feliz cuando puedes hacer feliz a los demás! Papá me escribía en su carta que podría ir a reunirme con él si me sentía «muy desdichada»... ¡y no es éste el caso!

—¡Estupendo! —declaró Annelise, de nuevo radiante—. Cuando tu padre regrese, venderá su apartamento en la capital y se instalará en mi casa; así tú podrás seguir asistiendo al colegio. ¿No es una idea maravillosa?

—Sí, maravillosa —respondió Puck sonriendo.

Las muchachitas se dirigieron hacia Soendersoe, el lago desecado del sur. Constituía un buen paseo. Casi por todas partes se extendía la verde pradera salpicada de florecillas amarillas. Justamente en el medio quedaba aún un poco de agua, rodeada de espadañas, cañaveras, juncos floridos de largas umbelas rosadas... Allí vivían patos salvajes y pequeños trullos. Éstos, dijo Annelise, tenían un aspecto «muy simpático» en primavera, cuando se adornaban orgullosamente de los más bellos colores.

Las dos amiguitas se detuvieron al borde del lago. Dejaron pacer los caballos y desenvolvieron los víveres. Petra se había mostrado generosa. No sólo había preparado sardinas y queso ahumado para llenar la bolsa de Annelise, tal como ésta le había pedido, sino muchas cosas más. Las dos botellas de limonada se habían puesto un poco tibias, pero, como las chiquillas tenían sed, las bebieron con placer.

Después de aquel agradable banquete, en el que comieron hasta

las migas, montaron de nuevo a caballo y prosiguieron su paseo a lo largo del lago. No había allí ningún camino trazado, pero Annelise afirmó que estaban en su derecho de ir por allí, ya que aquellos campos pertenecían a su padre.

Llevaban cabalgando cosa de media hora, cuando Puck detuvo bruscamente su montura.

—Di, Annelise, mira... ¿No es el ermitaño quien está pintando allá lejos?

—Sí, él es... Pero no le molestemos. Supongo que no estás pensando en ir a saludarle.

—Sí. Me gustaría darle las gracias por haber acudido a auxiliarme. Es lo menos que puedo hacer...



Se acercaron lentamente al hombre solitario que parecía estar absorbido en su arte, y que no las vio hasta tenerlas a unos veinte metros. Se levantó y la miró con aire molesto.

Las muchachitas pusieron pie en tierra y Puck, titubeante, dijo:

—Le he reconocido en seguida... Y le pido permiso para darle las gracias por haber acudido en mi ayuda el otro día.

El ermitaño no respondió absolutamente nada, pero Puck, sin dejarse intimidar, prosiguió:

—Fue extraordinariamente valeroso por su parte y se lo

agradezco muchísimo...

Se interrumpió para contemplar un instante el cuadro que el hombre tenía colocado en el caballete. Y dijo entonces, con un signo de aprobación:

¡Qué bella pintura...! Pero... creo que no hay tantos haces de heno en la realidad. ¿Acaso los ha añadido usted porque así queda más hermoso?

—No —contestó el ermitaño, con una leve sonrisa—. Estaban ahí ayer, cuando empecé el cuadro, y... no me queda otro remedio que dejarlos pintados...

Annelise se mezcló en la conversación.

—¡Ah, sí! El administrador Jensen mandó recoger el heno. ¡Es una lástima!

—Me da lo mismo contestó el pintor, en tono desagradable ¿No vais a seguir vuestro camino?

—Sí, sí —respondió vivamente Puck—. Únicamente quería darle las gracias.

Él hizo un movimiento impaciente con la cabeza.

—¡Basta de agradecimientos! El mejor modo de darme las gracias es desaparecer rápidamente a fin de que pueda terminar de pintar.

Puck sonrió amablemente.

—Si hubiera algo que yo pudiera hacer por usted...

—¡Pamplinas! —gruñó el hombre, cortándole la palabra, en tono irritado—. Os lo repito: lo mejor que podéis hacer es desaparecer de aquí.

Algunos minutos más tarde, ambas amigas se encontraban lo bastante lejos como para poder hablar sin ser oídas por el ermitaño, y la cólera de Annelise estalló:

—¡Qué persona más grosera! —gritó—. ¿No crees que tiene todo el aspecto de un malhechor?

—¿Por qué? —Puck rió—. Según lo que tú misma me has contado, él no puede soportar a los demás seres humanos. Pero yo estoy convencida de que no es malo.

Puck no regresó al pensionado hasta el final de la tarde. Navío estaba ya de vuelta y jugaba con algunas compañeras ante el edificio principal. Al ver a su amiga, corrió inmediatamente a su

encuentro.

—¡Hola, Puck! ¿Te has divertido?

—Sí, puedes estar segura, Navío. He estado montando a caballo y hemos encontrado al ermitaño.

—¿El ermitaño? —Navío permaneció callada unos instantes—. ¡Esto es formidablemente palpitante! La policía lo está buscando...

—¿La policía? —repitió Puck—. ¿Por qué?

—Ha robado una fuerte suma de dinero de la casa del Guardabosques Bang...

—¡No lo creo!

—¿Qué es lo que no crees, el que la policía lo esté buscando?

—Sí, pero no creo que sea un ladrón. ¿Cómo lo has sabido, Navío?

—La policía ha venido al colegio a preguntar si alguien lo había visto. Puesto que tú lo has encontrado hoy, debes ir o decírselo al director.

—Sí, es preciso —murmuró Puck—. ¡Pero yo no creo que el ermitaño sea un ladrón!

Poco tiempo después, Puck se hallaba sentada en el despacho del señor Frank, contándole su historia. El director la escuchaba gravemente.

—Gracias por todos tus detalles, Bente. Debo telefonar inmediatamente a la policía de Sundkoebing.

—¿Cuándo fue robado ese dinero, señor?

—En la mañana de ayer..., el guardabosques lo afirma con toda certeza. Era dinero que Bang debía enviar a la Dirección de Aguas y Bosques de Copenhague... Unas diez mil pesetas.

Puck se calló durante unos segundos. Después dijo:

—Hay algo que no acabo de comprender, señor...

—Veamos de qué se trata...

—Si un hombre ha robado tanto dinero el sábado, ¿cómo es posible que permanezca tan tranquilo pintando el domingo?

El director sonrió un poco.

—Tu observación parece muy juiciosa, en efecto, Bente... Pero es asunto de la policía esclarecer el robo. Una cosa es segura y es que las hijas del guardabosques vieron al ermitaño rondando por los alrededores de la casa el viernes por la tarde...

—¿Le vieron también el sábado? —preguntó con vivacidad Puck. El señor Frank sacudió la cabeza.

—No creo... En todo caso, es la policía quien debe descubrir eso. Te agradezco tus informaciones.

Cuando Puck bajó de nuevo al césped, Navío quiso saber, naturalmente, lo que el director había dicho y, como de costumbre, lo encontró todo «formidablemente palpitante».

Puck respondió con calma:

—A tus ojos, tal vez, Navío... Pero, sin duda, el pobre pintor lo vería desde otro punto de vista, y yo quiero hacer lo imposible por ayudarle...

—¿Tú? —gritó Navío, sorprendida—. ¿Cómo diantre podrás tú ayudarle?

—No lo sé todavía —confesó Puck, un tanto descorazonada—. Pero tengo el presentimiento de que se me ocurrirá algo.

Navío irradió satisfacción.

—¡Eso sí que es...!

Pero, avergonzada de su impulso, se mordió los labios.

- IX -

Naturalmente, Puck añoraba a su padre, y su separación representaba un gran cambio en su vida; no obstante, en el pensionado de Egeborg se sentía feliz. A veces, Karen conseguía ponerla de malhumor, pero la olvidaba rápidamente en cuanto se encontraba en compañía de las demás o bien cuando disfrutaba de sus momentos de soledad, cuando se abismaba en la contemplación de la sonriente y variada belleza del paisaje...

La vida de los pájaros le interesaba de modo particular. En cuanto llegaba bajo los frondosos árboles del Bosque del Oeste, se sentía acogida por la llamada sonora del pico azul —«tin, tin, tin...»— que la chiquilla no tardó en saber imitar. El pico azul, por otra parte, era el pájaro más interesante del bosque, no sólo por el modo como trepaba por el tronco de los árboles y volvía a descender, sino también por su inteligencia. Sabía servirse de su pequeño cerebro, ya que insertaba nueces y bellotas en la corteza de los troncos para picotear a continuación en la cáscara, abriendo un agujero que le permitía comerse la pulpa. Puck había descubierto docenas de cáscaras vacías pegadas a los troncos de los árboles y había acabado por comprender que eran obra de los picos azules.



La chiquilla aprendió también a distinguir el canto frágil de los picarros y las alegres notas lanzadas por el musical tordillo instalado en las más altas copas. Con gran alegría por parte de sus compañeras, Puck fue muy pronto capaz de imitar el canto de la mayoría de los pajarillos.

Pero no fue precisamente en el bosque donde la muchachita escuchó el más bello canto, el más célebre de todos: el del ruiseñor. Sabía que, de vez en cuando, a este pájaro le venía la ocurrencia de cantar en pleno día, aunque generalmente solía hacerlo de noche. Algunas veces, despierta en su cama, escuchaba por la ventana abierta aquel canto profundo y puro que resonaba con fuerza singular, puesto que venía del otro lado del lago Ege, donde algunos ruiseñores se instalaban en los matorrales del pantano.



El lunes, después de las clases, Puck daba siempre un corto paseo por el bosque. La encantaban aquellos paseos, en el transcurso de los cuales podía estar sola con sus pensamientos y disfrutar al mismo tiempo de las maravillas de la naturaleza.

Por el momento, sin embargo, le resultaba difícil sentir la alegría acostumbrada. No podía dejar de pensar en el extraño ermitaño, de quien la policía sospechaba como autor del robo las diez mil pesetas. ¡Qué pena, si verdaderamente fuera culpable...! Pero no... ¡Estaba segura de que no lo era! Él había arriesgado su vida valientemente para detener el caballo desbocado, y un tal hombre no descendería a cometer un burdo robo. ¡Ah, cuánto deseaba poder ayudarlo...!

Puck había llegado oeste del lago, cuando repentinamente se oyó llamar, con voz fuerte y amable:

—¡Eh, señorita...! ¿Paseando por el bosque y soñando...?

Se volvió con rapidez y vio al guardabosques Bang, que la observaba sonriendo. Le saludó con educación y respondió:

—No, no estaba soñando, señor Bang. Estaba pensando en el

desdichado pintor que ha sido acusado de robo...

—¡Bah! No malgastes tu compasión en ese pillo, hijita. Ayer noche fue detenido por la policía y conducido a Sundkoebing.

—¡Oh, Dios mío! ¿Ya le han detenido? —exclamó Puck, desolada—. No creo que sea culpable.

El guardabosques rió.

—¿Cómo puedes tú saberlo? Está bien, por tu parte, no tener mala opinión del prójimo..., pero yo estoy casi seguro de que ese embadurnador de telas ha cogido el dinero. Los perros de la policía siguieron su pista desde mi casa hasta su cabaña en el bosque...

—¡Esto no significa nada, señor Bang!

—¿Cómo que no significa nada? —gritó el guardabosques con sorpresa—. ¿Crees acaso que un perro policía se deja engañar tan fácilmente?

—No, pero el pintor había ido hasta su casa el viernes, ¿no es eso?

—Sí, y ¿qué?

—Pues que el perro ha podido seguir la pista, incluso si el pintor no estuvo por allí el sábado... Y fue el sábado cuando cometieron el robo, ¿no? ¿Le vieron el sábado por esos parajes?

—No... Pensando bien..., nadie le vio... Pero hay muchas cosas que hablan en contra de él. El viernes estuvo rondando por los alrededores de mi casa para orientarse..., y el sábado por la mañana, cuando no había nadie dentro, aprovechó la ocasión... Pero ¿por qué te interesas tanto por este asunto?



Puck se lo explicó y el guardabosques se frotó el mentón pensativo.

—Bien, bien... Desde luego fue muy valiente por su parte... Sin embargo...

—¡Él «no» robó ese dinero! —exclamó Puck con firmeza—. A pesar de que la casa de usted queda muy aislada, eso no quiere decir que no hayan podido llegar hasta ella otras personas, además del pintor.

—No eres precisamente tonta, hija mía —dijo el guardabosques—. El tiempo dirá si tienes razón. Personalmente, no tengo nada en contra de ese curioso personaje... Lo único que deseo es descubrir la verdad.

Puck se despidió del guardabosques y prosiguió su paseo solitario.

Al llegar a las proximidades del pantano, se sentó en un montículo y contempló el lago. Todo estaba apacible y tranquilo. Las libélulas pasaban como rayos por encima del cristal líquido. «Con relación a su pequeño tamaño —pensó Puck— deben de ser de los más voraces animales de la tierra... ¡Y qué bello es el sol reflejándose en su brillantes cuerpecitos!». La muchachita

contempló reflexivamente «la isla del Caballero Volmer», aquella idílica islilla donde los muchachos mayores iban a veces a jugar a Robinson Crusoe. Más allá del lago, se veían los campos en pendiente de Oestergaard, que parecían trepar hacia el cielo azul. Largas hileras de haces de heno proyectaban su sombra.

Había sido allá abajo, al borde de Soendersoe, donde el pobre artista había pintado aquel paisaje... Sólo que, en su cuadro, las sombras de los haces se proyectaban en otra dirección.

—¡Cielo santo!

Puck se levantó de un salto y permaneció unos instantes inmóvil, como paralizada por el pensamiento que la había traspasado como un rayo. Sí, se acordaba perfectamente de las sombras de los haces del pintor y tenían otra dirección.

Unos segundos más tarde, regresaba a toda velocidad hacia el colegio: De vez en cuando, corría y, cuando finalmente llegó al edificio principal, estaba extenuada. Sin embargo, trepó por la escalera, de cuatro en cuatro peldaños, y llamó inmediatamente a la puerta del director.

El señor Frank estaba ocupado en corregir tareas escolares. Levantando una sorprendida mirada hacia la sofocada y excitada chiquilla, dejó su estilográfica y preguntó:

¿Qué ocurre, Bente?

En su ardor, Puck apenas conseguía hablar.

—El pintor no robó el dinero, señor... Es segurísimo... Yo pude ver las sombras...

El director la contempló durante breves instantes, sin entender nada, y finalmente señaló una silla.

—Siéntate, Bente..., y explícame de qué se trata.

Puck se sentó y pronto recobró su calma para poder dar toda clase de explicaciones. El director la escuchaba con creciente interés. Al cabo le dijo:

—Lo que me dices es muy sensato, Bente. La policía de Sundkoebing sabe, naturalmente, dónde está ahora el cuadro. Voy a telefonarle inmediatamente... y luego iremos a casa del señor Dreyer.

Cuando dejó el aparato en la horquilla, añadió:

—El inspector que se ocupa de este asunto llegará aquí dentro

de unos instantes y traerá el cuadro. Ahora telefonaré al señor Dreyer para pedirle permiso para llevarnos a Annelise.

A la llegada del representante de la policía, unos veinte minutos más tarde, Puck casi desfallecía de impaciencia. El inspector le dio un golpecito amistoso en el hombro.

—Recogeremos a tu amiguita al paso y luego iremos a echar una ojeada al borde del lago Soender. Creo que estás equivocada, pero desde luego no hay que despreciar ninguna pista al hacer una investigación.

Diez minutos más tarde el coche de la policía se detenía ante la Gran Granja. El señor Dreyer salió al porche acompañado por Annelise. Saludó al director y se volvió enseguida hacia el inspector, inclinando la cabeza.

—Todo esto parece pura fantasía, Poulsen... Pero no se pierde nada yendo a echar un vistazo allá abajo...

Annelise se instaló en el coche al lado de Puck. Estaba muy nerviosa y gritó:

¡Oh, qué simpático resulta viajar en un coche de la policía!

Estuvo parlotteando sin parar mientras el coche se dirigía hacia el lago. De pronto un pensamiento pasó por su imaginación.

—Pero, en realidad, ¿por qué vamos al lago?

—Pronto lo sabrás —respondió Puck—. Mira, ya hemos llegado.

El inspector detuvo el coche y bajó, sosteniendo el cuadro bajo el brazo. Hizo un signo a Puck.

—Ahora indícanos el camino. ¿Te acuerdas bien del lugar?

—Sí, muy bien —respondió Puck—. Y tú también te acordarás del lugar donde se había instalado el pintor, ¿no es así, Annelise?

Annelise no estaba segura de acordarse. Pero, con Puck abriendo la marcha, se dirigieron todos hacia los campos, siguiendo la plantación de árboles hasta la pradera. Puck tendió un dedo.

—¡Estoy segura de que es allá!

El inspector contempló el húmedo suelo y miró a Puck admirativamente.

—En esto tienes razón, jovencita. El caballete ha dejado en el barro la señal de sus patas...

Sostuvo la tela ante sí y comparó el paisaje. Después hizo un nuevo signo afirmativo con la cabeza.

—Sí, estamos en la buena pista, amiguita... Ahora cuéntamelo todo, para que Annelise pueda confirmarlo, ya que estabais las dos juntas, ¿no es así?

Puck titubeó unos instantes.

—Pues bien... Annelise y yo estuvimos contemplando este cuadro, al pasar por aquí. A mí me pareció que reflejaba con mucha exactitud el paisaje. Pero... el pintor había pintado unos haces que no existían...

—¿Le habéis preguntado por qué?

—Sí —repuso vivamente Puck—, y él contestó: «Estaban aquí ayer cuando comencé esta tela».

—¡Hum! —murmuró el inspector—. Si no mentía, eso puede decir que lo empezó el sábado...

—No mentía, señor, ya que Annelise puede testificar que los haces se hallaban aquí el sábado por la mañana y que luego fueron recogidos, durante la tarde...



Puck mostró el cuadro y prosiguió:

—Puede verse que empezó por la mañana, ya que todas las sombras van hacia la izquierda... Era preciso, para ello, que el sol

se encontrara del otro lado.

—Sí, al sudoeste —aprobó el inspector—. Bien, puede afirmarse que esta jovencita no va por el mundo con los ojos cerrados y que, además, razona muy bien.

—Así, pues, ¿el pintor podrá salir de la cárcel? —preguntó Puck, anhelante.

El inspector se volvió, sonriente, hacia el director.

—Ésta es la mayor sorpresa de mi carrera. Si el administrador Jensen confirma lo de los haces de heno, no hay duda de que el cuadro fue pintado el sábado por la mañana... Por lo tanto, y como sea que fue alrededor de las diez cuando la casa de Bang se quedó sin nadie y cuando tomaron el dinero...; en tal caso, el ermitaño no puede ser culpable. Regresemos rápidamente a La Gran Granja para interrogar al administrador.

—Sí —confirmó éste un poco más tarde—. Es exacto. El servicio meteorológico había anunciado lluvia y yo tenía interés en hacer recoger el heno. Por lo tanto después de la comida del mediodía todo el personal se ocupó en la tarea. Annelise dio un amistoso codazo a Puck y murmuró:

¡Ah! ¡Qué encanto tienes para descubrir misterios! ¿Quieres que vaya a buscarte un racimo de uvas?

—Sí, gracias, es una excelente idea.

Al día siguiente, Puck recibió un gran paquete. Muy sorprendida, lo deshizo y, al ver su contenido, abrió los ojos como platos.

Era el cuadro de Soender. En la esquina de un papel que lo acompañaba había una sola palabra: «Gracias».

- X -

Hugo Svendsen —llamado Alboroto— y Henrik Smith —llamado Cavor— estaban siempre dispuestos cuando se trataba de bromear en clase. Aprovechaban todas las oportunidades para manifestar ruidosamente su tendencia a la disipación. Una de estas bellas ocasiones se presentaba entonces. El profesor de Historia, señor Frederiksen —llamado Frederik, simplemente— a quien una beca le había valido un mes de vacaciones, acababa de regresar y debía dar su primera clase.



Alboroto y Cavor no tenían un plan bien definido, pero, como

al azar, se habían provisto de un tirachinas, una lupa y algunos trozos de carburo. ¡Ya verían luego cómo se presentarían las cosas! ¡Después de todo «Frederik» se merecía una bienvenida cordial!

Los primeros momentos transcurrieron, sin embargo, en medio de una calma total. Inger, a quien el profesor había preguntado acerca de Hugo Capeto, sabía bien la lección, según su costumbre.

—Hugo Capeto subió al trono de Francia en 987 y fundó la dinastía de los Capetos, que debía reinar hasta la Revolución Francesa. Fue un soberano hábil, que supo justificar el poderío real ante sus vasallos.

—¡Bien, Inger!

Y el señor Frederiksen puso una nota en su libreta.

—Joan —dijo a continuación el profesor a otra alumna—, háganos de los descendientes de Hugo Capeto.

Joan se levantó y empezó, titubeando un poco:

—Sí..., era el hijo de Hugo Capeto... y se llamaba Roberto. Vivía tranquilamente..., casi como un monje...

Alboroto levantó una mano y preguntó inocentemente:

¿Había monjes en aquella época, señor?

—Sí, desde luego —respondió el señor Frederiksen, sin dejarse atrapar—. Y ahora prosigue tú, Hugo. ¿Sabes algo de Enrique I?

—Murió —murmuró Alboroto, mientras la clase entera reía por lo bajo.

El profesor de Historia parecía lleno de admiración:

¡Muy bien, Hugo! ¿Y luego?

—Luego fue enterrado... y... después... hubo un nuevo rey en el trono. Se llamaba..., eh..., se llamaba..., eh...

El profesor inclinó la cabeza con gravedad.

—No, Hugo, no se llamaba «eh»; sin embargo, aun cuando sepas su nombre, debo decirte que tus respuestas han sido mejor de lo que esperaba de ti. Siéntate.

Los compañeros ahogaban de nuevo sus risas, y Alboroto se sentó, alicaído. En su fuero interno, se veía obligado a reconocer que Frederik se había llevado la victoria.

El profesor hizo un signo a Puck.

Y tú, Bente, ¿puedes hablarnos del sucesor de Enrique I?

En tanto Puck se levantaba, Alboroto murmuró a Cavador, que

era su vecino.

—Atiende ahora, amigo. ¡Tengo una cuenta pendiente con Puck, que me hizo perder mi apuesta!

Y sacó con agilidad su lupa, inclinándose un poco sobre el pupitre. El antebrazo de Puck, que quedaba ante sus ojos, sería una diana perfecta, si él conseguía centrar los rayos del sol, que penetraban por las altas ventanas.

Con bastante seguridad, Puck empezó:

—Se llamaba Felipe I y subió al trono en mil sesenta. Llevaba una vida desordenada y fue... ¡Ayyyyy! ¡Vaya, por Dios!

—¿Qué dices, Bente? —preguntó el profesor un tanto sorprendido.

Mientras se frotaba discretamente el brazo, en el lugar donde suponía que un insecto debía de haberla picado, Puck murmuró:

—Debe de haber sido un mosquito...

—Felipe I no era ningún mosquito, señor —exclamó Cavadador.

La clase se divertía enormemente, pero el profesor fingía no darse cuenta de nada. Así que Puck prosiguió:

—A causa de su vida desordenada, el rey fue excomulgado. Por aquella época, Guillermo el Normando era el vasallo más poderoso y conquistó... ¡Ayyy! ¡Vaya por Dios!

Alboroto había quemado una vez más la piel del brazo de Puck y, como fuera que el profesor no se había dado cuenta de ello, puso una mala nota en su cuaderno, mientras decía en tono irónico:

—Esta vez debe de ser una abeja quien te ha picado, ¿verdad, Bente? A menos que tu comentario sobre la época de Enrique I sea precisamente «ay, vaya por Dios».

Puck volvió a sentarse, mientras toda la clase reía por lo bajo. Pero ella se sentía arrebolada de cólera. La segunda vez, había adivinado de qué se trataba, pero no había querido decirle nada al profesor. Frederik había creído, naturalmente, que ella formaba parte de los alborotadores, y por esto le había puesto una mala nota..., pero ella sabría hallar el modo de vengarse de Alboroto y Cavadador.

Apenas Grethe, la alumna que el profesor llamó a continuación, se hubo levantado, cuando un trozo de papel rebotó contra la pizarra que había detrás del profesor. Provenía del tirachinas de

Cavador. Éste no consiguió esconderlo con la suficiente rapidez y el señor Frederiksen le dirigió una sonrisa llena de insinuaciones.

—Gracias, Henrik... Hace mucho tiempo que tenía ganas de poseer un tirachinas. Por lo tanto puedes darme el tuyo.

Cuando Cavador se levantó, Alboroto le deslizó una bolita gris en la mano, murmurando:

—Mételo en el tintero que más cerca esté de Frederik.

Un tanto a disgusto, Cavador entregó su arma. El señor Frederiksen miró el tirachinas con aire entendido. Después hizo notar, alegremente:

¡Es un excelente tirachinas, Henrik! Acércate a la ventana y ponte de espaldas. Voy a probarlo.

Cavador no tuvo más remedio que obedecer.

El señor Frederiksen recogió el «proyector», lo colocó cuidadosamente en el elástico y ¡lo envió directamente contra la nuca de Cavador! La clase entera estalló en risas por la acción de su profesor y Cavador regresó a su sitio cabizbajo y meditabundo.



Cuando la clase se terminó, un olor nauseabundo se extendía por doquier. El «perfume» provenía del trocito de carburo que se disolvía entre hervores en el tintero, pero el profesor adivinó rápidamente lo que estaba sucediendo y dijo, con imperturbable calma:

¡Svend Aage, lleva este tintero afuera! Hugo y Henrik, abrid todas las ventanas... ¡Rápido!

Alboroto y Cavador se vieron forzados a reconocer su abolida derrota. Habían perdido ya todo deseo de provocar problemas.

Durante el recreo, Alboroto estuvo hurgando en vano en sus bolsillos para dar con su lupa.

—¿Me la has quitado tú? —preguntó a su compañero.

—No —sonrió Cavador—. Debe de haber sido «Frederik». Hay que admitir que se ha burlado de nosotros. ¡Un tirachinas y una lupa en un mismo día, eso es lo que nos han costado nuestras bromas!

Después de la comida, Puck y Navío fueron al poblado de las cuevas. Sentadas sobre un montículo herboso, conversaban alegremente. Puck sacó una lupa de su bolsillo.

—Mira, Navío. Es la de Alboroto. He aprovechado la confusión para quitársela.

—¿Por qué? —preguntó Navío, asombrada.

—¡Porque él me ha quemado el brazo dos veces, el atrevido! ¡Por su culpa, Frederick me ha puesto una mala nota!

—¡Qué le vamos a hacer! —comentó Navío—. Una sola mala nota no es nada grave. ¿Has perdido la cabeza?

—Sí, un poco. Pero no es justo que yo tenga una mala nota en Historia sin haberla merecido...

—Ha sido amable de tu parte no contarle al profesor lo de Alboroto.

—¿Contárselo? Mi papá me ha enseñado desde siempre tres cosas: no delatar a nadie..., no mentir jamás... y ser buena con los animales. Y yo he procurado observarlas siempre, aunque a veces es un poco difícil.

Callaron unos instantes. Después Navío propuso:

—Puck... ¿Qué te parece si tomáramos una barca y fuéramos a la isla del Caballero Volmer?

—Pero si está prohibido..., Navío —exclamó Puck, un tanto sorprendida.

—¡Y qué! Como supondrás, soy experta en conducir una embarcación, siendo como soy hija de un marino. Estaríamos de regreso mucho antes del anochecer...

Puck se dejó convencer con facilidad, en primer lugar porque se moría de deseos de conocer aquella isla y luego porque opinaba que la injusticia de que había sido víctima le daba cierto derecho a tomarse un desquite.



Navío tomó los remos y Puck no tardó en reconocer que conocía bien el arte de navegar. Al cabo de veinte minutos, llegaron a su meta y, uniendo sus esfuerzos, consiguieron sacar la barca hasta una pequeña playa.

La isla del Caballero Volmer se hallaba tan sólo a unos pocos centenares de metros de cada orilla, pero como fuera que se iba a ella muy raramente, la vegetación crecía abundante y desordenadamente y estaba superpoblada de pájaros. En el centro, las encinas centenarias ofrecían una frondosa sombra. A Puck le encantaban los bosques de hayas, típicamente daneses, pero como la luz no podía atravesar su apretado follaje, el interior del bosque quedaba desnudo y triste. En cambio, allí todo era diferente.

Las dos muchachitas exploraron la isla en su totalidad, descubriendo sin cesar nuevos motivos de encantamiento. Del espesor les llegaba la llamada a la vez dulce y penetrante del cuclillo, entre los troncos de los árboles resonaba el picoteo incesante del pico azul y millares de insectos revoloteaban bajo el cálido sol de verano.

Las dos amiguitas regresaron lentamente hacia la orilla, que era muy estrecha, ya que la vegetación llegaba casi al agua. Se acercaban al lugar de su desembarco cuando Puck dio un grito de terror:

¡Mira, Navío! La barca ha desaparecido...

Con la boca abierta, Navío contemplaba el lugar hasta el cual habían arrastrado la barca. En efecto, ¡había desaparecido! Con el corazón apresurado, corrieron hacia el lugar y vieron cómo su barquichuela, arrastrada por la brisa, se alejaba de la orilla, ya a unos cien metros.

—¡Qué desgracia! —exclamó Navío, asustada—. ¡Y qué fracaso! ¿Qué vamos a hacer ahora, Puck?

A pesar de la gravedad de la situación, Puck no pudo evitar sonreírse y respondió, con cierta picardía:

¡Pero si esto es «formidablemente palpitante», Navío!

La pobre Navío tenía ganas de llorar.

—No, esta vez no es formidablemente palpitante, Puck... ¡Ya verás los problemas que tendremos con el director!

Puck aprobó:

—Sí, tienes razón..., Navío. Si me desvisto y nado, seguramente conseguiré conducir de nuevo la barca hasta aquí... Pero tal vez el director se enoje más todavía si se entera de que me he expuesto a ese peligro. Será mejor renunciar a ello...

—¡Desde luego! El agua dulce sostiene mal, y además yo sé que en algunos puntos del lago hay corrientes frías que pueden provocar calambres. Ah, ¿qué será de nosotras? ¿Crees que tendremos que pasar aquí la noche?

Puck reflexionó unos instantes y al cabo dijo:

—Recojamos unas cuantas ramitas secas y hojarasca y tratemos de encender un fuego de socorro en la orilla...

—Sí, pero no tenemos fósforos. ¿Cómo vamos a encenderlo?

Puck sacó la lupa.

—Si nos damos prisa, el sol es todavía bastante fuerte... Pero no podemos perder ni un minuto. ¡Rápido, Navío!

Al cabo de cinco minutos, las muchachitas habían reunido un montón suficiente de madera seca y hojas. El sol se hallaba aún en lo alto del bosque del Oeste, pero su luminoso calor no debía de ser ya muy fuerte, ya que Puck hizo varios ensayos vanos con la lupa. Repetidas veces, las hojas secas empezaron a humear un poco, pero sin llegar a prender realmente. Puck había casi abandonado la partida, cuando Navío gritó súbitamente:



¡Ya está, Puck...! ¡Arde!

Así era, en efecto. Las llamitas eran casi invisibles a la luz del sol, pero no cabía duda: algunas hojas secas habían prendido. Puck las aventó con la mano, y poco a poco el fuego se propagó. Al cabo de cinco minutos, había llamas por todas partes en el montón de ramas. Puck ordenó tajantemente:

—Ves a buscar más ramas secas, Navío, en tanto yo vigilo el fuego...

En pocos instantes, Navío hubo reunido gran cantidad de pequeños troncos y ramas, y de vez en cuando las iban echando al fuego, para mantenerlo. Una fina columna de humo se elevaba en

espiral hacia el cielo azul.

—¿Crees que el fuego será visible desde el pensionado? —preguntó Navío, con impaciencia.

—Seguramente no, hasta la puesta del sol —respondió Puck—. No es fácil ver un fuego cuando el sol brilla.

Pero el sol desapareció detrás del Bosque del Oeste y el crepúsculo cayó sin que nada hubiera ocurrido. No obstante, las dos chiquillas no cesaban de alimentar el fuego. Llegó la noche. El canto de los pájaros se silenció. El lago quedó callado y desierto. A través de la oscuridad, ellas vieron brillar las luces de Egeborg. A la vista de aquel espectáculo, Navío sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas.

—Ahora los mayores están leyendo. ¿Crees que se darán cuenta de nuestra ausencia?

—Naturalmente —intentó tranquilizarla Puck—. La señorita Holm, al hacer su ronda, lo comprobará. No llores, Navío. ¡Tú que siempre deseas vivir aventuras formidablemente palpitantes...!

—Esta vez tendré bastante al menos para ocho largos días —suspiró Navío.

De repente, pudieron oír el ronroneo lejano de un motor; y Puck gritó, sintiéndose aliviada:

¿Oyes, Navío? Es el barco a motor del director.

Ambas amigas prestaron oído y pudieron comprobar que el ruido se hacía más fuerte cada vez, ya que el barco se acercaba a la isla. Al cabo de unos momentos, escucharon la voz del director, que resonaba en la noche:

¡Bente, Lise! ¿Estáis en la isla?

—¡Sí, sí! —respondieron juntas, a grandes voces.

Después, de nuevo, la voz grave del director:

—Escuchad bien lo que voy a deciros. No puedo acercarme más con este barco. Pero ¿lo veis vosotras?

—¡Sí!

—Bien. Apagad cuidadosamente el fuego. Después quitaos los zapatos y los calcetines. El agua está tan baja que conseguiréis andar hasta aquí. ¡Rápido!

Las chiquillas obedecieron. Unos instantes después, habiendo apagado el fuego, con los zapatos y los calcetines en la mano,

caminaron como pudieron hasta el barco a motor, donde, sin decir palabra, el director se apresuró a ayudarlas a embarcar. Después puso de nuevo el motor en marcha y se encaminó hacia la lengua de tierra que se adentraba en el lago.

El silencio del señor Frank incomodaba a las chiquillas, y Puck acabó por balbucir, en tono contrito:

—Señor..., señor..., lo lamentamos infinitamente...

—«Yo» también, hijitas —interrumpió gravemente el director—. En tanto estáis en el pensionado, soy responsable de vuestra seguridad... así que hay que obedecer las reglas establecidas. Como supongo que habréis pasado horas penosas solas en la isla, ya estáis bastante castigadas por esta vez. Así que me mostraré clemente. ¡Pero que no vuelva a repetirse nunca!

—No, señor —prometieron al unísono Puck y Navío.

Cuando, media hora más tarde, se encontraban en sus literas, en la oscuridad, Navío murmuró:

—Puck...

—Dime...

—¿Crees que hay en el mundo un director más bueno que el nuestro?

—No, desde luego que no —respondió bajito Puck—. ¡Buenas noches, Navío!

—Buenas noches...

- XI -

Por turnos, a mediodía y por la noche, las muchachitas ayudaban a poner las mesas en el gran comedor del pensionado, bajo la dirección de una vigilante.

A Puck no le gustó precisamente que su turno coincidiera con el de Karen ¡Jamás podía saberse lo que iba a ocurrir con ella!

Por el reglamento, las «camareras» tenían prohibido hablarse durante el servicio, así que Karen bajó la voz para susurrar al oído de Puck:

—Parece ser que ayer noche hiciste tonterías, ¿eh, Señora Arrogante?

—¡Ocúpate de tus asuntos! —repuso Puck, prosiguiendo su labor de colocar platos en las mesas.

—Confío en que el director os castigue severamente.

—Confía, alma compasiva —dijo Puck, con una sonrisa burlona—. ¡Tú siempre tan amable con tus compañeros!

Karen quiso responder, pero Puck corrió a buscar una nueva pila de platos. Regresando con ellos, Karen, «por azar», estiró la pierna. Puck tropezó, gritó y estuvo a punto de tirar los platos al suelo. Sin embargo, consiguió recuperar el equilibrio.

—¿Qué ocurre, Bente? —preguntó la señorita Holm, que vigilaba a las «camareras».

—Nada, señorita Holm. He tropezado...

Continuando su trabajo, Puck pensaba en lo que su padre le había dicho a menudo: nunca mentir, nunca delatar a nadie... ¡Qué duro era a veces mantenerse fiel a estos lemas!

Cuando los alumnos hubieron tomado un sustancioso desayuno,

cantaron el cántico matutino de alabanza a Dios. Karen halló el medio de acercarse a Puck y susurrarle maliciosamente al oído:

¿Así que estás dispuesta a continuar tu papel de chica buena y generosa, Señora Arrogante? Eres casi demasiado buena para ese bajo mundo...

Puck la apartó de un pequeño codazo.

—Cállate, serpiente venenosa...

—¡Te detesto! —silbó Karen, mientras se alejaba prudentemente de Puck, quien ahora se sentía furiosa.

Durante el primer recreo del día, Alboroto se acercó a Puck y preguntó en tono dulzón:

¿Cómo conseguiste encender el fuego en la isla, pequeña Puck?

Puck rió con ganas.

—Fue vergonzosamente fácil. ¡Me serví de una lupa!

—Estaba seguro de ello —dijo Alboroto—. ¿Quieres devolvérmela ahora mismo?

—No, está más segura conmigo —respondió Puck para enojarlo.

—Pero... es «mía»...

—«Era» tuya. Pero, como la usas para alborotar en clase de Historia, será mejor que yo la guarde.

—¡De acuerdo! —suspiró Alboroto con resignación—. ¿Cuánto pides por ella?

—¡Un helado enorme!

—¡Un enorme helado! —gimió Alboroto, despeinándose nerviosamente—. ¿Estás decidida a arruinarme? Ya casi me resulta cómico... ¡Qué le vamos a hacer! ¡De acuerdo!

—A eso llamo yo ser razonable —dijo alegremente Puck, sacando la lupa de su bolsillo—. Tómala y cuídala mejor otra vez.

Alboroto se rió también.

—No es fácil jugártela, ¿eh, Puck? A decir verdad, te has ganado el helado. ¡Y también le compraré uno a Navío!

Por la noche, cuando quitaron el servicio de las mesas, Puck fue a la cocina a preguntar si habían quedado algunos huesos.

—¿Es para el perro del guardabosques Bang? Preguntó sonriendo la esposa del director.

—Sí... ¿Cómo lo ha adivinado usted, señora? La señora Frank le dio un cariñoso golpecito en los hombros.

—No ha sido difícil... Según me han dicho, el perro de Bang se puso enfermo ayer... y no has sido tú la única en pensar hoy en él...

Puck no reflexionó demasiado acerca de aquellas palabras. Le hicieron un paquete con unos cuantos huesos y ella subió su a habitación. Inger y Navío estaban allí, pero no Karen.

—¿Queréis venir hasta la casa del guardabosques? —les propuso—. Tengo huesos para su perro, que está enfermo.

Navío e Inger no esperaban mejor motivo, y pronto las tres se encontraron en camino. Inger preguntó con dulzura:

¿Karen ha intentado provocar una discusión contigo esta mañana?

—Sí —respondió Puck con indiferencia—, pero ya he acabado por acostumbrarme a ello. De momento, me enoja, pero lo olvido rápidamente.

—Es triste por Karen...

—No, es triste para nosotras —interrumpió Navío, molesta—. ¿Por qué Puck y yo hemos de vernos obligados a soportar sus rarezas? En mi deseo de vivir en una relativa paz, he seguido siempre tus consejos, Inger, pero ¡ya basta! Karen es la chica más mala que jamás haya conocido.

—En el fondo de todo ser humano hay algo bueno, Navío...

—¡En Karen no!

Cuando llegaron a la casa del guardabosques, las chiquillas fueron al patio posterior donde se hallaba la perrera. Bruscamente se detuvieron, sin acabar de creer en lo que veían sus ojos..., ya que, junto al setter de largo pelo, vieron a Karen que le acariciaba tiernamente. El animal parecía complacerse en aquellos cuidados y roía alegremente un enorme hueso que sostenía entre sus patas delanteras.

Al ruido de sus pisadas en la grava, Karen volvió la cabeza y vio a sus tres compañeras. Se levantó rápidamente, con las mejillas arreboladas, y durante unos instantes pareció indecisa. Después golpeó el suelo con un pie, furiosamente, y gritó:

¿Por qué permanecéis las tres aquí, mirándome, como tres vacas estúpidas?

Antes de que las tres chiquillas tuvieran tiempo de decir una sola palabra, Karen había salido corriendo por el senderillo forestal

que conducía al pantano. Inger fue la primera en romper el silencio:

—Ya lo ves, Navío... Hay algo bueno en el fondo de todo ser humano. ¡Qué lástima que la hayamos molestado!

Navío aprobó, completamente aturdida:

—¡Si no lo veo, no lo creo, Inger!

—Ahora comprendo —dijo Puck— por qué la señora Frank me ha dicho que no había sido yo la única en pensar en el perro enfermo.

Puck acababa de dar los huesos al perro, cuando el guardabosques salió de la casa. Las saludó amablemente.

—Es muy amable de vuestra parte el haberos acordado de mi «Bessie». Le duele mucho una pata, pero el veterinario asegura que pronto se pondrá bien.

Dio unos golpecitos amistosos a los hombros de Puck.

—Y bien, pequeña detective... Parece ser que tenías razón con respecto al pintor. Si alguna vez vuelve a ocurrir algo misterioso en mi casa, no dejaré de llamarte.

—¿Ha conseguido usted recuperar su dinero, señor Bang? —preguntó Puck.

—No, desgraciadamente... Lo he perdido... En fin, ya conseguiré salir del apuro de un modo u otro. Lo importante es que un inocente no haya pagado por eso. ¿Queréis algunos melocotones, hijitas?

Ellas aceptaron contentas y se alejaron de la casa saboreando las deliciosas frutas.

—¿Por dónde se habrá ido Karen? —preguntó Navío, indecisa—. ¿No deberíamos ir en su busca?

—No creo, Navío. A Karen le gusta ir por las suyas.

Puck se calló. Estaba pensando en aquel espectáculo insólito de Karen acariciando el perro enfermo, de modo tan afectuoso. ¡Curiosa chica Karen! ¿Había en el mundo alguien capaz de entenderla? Inger tal vez la comprendía un poco más que ella, pero... ¡Ah, qué lástima que las cuatro ocupantes de la habitación no pudieran estar unidas...!

Navío olvidó rápidamente el episodio del patio posterior del guardabosques. Hablaba alegremente de la próxima visita de su padre. Acababa de recibir otra carta anunciándole que se hallaba ya en Rotterdam con su buque. No podía todavía precisar la fecha

exacta de su llegada a Sundkoebing, pero en el transcurso de los próximos días ella recibiría seguramente una nueva carta. ¡En todo caso, aquello era formidablemente palpitante!

Apenas las chiquillas habían llegado al rincón de las sierras, cuando vieron un gran automóvil lujoso que procedía de la carretera de Sundkoebing. El señor Dreyer iba al volante. Se detuvo y radiante de alegría, Annelise asomó la cabeza por una de las ventanillas.



—¡Hola, Puck! Y hola a las demás... Subid al coche las tres. Mamá va a prepararnos comida... Y podremos hablar de la fiesta que daremos...

Cinco minutos más tarde, el señor Dreyer tomaba la curva de La Gran Granja. Hacía ya mucho tiempo que había renunciado a protestar de las numerosas ideas extravagantes de su hija.

Cuando las muchachitas estuvieron instaladas en el bello salón claro, alrededor de una mesa bien provista, Annelise soltó la lengua.

—Papá ha hablado con el señor Frank y todo está arreglado. La fiesta tendrá lugar aquí el sábado, e invitaremos a todos los alumnos que no vayan a pasar el final de semana con su familia...

Calló un segundo y añadió, en un tono lleno de esperanza:

—¿No crees, Puck, que la chica antipática irá a pasar el día con su familia?

Puck inclinó gravemente la cabeza.

—No tiene a nadie donde ir, Annelise. Su madre está en el extranjero. ¿No es eso, Inger?

—Sí, en París —confirmó Inger.

—¡Qué le vamos a hacer! —comentó Annelise. Y pasando de una idea a otra—: Dime, papaíto, ¿no dispondremos de una encantadora orquesta de Copenhague en nuestra fiesta?

—Desde luego que no. Me parece que podéis contentaros con menos —respondió con calma el señor Dreyer—. ¿Crees acaso que soy multimillonario?

—Sí, eso es lo que afirma el granjero Iversen —declaró su hija—. En fin, no tiene importancia. Podemos hacer venir una orquesta de Sundkoebing. Y después, además, daremos la fiesta en el gran salón y dispondremos de gran cantidad de fruta, de pasteles de crema y de limonada... ¿Los muchachos podrán fumar?

—Sólo los mayores —dijo Inger—, que estén autorizados por sus padres... El director ya sabe cuáles son...

—¡Formidable! ¡Dispondremos también de cigarrillos! ¿Alguno de ellos fuma puros?

Inger sonrió con toda su alma, cosa rara en ella.

—No, claro que no... Bastará con muy pocos cigarrillos, Annelise, ya que el director procurará que, aun los autorizados, fumen muy poco...

—Yo no fumo —declaró Annelise—. El año pasado traté a fumar un cigarrillo y sabía a quemado. Veamos, ¿de qué otra cosa tenemos que hablar?

—Hasta este momento sólo has hablado tú —observó la señora Dreyer—. Además creo que ya está todo dispuesto. Será una alegre fiesta.

Camino de regreso, Navío exclamó:

—¡Cielo Santo, qué huracán es esta Annelise!

—Sí, es peor que una bomba atómica —corroboró Puck, sonriendo—. Pero es encantadora, ya que adora complacer a los demás.

Cuando las tres amiguitas entraron, en su cuarto, Karen estaba ya acostada, con el rostro vuelto hacia la pared. Puck permaneció un buen rato sin poder cerrar un ojo, y pronto se dio cuenta de que Inger y Navío habían caído en un profundo sueño. Pero de la cuarta litera le llegaba un apagado ruido de sollozos. Era Karen, que lloraba dulcemente.

Durante un buen rato, Puck permaneció inmóvil. Después se irguió levemente, apoyándose en un codo, y murmuró:

—Buenas noches, Karen.

Pero no obtuvo ninguna respuesta.

Cuando finalmente llegó el sábado, las chiquillas tuvieron la impresión de que el tiempo se había detenido. Los minutos parecían horas. Desde el comienzo de la tarde, una gran animación reinó en todas las habitaciones. ¡No todos los días había una fiesta... y parecía algo maravilloso ponerse vestidos vaporosos y ligeros!

Casi todos los alumnos —ellos y ellas— habían aceptado la invitación. Apenas una docena había ido a pasar el fin de semana en familia. Los muchachos estaban casi tan impacientes como las chicas, pero no querían demostrarlo. ¡Ellos eran caballeritos que no se dejaban impresionar por un vestido más o menos lindo!

Inger todavía no había comenzado a prepararse. Durante largo rato, permaneció sentada al borde de su cama, con la mirada fija, como si estuviera reflexionando en algo. Finalmente, se levantó y tomó un objeto que se hallaba en uno de sus cajones. Era un trébol de cuatro hojas, colocado bajo un cristal en un lindo medallón. Lo mostró a las otras tres chiquillas y dijo, en tono alegre:

—Mirad, amigas mías. Es un trébol de cuatro hojas, que un día encontré en el bosque. Es algo raro y lo hice encuadrar. ¿Por qué no lo colgamos de un clavo, detrás de la puerta...? Así... llamaríamos a esta habitación el «Trébol de Cuatro Hojas».

Puck, que no tenía un pelo de tonta, comprendió en seguida la idea que perseguía Inger: ¡conseguir una buena armonía entre las cuatro!

Navío, por el contrario, no comprendió la profunda intención de Inger, y aplaudió con ambas manos con todo su entusiasmo.

Oh, qué maravillosa idea, Inger... Es algo tan romántico... ¡La habitación del trébol de cuatro hojas! ¡Estoy de acuerdo!

Inger se volvió tranquilamente hacia Karen.

¿Qué opinas tú de esto, Karen?

—¡Me da lo mismo! —respondió ésta en tono despectivo—. El nombre de «trébol de cuatro hojas» no es mejor ni peor que cualquier otro. ¡Y si crees que esto va a cambiar algo las cosas, mejorándolas, estás completamente loca!

—¿Quién sabe, Karen? —dijo Inger, con su voz calma—. Pero ¿tienes alguna objeción a ello?

—Ya te he dicho que me da completamente igual.

Inger se volvió entonces hacia Puck.

—Y tú ¿qué piensas, Puck?

—Me parece una buena idea, Inger... Incluso aunque sepamos que, en el fondo, la idea de que los tréboles de cuatro hojas dan buena suerte no tiene ninguna base lógica, no hacemos daño a nadie confiando en que servirá para... mejorar las cosas.

—¿Acaso las cosas pueden aún ser mejores para ti?

El tono de Karen era provocador.

—Claro que sí, Karen, aunque no me quejo de mi suerte...

—¿De veras? —prosiguió Karen.

Pero Inger intervino entonces:

—En tal caso, amigas mías, voy a colgar este medallón en la puerta. Y desde ahora esta habitación se llamará Trébol de Cuatro Hojas.

Las muchachitas se despojaron de sus uniformes y se lavaron cuidadosamente. Se lavaron los dientes, la cara y se peinaron. Finalmente se pusieron sus más lindos trajes y se examinaron unas a otras con interés. Inger se puso un vestido blanco, que sentaba muy bien a sus ojos negros y pelo oscuro. La rubia Navío estaba encantadora con su vestido azul pálido, ligeramente escotado. Pero Puck no pudo menos que admitir que Karen, era la que estaba más «maravillosa». Sus bellos cabellos rojizos armonizaban perfectamente con su traje de tafetán verde. En la cintura, llevaba una ancha faja negra y, en torno al cuello, una fina cadenilla con un diminuto corazón de oro.

Llena de sincera admiración, Puck gritó:

—Dios mío, Karen, ¡qué linda estás!

—¿Lo crees así? —dijo Karen con una sonrisita y un ligero rubor en las mejillas.

Pero, evidentemente, lamentó en seguida su amabilidad y prosiguió en tono gruñón:

¡Basta de tonterías! Estoy como todas...

Puck vestía un traje blanco, estampado, ceñido al talle y ahuecándose a partir de un ancho cinturón bordado. Alrededor del cuello, lucía un collar de perlas. Navío la miró afectuosamente.



—¡Qué lástima que no tengamos espejo más grande! Así podrías ver lo formidablemente linda que estás tú también, Puck. Este vestido debe de haberte complacido mucho cuando te lo compraron...

—Basta de charlotear, digo —cortó Karen.

Navío se puso un poquito de perfume detrás de las orejas —como había visto hacer a las damas— y tendió el frasco a Puck.

Puck se puso también un poco. Por un instante permaneció perpleja, después miró los ojos graves de Inger y tendió el frasco a Karen.

—¿Quieres ponerte un poco, Karen?

—No. ¿Crees que quiero oler como una flor?

Puck se encogió levemente de hombros y pasó el frasco a Inger. Unos instantes después, las cuatro muchachitas estaban listas. Para el camino, se habían calzado zapatos corrientes, pero se llevaban finos zapatos de fiesta, en la mano o en los bolsos de colorines. Como que el tiempo era muy agradable, los alumnos habían decidido hacer a pie los quinientos metros que los separaban de La Gran Granja, donde se cambiarían de zapatos.

En el césped, al pie del pórtico del colegio, la animación crecía por momentos. Era el lugar convenido para reunirse y cada llegada de una nueva muchachita era acogida con grandes gritos de admiración.

—Oh, qué bonita estás...

—Qué elegante vestido...

—Estás preciosa...

—Qué color más delicioso...

—Este color armoniza maravillosamente con tu pelo...

Las chiquillas menores de once años, aunque se habían vestido sus mejores vestidos, estaban un poco disgustadas porque habían recibido la orden de regresar al pensionado y acostarse a las diez de la noche... ¡Y sin embargo, hubieran debido estar contentas, ya que habitualmente se acostaban les ocho! Los muchachos mayores vestían trajes azul oscuro tanto que los más jóvenes vestían de marinos. Los cabellos de todos ellos estaban impecablemente peinados...

Cuando las cuatro ocupantes del Trébol de Cuatro Hojas aparecieron en lo alto del pórtico, los gritos de admiración fueron más fuertes que nunca. ¡Realmente, estaban elegantes! Incluso los chicos mayores demostraron abiertamente su admiración.

Entonces, apareció el director ataviado con un traje gris claro. La vista de tantos alumnos juntos y felices le hizo sonreír. Después, extendió la mano para imponer silencio y, cuando hubo obtenido una calma relativa, dijo:

—No iremos en fila, de dos en dos, claro. Pero tampoco iremos en estampida... Lo esencial es que os mantengáis en el lado izquierdo de la carretera. A menudo ocurren accidentes en nuestro país por el hecho de que las gentes, sin reflexionar, caminan por el lado derecho y son sorprendidos por los coches que les vienen de

espalda.

La compañía partió entre risas y charlas, ante la perspectiva de una velada prometedora. El director y su mujer, escoltados por los demás profesores, formaban la retaguardia, con el fin de poder vigilar a todos los alumnos.

Cuando los alumnos hubieron dado la vuelta a La Gran Granja y llegaron ante la fachada de la casa, abrieron los ojos tanto como pudieron. Ante el gran césped central había instalado, para los bailarines, una pista de colosales dimensiones y docenas de farolillos multicolores balanceándose en los árboles. En lo alto de un mástil flotaba alegremente la bandera danesa.

Annelise corrió al encuentro de Puck, y, encantada por el vestido de su amiga, silbó de admiración.

—¡Vaya, vaya! ¡Qué vestido más simpático, Puck! Hace mucho tiempo que deseo tener uno igual. ¿Te gusta el jardín?

Puck paseó su maravillada mirada a su entorno y respondió:

—Creí que bailaríamos en el gran salón...

Con gesto desenvuelto, Annelise respondió:

¡Cambié de idea de repente! Pensé que sería más divertido hacer la fiesta al aire libre, si el tiempo lo permitía... Pero todo el personal de la casa ha debido trabajar de firme esta mañana, puedes creermelo... En los puestecitos podemos beber limonada y comer pasteles, fruta, helados... Y cuando oscurezca, encenderemos los farolillos... ¿No es encantador?

—¡Maravilloso! —reconoció Puck.

Cuando los invitados estuvieron reunidos en el césped, el dueño de la casa les dirigió algunas palabras.

—Les doy a todos la bienvenida y espero que lo pasen muy bien. El jardín entero está a su disposición y pueden pedir en los puestecitos cuanto les apetezca. Una vez más ¡sean bienvenidos!

Alboroto se acercó a Puck y, con la mano, hizo un amplio gesto:

—Puck... Te invitaré a un colosal helado en uno de esos tenderetes...

—¡Qué generosidad! —repuso Puck, riendo—. ¿Crees así saldar la deuda que tienes contraída conmigo?

Ésa era precisamente mi idea, señorita —confesó Alboroto—. En tan duros tiempos como éstos, conviene hacer economías. Además,

aquí el helado será mejor aún que en la pastelería de Oesterby.

En aquel instante, la orquesta inició un baile y Alboroto, galantemente, se inclinó ante Puck.

—¿Puedo atreverme a solicitarle el honor de este baile, señorita?

—Gracias, querido Alboroto, es muy amable de tu parte —dijo Puck, echando una ojeada a su alrededor—. Pero ¿quisieras antes hacerme un favor?

—Con mucho gusto. ¿Quieres que te traiga aquí un helado?

—No. Lo que me complacería es que invitases a Karen a bailar.

—¿Karen? —repitió Alboroto, muy sorprendido—. Pero es tu enemiga...

Justamente por eso sería feliz de verte bailar con ella. Me han dicho que una vaca bailarían mejor que tú...

Alboroto quedó unos instantes confuso; luego dio media vuelta, se dirigió hacia Karen y la invitó a bailar.

—¡Ha sido un gesto muy bonito por tu parte, Puck! —murmuró una voz detrás de ella.

Puck se volvió vivamente y encontró los ojos serios de Inger. Un tanto ruborizada, exclamó:

¿De qué me hablas, Inger?

—No soy boba, Puck... —respondió Inger, con una de sus bellas y raras sonrisas—. Te habría gustado bailar..., pero has pensado en Karen...



Puck quiso responder, pero en aquel instante Svend y Flemming se acercaron para invitarlas, y ambas muchachitas se dejaron conducir hacia la pista.

Las horas pasaron rápidamente. Cuando llegó el crepúsculo, los innumerables farolillos fueron alumbrados. Y, naturalmente, los alumnos más jóvenes se sintieron un poco tristes por tener que regresar al pensionado. Bajo la vigilancia de algunos profesores, hicieron el camino de vuelta hacia sus camas, que les estaban aguardando.

Puck no había dejado de bailar durante horas. Cuando finalmente se detuvo a descansar un poco, Alboroto se le acercó y le dijo:

—¿Qué clase de broma me has gastado al comienzo de la fiesta, Puck?

—¿Por qué? ¿Acaso Karen no baila bien?

—Sí, muy bien... Pero es ácida como el vinagre, de modo que a nadie le gusta bailar con ella. Supongo que debe de haberse

aburrido de lo lindo hoy, pero es culpa suya... ¿Sigues tú sin querer bailar conmigo?

—¡Claro que quiero! —Puck sonrió ampliamente—. He visto con mis propios ojos que bailas estupendamente... Lo que dije de la vaca era pura broma.

Puck y Alboroto se complementaban bien bailando. Cavador, que bailaba con Lone, les dirigió un gesto de admiración al pasar junto a ellos.

—¡Formáis una pareja estupenda! ¿Ya has conseguido tu helado, Puck?

—Mi querido Cavador, ocúpate de tus asuntos —le recomendó graciosamente Alboroto—. La grave cuestión del helado ha sido solucionada entre Puck y yo a plena satisfacción de ambos.

Después de la danza, Puck fue a pasearse por el jardín e Inger se le reunió.

—Puck, ¿has visto a Karen últimamente? —preguntó.

—No.

—Es curioso... Ha desaparecido hace cosa de media hora. Tengo la impresión de que ha estado aburriéndose toda la noche... y temo que haya regresado sola al colegio. ¿Te molestaría acompañarme hasta allí, para averiguarlo?

Puck titubeó unos momentos. Después dijo brevemente:

—De acuerdo. ¡Vamos!

Durante el camino, hecho a paso rápido, Puck preguntó súbitamente, con cierto asombro:

—No comprendo por qué te estás siempre preocupando por Karen. Ella te paga con su ingratitud. Es cierto que nadie ha querido bailar con ella esta noche, pero ha sido por su culpa. Si se mostrara contenta y alegre como las demás...

—¿Eso piensas? —comentó dulcemente Inger—. También tú te preocupas por Karen.

—Sí, pero es porque soy boba. Ella jamás cambiará..., ni siquiera si todo el mundo se dedicara constantemente a complacerla...

Las dos muchachitas se dirigieron a paso vivo hacia el pensionado. La luz del gran pórtico estaba encendida y la señorita Holm, sentada en una silla, respiraba con delicia el dulce aire de la

noche. Estando de guardia, no podía acostarse sin que todos los alumnos y alumnas estuvieran en sus cuartos.



Dijo severamente:

—Vaya... También vosotras llegáis al galope... Karen ha subido a su cuarto hace un rato. Pero ¡no me gusta esa forma de regresar, cada uno por su lado!

Las dos muchachitas no se inquietaron demasiado por aquella reprimenda. Sabían que, bajo las maneras ásperas de la señorita Holm, había un corazón bueno y afectuoso. Ambas desaparecieron en el vestíbulo después corriendo al Trébol de Cuatro Hojas.

Karen estaba recostada en su cama, con la cabeza vuelta hacia la pared. Inger se inclinó hacia ella y preguntó amablemente:

¿Por qué te has acostado, Karen? Hemos venido a ver qué te había ocurrido...

Karen se irguió con un movimiento brusco y respondió desdeñosamente: Sin bromear, ¿eh...? ¿Acaso os habéis dado cuenta de mi partida?

Se levantó y se acercó a Puck. Después prosiguió, llena de odio:

¿Tú también me has echado de menos, Señora Arrogante?

Y antes de que nadie pudiera impedirlo, agarro el collar de Puck y tiró de él con todas sus fuerzas. El hilo se rompió y las perlas se esparcieron por el suelo.

Puck permaneció paralizada un instante. ¡Su collar de perlas...!

¡El hermoso regalo de su madre... roto!

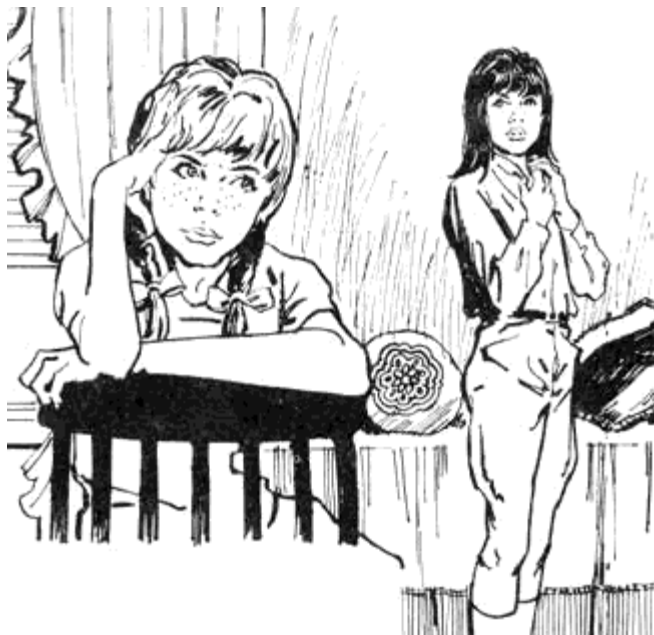
Se sintió sacudida por la ira y gritó:

—¡Eres un monstruo repugnante! Eso es lo que eres...

Después, levantando la mano, dio una sonora bofetada a Karen.

- XII -

Los días transcurrían y parecía confirmarse la predicción de Karen de que el trébol de cuatro hojas no contribuiría a mejorar las cosas. Al contrario, después de la célebre noche de la fiesta, la atmósfera del Trébol de Cuatro Hojas era peor que nunca. Los ojos de Karen se llenaban de odio cada vez que miraba a Puck, y ella no dejaba pasar ni una ocasión de molestarla. Incluso la apacible Inger acabó por perder la paciencia y un día dirigió reproches bastante duros a Karen, lo que empeoró todavía las cosas.



—¡Ocupate de lo que te concierne! —gruñó Karen entre dientes

—. Navío y tú os ponéis siempre de parte de esta tonta arrogante... Pero, puedes creerme, le haré pagar cara su bofetada...

—¡Basta de estupideces! —gritó Inger, lo bastante enojada como para que no quedara ni un asomo de dulzura en sus oscuros ojos—. Fuiste tú quien empezaste aquella noche. Fue malo por tu parte arrancarle el lindo collar de perlas... y tú merecías la bofetada que recibiste. Si no cambias pronto de actitud, iré a pedirle al director que te quite del Trébol de Cuatro Hojas. No puedo permitir que pongas a Puck al límite de su resistencia con tus malas intenciones...

Mientras esta conversación tenía lugar en el Trébol de Cuatro Hojas, Puck y Navío estaban sentadas junto al lago y no tenían precisamente muy buen humor, pero por lo menos estaban en armonía entre ellas.

Navío sacudió sus rizos platino con un aire decidido y declaró:

—En tu lugar, Puck, yo no la soportaría más... bajo ninguna condición. ¿Por qué no vas a contárselo todo al director?

—No. Detesto delatar a nadie...

—Y ella se aprovecha de esto, la pequeña víbora... ¡Ah, se mereció con creces la bofetada que le diste!

—Quisiera no habérsela dado —murmuró Puck—. A partir de aquel momento, se ha puesto imposible...

—Lo que deberías hacer es darle otra —propuso fríamente Navío—. A fuerza de abofetearla, tal vez acabaras por conseguir que te dejara tranquila.

—¡Vaya! Te estás volviendo un poco violenta, Navío —dijo Puck, sonriente—. Es la primera vez en mi vida que he abofeteado a alguien... y procuraré que sea también la última.

—Estabas en tu derecho...

—Tal vez... Pero mi manera de ser es totalmente contraria a la violencia...

Puck se interrumpió para mirar su reloj de pulsera. Se levantó con presteza.

—Disculpame, Navío, pero tengo una cita con Annelise.

—¿Vais a montar a caballo?

—Sí. Los domingos damos siempre un largo paseo. Tal vez hoy crucemos en su totalidad el Bosque del Oeste. Annelise tiene una tía

en Hoejby.

—Es un trayecto muy largo, Puck, y se avecina una tormenta.

—¿Cómo lo sabes? —bromeó Puck—. ¿Sólo porque tu padre es capitán de la marina?

—No. Es una noticia que he oído por la radio. Te lo ruego, no vayas a Hoejby. Además, es tan triste el domingo cuando tú no estás aquí...

—Eres muy amable al decirme esto, Navío..., pero ya prometí a Annelise acompañarla. Subo ahora al Trébol de Cuatro Hojas para cambiarme de atuendo. ¿Vienes?

Navío se levantó suspirando y la siguió. Cuando ambas entraron en el cuarto, hallaron a Karen, sola, sentada como de costumbre junto al alféizar de la ventana. No dijo una palabra en tanto Puck se vestía su traje de amazona. Pero cuando ésta estuvo ya lista, volvió la cabeza y comentó con desprecio:

¡Vaya! ¿Otra vez disfrazada? ¿Tanto te divierte montar un caballo de granja como el que montas?

—Un caballo de granja al que tú conseguiste hacer correr como a un pura sangre, ¿no, Karen?

—Debe de ser maravilloso saber montar a caballo... —dijo Navío.

—¿Maravilloso? —se burló Karen—. ¿Qué hay en ello que sea maravilloso? Acaso... ¿sirve de algo? Eres boba como un pato, Navío.

—Y tú eres una víbora repugnante —respondió Navío—. No mereces siquiera que se te dirija la palabra y no lo haré.

—¡Tanto mejor! —declaró Karen, volviéndose de nuevo hacia la ventana.

Puck se sentía malhumorada, mientras se encaminaba hacia La Gran Granja; pero, media hora más tarde, todas sus contrariedades quedaron totalmente olvidadas. Paseándose a caballo por la naturaleza, experimentaba una indecible alegría de vivir.

¡Y se sentía liberada por completo de sus eternas querellas con Karen!

Las dos amigas llevaban ya un buen rato cabalgando por el Bosque del Oeste, cuando Annelise dijo:

—Mamá y papá han ido a Copenhague..., pero Jensen no estaba

muy decidido a dejarnos salir...

—¿Por qué?

—Dice que amenaza tormenta... Pero ¡qué más da! Un poco de viento no derriba los caballos. ¿Qué te parece si damos pronto otra fiesta?

Puck se volvió hacia ella sonriente.

—No, claro que no, Annelise. Hay otras cosas más importantes en la vida que los bailes y las fiestas... Y, además, tu padre no ha de estar continuamente pagando nuestros caprichos.

—¡De un modo u otro debe gastar su dinero! —observó Annelise, con total inconsciencia—. Me da lo mismo que no me deje nada en herencia, ya que pienso casarme con un hombre rico. Y tú, ¿cómo quieres que sea tu marido, rico o pobre?

—¿No crees que es demasiado pronto para pensar en ello? —respondió Puck—. Pero, si de veras deseas conocer mi opinión, te diré que me es igual que sea rico o pobre. Lo que importa es que nos queramos mucho... Y te aseguro que mi padre y mi madre se querían muchísimo.

Prosiguieron su camino en silencio. De vez en cuando, Puck alzaba los ojos. Había un extraño rumor entre las copas de los árboles, cuyas ramas superiores se agitaban bajo las ráfagas de aire. Una hora más tarde, en el momento en que las dos Amazonas llegaban al extremo oeste del bosque el viento era ya huracanado. Así pudieron comprobarlo al llegar a campo descubierto, donde ningún árbol podía protegerlas. El viento azotaba con violencia sus caballos y los dos animales que montaban inclinaban las cabezas a cada golpe de aire y polvo.

Puck detuvo a «Blis» y dijo, un tanto perpleja:

—Annelise, eso me inquieta. ¿A qué distancia nos hallados la casa de tu tía de Hoejby?

—No tengo la menor idea... Habitualmente, desde aquí se ve ya el campanario de la iglesia.

—Si, pero ahora nada puede verse a causa de los torbellinos de polvo que levanta el viento. Será mejor que demos la vuelta. En el bosque, bajo los árboles, estaremos más protegidas contra la tormenta.

Mientras regresaban al bosque, las ráfagas aumentaron en

intensidad. Los caballos empezaron a inquietarse y sacudían constantemente la cabeza. Evidentemente, los torbellinos de arena les producían molestias.

Una vez en el bosque, las muchachitas sintieron menos los efectos de la tormenta, pero, contrariamente, experimentaron creciente inquietud. Las poderosas copas de los árboles parecían un mar agitado. De vez en cuando, se escuchaba un fuerte crujido y una gruesa rama caía ruidosamente desde lo alto, a través del follaje. Se hubiera dicho que el furor de la tormenta aumentaba sin cesar.

Annelise, siempre tan despreocupada, se sentía ahora un tanto inquieta. Sí, poco a poco, un verdadero terror fue adueñándose de su ánimo y su voz tembló ligeramente: ¿Por qué no habré hecho yo caso de las recomendaciones de Jensen, Puck? Esto es terrible... No sé si conseguiremos regresar a casa... ¡Oh!

Dio un gritito aterrorizado. A unos cincuenta metros escasos, a la derecha del camino, se produjo un terrible crujido y un gigante del bosque se derrumbó siniestramente. El tronco, a pesar de quedar muy inclinado, permaneció en pie, debido a que su copa permaneció apoyada entre otros árboles.

—¿Has visto, Puck? —murmuró Annelise—. ¿No crees que deberíamos cambiar de dirección?

Puck inclinó la cabeza.

—No serviría de nada, Annelise. Nos encontramos ahora en medio del bosque y el peligro es el mismo en todas direcciones. ¡Confiemos en salir bien libradas de esto!

Las chiquillas hubieran deseado poner sus monturas al galope, pero no se atrevían a hacerlo, ya que aquél era un sendero lleno de guijarros y los caballos corrían a cada instante el riesgo de tropezar.

Y el temporal seguía en aumento. Sacudía los árboles vacilantes, y las ramas bruscamente arrancadas del tronco caían ahora por doquier. Los caballos estaban muy inquietos, y Puck se preguntaba qué ocurriría si una de las ramas golpeaba a uno de ellos en la cabeza... El suyo o el de Annelise... ¡Ah! ¿Conseguirían salir pronto de aquella selva terrible, que parecía no tener fin?

Durante el cuarto de hora siguiente, las dos amiguitas apenas pronunciaron una palabra. Se limitaban a echar ojeadas asustadas a

su entorno ya que la tormenta había alcanzado un punto verdaderamente devastador.

—Mira esta enorme rama, Annelise. ¡Felizmente no nos ha caído encima!

Súbitamente se calló, porque «Blis» se había detenido. El animal temblaba ligeramente, y Puck intentó calmarle, acariciándole la testuz.

—Calma, calma, «Blis»... Vamos, vamos... «Blis», calma... ¿Se había producido algún incidente particular que había asustado a «Blis»? Miró enfrente y dio un agudo grito:

¡Oh, no! Mira, mira... Annelise... Hay alguien bajo la rama.



Era una muchachita pelirroja. Puck gritó de nuevo. Era Karen, que se encontraba completamente inerte, con los ojos cerrados, en el suelo, bajo la rama. Su rostro estaba lívido y un hilillo de sangre resbalaba por una de sus mejillas.

Por un breve instante, Puck se sintió desamparada. Tenía la impresión de que su mente estaba en blanco.

—¿La conoces? —preguntó Annelise, estremeciéndose.

—Sí..., es Karen.

—¿Karen? —exclamó Annelise con voz ansiosa—. ¿La de tu colegio?

—Si.

—¿Está... está muerta?

—No, no lo creo —respondió Puck angustiada—. Ah, debo hacer algo, sin demora ¡Debo ir a buscar socorro!

Prestamente volvió a montar y dijo:

—¡Me voy, Annelise! Sé valiente y permanece aquí cerca de la pobre Karen... ¡No debes dejarla sola bajo ningún pretexto!

—No... no... No la dejaré... Quedaré esperando.

Puck tuvo dificultades en hacer pasar a «Blis», cerca de la rama caída. En cuanto lo hubo conseguido, golpeó con los talones los flancos del animal. Éste obedeció, con cierta reticencia, ya que Puck no usaba espuelas; sin embargo, emprendió el galope.

El último trozo de camino forestal era bastante bueno. Puck sabía, no obstante, que su montura podía resbalar; pero esto no la impedía golpear más fuertemente los flancos, gritando:

¡Más rápido, más rápido..., vamos!

La selva se hacía menos espesa ahora ante ella. ¡Era la carretera!

¿Debía llegarse hasta el colegio para telefonar al doctor Nielsen de Oesterby? ¡No, con esto perdería unos minutos preciosos!

«Blis» salió al galope carretera adelante...

¿Iría a telefonar a La Gran Granja? No, eso sería también tiempo perdido. Lo más rápido era hacer el resto de camino hasta Oesterby... ¡Cada minuto era precioso para salvar la vida de Karen!

—¡Rápido, «Blis», más rápido!

El temporal silbaba alrededor de sus oídos cuando pasó ante La Gran Granja, a toda velocidad, en dirección de Oesterby. Un paseante solitario, que avanzaba penosamente contra el viento, siguió con la mirada a la valiente amazona y se quedó asombrado.

Algunos minutos después, Puck llegaba, a la casa del médico y se detenía. Su montura estaba empapada de sudor. La chiquilla saltó a tierra y tocó el timbre furiosamente. Por el momento, se olvidó de «Blis», pero éste era un valiente animal que permaneció tranquilo.

La esposa del doctor abrió la puerta y miró a Puck, estupefacta. Con la respiración agitada, la muchachita gritó:

¿Está el doctor Nielsen en casa? Ha ocurrido un accidente.

—Entra, hijita —dijo la señora inmediatamente.

En aquel instante, apareció el doctor y Puck continuó:

¡Dese prisa, doctor, por favor! Una de mis compañeras de clase ha sido golpeada por la rama de un árbol en el Bosque del Oeste... y creo que se está muriendo.

—¿En qué lugar del bosque? —preguntó vivamente el médico.

—A medio kilómetro, poco más o menos. En el camino lleva a Hoejby.

El doctor telefoneó inmediatamente al servicio de ambulancia de Sundkoebing. Dio unas cuantas órdenes breves y concretas y colgó el aparato. Después, sin una sola palabra más, tomó su maletín y salió fuera.

Unos segundos después, un automóvil partía a toda velocidad. Aquella escena le pareció a Puck un sueño. La esposa del doctor se acercó a ella y le rodeó los hombros con un brazo, afectuosamente.

—Siéntate, hijita, y descansa un poco.

Puck obedeció maquinalmente y se sentó en la silla más próxima. La señora salió de la habitación y volvió luego con vaso lleno.

—Toma, bebe este jugo de manzana.

Puck vació el vaso y se sintió mejor.

—Cuéntame ahora lo que ha ocurrido —dijo entonces la señora.

Puck relató los acontecimientos —titubeando un poco—, la dama comprendió y se sintió muy asombrada. Dijo:

—Eres una muchachita verdaderamente valiente, por haber venido hasta aquí al galope, bajo la tormenta... Pero, sin duda, has conseguido ganar algunos minutos, y en casos como éste, a veces un simple minuto cuenta.

—¿Cree usted que Karen... morirá? —murmuró Puck.

La esposa del doctor le acarició gentilmente los cabellos.

—Confiemos en que todo saldrá bien, hijita.

Los días siguientes la atmósfera pareció densa a las tres ocupantes del Trébol de Cuatro Hojas. Karen había sido transportada al hospital de Sundkoebing, donde los médicos confiaban en salvarla. Había sufrido una intervención y habían debido hacerle una transfusión de sangre. Poco tiempo después, el médico jefe había telefoneado al director diciéndole:

¡La hemos salvado en el último momento, Frank, ya que la chiquilla había perdido gran cantidad de sangre! El doctor Nielsen me ha hablado de la amiguita que salió a caballo para pedir auxilio, a pesar del espantoso temporal. Fue una verdadera hazaña, Frank, y te ruego que la felicites en mi nombre. Si un día viene a Sundkoebing, me sentiré orgulloso de estrecharle la mano. ¡Díselo!

Después de aquella conversación, el director permaneció largo rato silencioso, en su despacho. Incluso sin comprender del todo lo que había estado sucediendo entre Karen y Puck, era lo bastante buen psicólogo como para sacar sus propias conclusiones. Karen había sido siempre una niña acomplejada y por consiguiente muy difícil... Y era indiscutible que Puck era quien, de las dos, presentaba la cara. ¡Si al menos no hubiera querido humillar a Karen en el festival deportivo, a la vista de todos sus compañeros y compañeras!

Aunque, sin duda, Karen la había estado hostigando sin cesar. A la mañana siguiente, después del cántico, el director rogó a los alumnos que se reunieran en el césped ante el edificio principal. Los muchachos debían colocarse en fila, a la izquierda, y las muchachas a la derecha. Los alumnos salieron del comedor llenos de curiosidad. ¿Qué ocurría? Sin duda se trataba de algo excepcional... Pero ¿qué?

En cuanto estuvieron colocados en el sitio indicado, con los profesores al lado, el director bajó la escalinata, sosteniendo una gran hoja de papel en la mano. Todas las miradas estaban vueltas hacia él y un profundo silencio reinaba, cuando empezó:

¡Muchachos y muchachas! Os he reunido aquí porque he de comunicaros una noticia. Como sabéis, una de vuestras compañeras se encuentra actualmente muy enferma en el hospital de Sundkoebing. Si los médicos pueden ya afirmar que se halla fuera de peligro..., es porque, a pesar de una espantosa tormenta, no se perdió ni un solo minuto en procurarle los auxilios más urgentes. Una de vuestras compañeras, Bente Winther, es la autora de esta hazaña y merece nuestra admiración. ¡Bente, acércate!

Con las mejillas coloradas y las piernas temblorosas, Puck salió de su fila y se paró ante el director. Éste le dirigió un cordial saludo y prosiguió, en tono lo bastante fuerte como para ser oído por todos

los presentes:

—Bente, en el pensionado de Egeborg no premiamos únicamente el saber... Respetamos y apreciamos igualmente los valores humanos llamados valor, devoción y buena camaradería. Algunos alumnos poseen gran facilidad para adquirir conocimiento, lo que les es debidamente recompensado con buenas notas y éxitos en los exámenes... Pero otros demuestran su calidad humana en diferentes dominios. ¡Y esto también lo recompensamos! El pensionado de Egeborg concede en especiales ocasiones un diploma particular... que no es fácil obtener... Bente Winther ha probado que lo merece sobradamente. Estoy seguro de contar con la adhesión unánime lo mismo de alumnos que de profesores al concederle este diploma. Tómalo, Bente... ¡Te felicito de todo corazón!

Puck aceptó el hermoso diploma con la cabeza inclinada. Tenía los ojos llenos de lágrimas. Y, además, hubo otra cosa curiosa. Habitualmente, el director no empleaba jamás los apodos amistosos que los alumnos se habían dado entre sí, aquella vez, lo hizo. Acarició la cabeza inclinada de Puck y dijo cariñosamente:



¡Lo has ganado a pulso ese diploma, Puck!

El gordo Svend avanzó solemnemente algunos pasos fuera su fila y preguntó:

¿Me permite usted unas pocas palabras, señor?

—Naturalmente —contestó el director con una sonrisa.

Svend se inclinó educadamente y se volvió hacia sus compañeros:

—Como presidente del Consejo de Alumnos, experimento la necesidad de pronunciar algunas palabras, queridos amigos. Puck ha demostrado ser una muchacha de primer orden y ya ha recibido su recompensa. Pero nosotros queremos hacer algo más por ella. En «Fondos de Reserva» tenemos ahora un capital de unas trescientas pesetas poco más o menos... Y si el señor director lo permite, esta noche en honor de Puck, habrá helados para todos en el comedor. Dejaremos en ello todo nuestro capital, pero, como tenemos a Alboroto entre nosotros, contamos con él para que los fondos vuelvan a subir rápidamente. ¿De acuerdo, amigos?

Por respuesta, hubo un murmullo de aprobación y Svend se volvió hacia el director nuevamente:

—Como se dará cuenta, señor, es la «vox populi» la que responde, y solicitamos su aprobación para ello.

—Desde luego, Svend —aprobó el director con una gran sonrisa.

Después añadió:

—La primera clase será suprimida. A las nueve y diez llamaremos para la segunda...

Las palabras del director fueron acogidas por un griterío todavía más violento. Riendo y dando gritos de alegría, los alumnos se dispersaron por el césped. Sí, aquélla era una noticia que les encantaba: ¡saltarse una clase! Decididamente el pensionado de Egeborg poseía el más maravilloso director del mundo... ¡y Puck era algo muy extraordinario!

Sosteniendo su diploma en la mano, la muchachita parecía inmóvil, un poco intimidada, cuando Alboroto se acercó a saludarla muy educadamente:

—Puck... Me inclino ante ti hasta el mismísimo suelo. Esta noche haremos saltar los «Fondos de Reserva» en tu honor. Pero (como ha dicho muy bien Svend) es a mí a quien caerán como lluvia las multas y la caja se llenará de nuevo con rapidez... ¡ay, sí! —Y añadió, galantemente—: Además de eso, ¿puedo hacer alguna otra cosa por ti?

—Sí, justamente —Puck sonrió—. Puedes regalarme pronto el helado que me debes.

Alboroto se aprisionó la cabeza entre las manos, con cómico gesto de desesperación.

—¡Bien, bien! Realmente... Sois todos una pandilla de desvalijadores... ¡Todos sin excepción! Cada alumno de esta escuela piensa cómo sacarme dinero. Si esto sigue así, tendré que abandonar el pensionado con un bastón de mendigo en mano.

Calló unos instantes y prosiguió en tono más serio:

—Mira, Puck... En el fondo, no es de esto que yo quería hablarte...

Le dio un golpecito amistoso en un hombro.

—Hum, escucha... Quería decirte que ha sido formidable por tu parte hacer tanto por Karen..., esa fuente de vinagre.

Puck le cortó la palabra:

—¡Chist, Alboroto! No olvides que actualmente Karen está muy enferma.

Alboroto opinó con ironía:

—Sí, pero eso no quita que... ¿Sabes? En el hospital debe de estar provocando disturbios entre médicos y enfermeras. No me extrañaría que ya hubieran tenido que quejarse de ella al médico en jefe... ¡Está completamente loca!

—En tal caso tiene algo de común contigo —dijo Puck en tono amable, encaminándose hacia el edificio principal.

Subió directamente al Trébol de Cuatro Hojas para guardar su diploma y allí encontró a Inger y Navío, que aparentemente sostenían una viva discusión, pero que se callaron al entrar ella. Ciertamente, Karen había sido la causa de violentas discusiones y disgustos en aquella habitación, pero ya estaba bien castigada.

Inger sonrió a Puck.

—Puedes sentirte orgullosa de este diploma, Puck. La última vez que se concedió, hace dos años, fue a un muchacho que había salvado a un compañero de morir ahogado en el lago. Debe de hacerse algo «muy grande» para que el director lo conceda. Aquí, en el Trébol de Cuatro Hojas nos sentimos orgullosas de ti, Puck...

—¡Bah! —exclamó Puck un tanto turbada—. Lo que hice lo hubieras hecho tú en mi lugar, Inger... Y tú, también, Navío...

—No, no en las mismas condiciones —declaró Navío, en tono agresivo—. Primero porque no sé montar a caballo... y segundo porque Karen es una verdadera...

—¡Navío! —interrumpió prestamente Inger—, no hablemos más de esta historia. Confiemos en que en el Trébol de Cuatro Hojas no nos quedemos reducidas a tres. Tengo el presentimiento de que Karen será distinta cuando regrese del hospital.

—¡Optimista! —suspiró Navío con resignación—. A su vuelta estará todavía más loca que antes...

Puck contemplaba en silencio a Inger, aquella muchachita seria y linda, que trataba siempre de poner paz y crear el ánimo de camaradería.

—Inger —le dijo—, ¡eres siempre tan dulce y comprensiva! Soy feliz en esta habitación... y jamás desearé mejores amigas que Navío y tú...

—Gracias, Puck —dijo Inger. Y por una vez su rostro se iluminó con una sonrisa—. También Navío y yo nos sentimos dichosas de tenerte entre nosotras... Y; cuando Karen salga el hospital, las cuatro seremos muy buenas amigas.

—¡Hum! —exclamó Navío.

A las nueve y diez un silbido anunció la segunda clase, y el trabajo del día comenzó.

Pero las horas pasaban rápidamente e, inmediatamente después de la comida, tuvo lugar la «fiesta del helado» en el comedor. Svend había encargado una cantidad inaudita de helados y pasteles en la pastelería de Oesterby y, viéndolo, el director exclamó:

—Dime, Svend... ¿Cómo has podido obtener tantos helados con trescientas pesetas?

—Oh, señor, en estos tiempos el dinero no vale gran cosa. Comprendí que no tenía bastante para comprar helados para todos... y decidí poner unas cuantas multas preventivas...

—¿Preventivas? —preguntó el director, riendo.

—Sí... Por ejemplo, he puesto una multa de diez pesetas a Alboroto y otra de quince a Cavador, y estoy seguro de que no tardarán en merecérselas... ¡Hay que espabilarse, señor!

El señor Frank se mostró comprensivo.

—Debo felicitarte, Svend. ¡Eres un verdadero as en materia de

reclutar fondos!

Puck hablaba con Inger y Navío cuando el señor Frederiksen se acercó al grupito.

—Bente, tu amigo Alboroto me ha contado la historia de la lupa. Yo creía sinceramente que tú formabas parte de la confabulación alborotadora y te había puesto una mala nota... Pero ahora te la quitaré para ponérsela a Alboroto...

—¡Pobre Alboroto! —exclamó Puck, llena de compasión—. En primer lugar, todas las multas caen sobre su cabeza y ahora será castigado por su sinceridad. ¿No es demasiado, señor?

—Sí, tal vez —respondió el profesor, quien trataba inútilmente de ocultar su regocijo—. Sin embargo, debo decir que Alboroto tiene tantas notas malas que una más me parece sin importancia... Pero, si esto te complace, Puck, no se la pondremos.

—¡Oh, mil gracias, señor! —dijo Puck, con animación—. Alboroto debe luchar en demasiados campos a la vez... y por eso es importante una nota mala menos.

—Bueno, prometido —dijo el señor Frederiksen riendo—. Hoy eres la heroína del día, Bente, y tus deseos son órdenes. Alboroto puede estar contento de tener tan buenos amigos. Y ahora, ¡a divertirse!

El pequeño festín acabó brillantemente y durante algún tiempo Puck siguió siendo la heroína del pensionado. Repetidamente, sintió deseos de ir a Sundkoebing. En parte para ver a «Plet», al cual no había visto desde la fiesta del colegio, y en parte porque ahora Karen ya podía recibir visitas. Sin embargo, Puck no acababa de decidirse. Se preguntaba cómo la acogería Karen. Desde luego, Inger pensaba que Karen habría cambiado..., pero ¿era aquello seguro?

Navío estaba un tanto malhumorada desde hacía unos días. Esperaba impacientemente una carta de su padre, que no acababa de llegar. Finalmente, llegó y Navío se encontró en el paraíso.

—Papá llega a Sundkoebing dentro de un mes... Estoy loca de contento de pensar que le volveré a ver y él me estrechará entre sus brazos. Comprendéis que me sienta feliz, ¿verdad?

—Sí, te lo aseguro, lo comprendemos bien —respondió gravemente Inger—. ¡Qué gran acontecimiento para ti, Navío! Tu

padre es muy amable...

—Desde luego —dijo Navío—. ¡Es el más formidable papá del mundo! ¡Y sé que también a vosotras os gustará! A veces gruñe un poco, pero no hay que tenérselo en cuenta, ya que su intención es siempre buena... Y se siente feliz de vernos a todos en Sundkoebing, ya que adoptamos su barco...

Se detuvo súbitamente y miró a Puck, que permanecía sentada en su litera sin decir palabra.

—Puck, ¿por qué estás tan callada? ¿Acaso no estás contenta ante la idea de conocer a mi padre? Puck murmuró distraídamente:

—Claro que sí, Navío... Sólo que yo... pensaba en el mío... En mi pobre papá que está tan lejos...

Inger se acercó a Puck y le acarició los cabellos.

—Tu padre vendrá también, Puck... Pero aquí, en el Trébol de Cuatro Hojas, no podemos recibir todas las dichas a la vez. Por el momento, alegrémonos de poder saludar al capitán Sommer...

—¡Será formidablemente palpitante! —declaró Navío, con entusiasmo—. A bordo del «Margrethe III» tendremos cuanto queramos, y papá me ha escrito que su cocinero es un auténtico negro del África que conoce todas las danzas de su país y sabe poner los ojos en blanco... Ah, sí, será formidablemente palpitante...

Puck pasó el resto del día en un extraño estado de humor. No estaba ni contenta ni triste. Se alegraba por Navío, pero al mismo tiempo experimentaba una tristeza indefinible.

Por la tarde, se encaminó sola hacia su lugar favorito, la punta de tierra que se adentraba en el lago. Desde lo alto de la colina, dominaba el sonriente lago y la isla del Caballero Volmer, cuyas ruinas pintorescas parecían pequeñas manchas parpadeantes en medio del verdor. El pensionado de Egeborg era un lugar apacible y bello.

Un alcaraván cantó en el pantano... Y de nuevo ella pensó en Karen. ¡No, no quería comparar más aquel feo pájaro con Karen! Todo iría mejor cuando ésta regresara del hospital... Una atmósfera encantadora reinaría en el Trébol de Cuatro Hojas.

El sábado próximo iría a Sundkoebing... Vería a «Plet» y pasaría la noche en casa del veterinario... El domingo por la mañana visitaría a Karen... y, cuando Karen estuviera curada, todos visitarían el «Margrethe III».

¡Se divertirían de lo lindo!

Y «las cuatro hojas del trébol» se convertirían en grandes amigas.

Sí, así sería cómo las cosas pasarían realmente, en un final feliz..., ¡fantástico y sensacional!

FIN